
HOLLYWOOD
NUESTRA
MENTIRA
PERFECTA
CLARA VEGA

Clara Vega

Nuestra mentira perfecta

Copyright © 2025 by Clara Vega

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

Safe Creative: 2506142118903

Nota de la autora

Querida lectora:

Antes de que empieces esta historia quiero robarte un minuto para darte las gracias.

Este libro es mi primera novela publicada. Mi primer salto al vacío. Mi mentira perfecta y mi verdad más honesta, escrita con todo el corazón y muchas noches de insomnio. Que tú hayas decidido darle una oportunidad significa más de lo que imaginas.

Gracias por leerme.
Gracias por regalarme tu tiempo.

Con cariño,
Clara Vega

Contents

1. Emma
2. Julie
3. Emma
4. Julie
5. Emma
6. Julie
7. Emma
8. Julie
9. Emma
10. Julie
11. Emma
12. Julie
13. Emma
14. Julie
15. Emma
16. Julie
17. Emma
18. Julie
Epílogo
Agradecimiento

1

Emma

No me pagan lo suficiente para esto.

Lo pienso mientras aterrizo en Auckland con el culo dormido y la paciencia anestesiada por catorce horas de vuelo, dos turbulencias, un bebé llorando y el tipo de mi izquierda que no ha dejado de roncar desde que salimos de LAX. Mi agente me dice que este rodaje será una oportunidad para "ampliar registros". Lo que quiere decir es: ponte un traje espacial ajustado y aprende a llorar mirando la nada, Emma. En el espacio, nadie puede oírte suplicar un guion decente.

Nueva Zelanda me recibe con lluvia. Perfecto. El coche que me recoge tiene el aire acondicionado a temperatura glaciar y el conductor lleva puesta una lista de reproducción de Coldplay. ¿Qué clase de castigo cósmico estoy pagando exactamente?

Al llegar al hotel, me arrastro hasta la habitación con la maleta cojeando y la cara a medio desmaquillar desde hace tres aeropuertos. Me han dejado un paquete de bienvenida en la cama con una nota escrita a mano: "Bienvenida al equipo, astronauta. – Julie".

Julie.

Repito su nombre en mi cabeza y me suena a problema. Sé quién es. Todo el mundo en Hollywood lo sabe. Rubia, cara angelical, sonrisa de anuncio de dentífrico, y una habilidad sobrenatural para parecer encantadora sin mover un músculo. Ha salido en tres películas taquilleras y en todas hace de chica lista que sobrevive. Nunca en la vida hemos coincidido en persona.

Hasta mañana.

Tengo el horario de ensayos pegado a la nevera de mi minibar. 10:00. Primer encuentro con el reparto. Me ducho. Me echo crema para que parezca que duermo ocho horas diarias. Y me repito, mientras meto la cabeza bajo el chorro de agua caliente, que es solo un trabajo. Solo una película. Solo una actriz más.

Mentira.

Porque cuando bajo al desayuno al día siguiente y la veo, con su café en la mano, riéndose de algo que ha dicho el director, entiendo de inmediato que esta chica va a ser un problema. Un gran, jodido, problema.

No porque sea especialmente guapa (aunque lo es). Ni por cómo se inclina hacia delante cuando habla (que también). Ni siquiera por su risa, que suena como si no tuviera miedo de nada.

Sino porque me mira.

Me mira como si ya me conociera. Como si supiera exactamente cómo soy antes de haber dicho una sola palabra. Me lanza esa mirada entre cómplice y desafiante que me dan ganas de tomar café o salir corriendo.

La saludo. Me responde. Tiene acento neutro, esa voz suave que suena a terciopelo y puñal al mismo tiempo. Hablamos de forma cortés. Sonríe más que yo. Yo parpadeo menos que ella.

Y en ese primer cruce, sin contacto físico y con una sala llena de gente, sé que la he cagado. Porque he trabajado con actrices atractivas antes. Con intensas. Con encantadoras. Pero Julie Taylor... Julie Taylor me acaba de mirar como si fuera el principio de algo. Y yo odio los principios. Porque siempre llevan a finales.

El primer ensayo debería ser inofensivo. Una lectura de guion, unas risas forzadas, notas del director que no vamos a seguir, y después cada uno a su cueva a practicar caras intensas frente al espejo. Pero no. No con ella.

Julie llega con una coleta alta y una carpeta llena de post-its de colores. ¿Quién demonios le pone notas a un guion de ciencia ficción? Ella, al parecer. Se sienta frente a mí en la mesa redonda. Me sonríe como si no le importara nada. Y yo finjo que no me importa todo.

El director, un francés que lleva gafas cuadradas y no cree en la lógica de los silencios, nos pide que leamos la escena 27. Esa en la que nuestros personajes se quedan atrapados en una nave sin oxígeno y piensan que van a morir. Mi favorita.

Julie lee su línea. "No quiero morir sin decirte la verdad."

La sala se queda en pausa.

Luego me toca. "Ya lo sé."

Y entonces, no sé cómo lo hace, pero me lanza una mirada que me hace olvidar lo que sigue. Se me seca la boca. Me late la mandíbula. El director aplaude emocionado, como si hubiéramos hecho una obra maestra.

—Esto es justo lo que necesito de vosotras —dice con entusiasmo—. Esa tensión. Ese... ahogo.

Sí, bueno, si por ahogo se refiere a que me ha dejado sin respiración por dos frases y un cruce de ojos, entonces lo está clavando.

El resto del equipo asiente, toma notas, suspira. Yo agarro el bolígrafo como si fuera un ancla. Julie sigue leyendo como

si no le temblara nada. Como si esto no fuera nada nuevo para ella. Como si no me estuviera desarmando.

Después de la sesión, caminamos hacia el catering. Café, donuts, nervios. Me obligo a no mirarla. Me obligo a no hablarle.

Fracaso en ambas.

—Lo has hecho genial —me dice con tono amable. No adulador. Sincero. El peor tipo de halago.

—Gracias. Tú también.

Silencio. Uno de esos incómodos, pero no del todo. De los que se llenan de posibilidades.

—¿Has hecho este tipo de películas antes? —me pregunta.

—¿Del espacio? No. Prefiero la gravedad.

Se ríe. Joder, se ríe. Y es una risa preciosa. No aguda, ni molesta. Es honesta. Como si realmente le pareciera gracioso lo que he dicho. O como si le gustara la idea de que no me lo tome en serio.

—Yo he hecho una con aliens que cantaban —me confiesa, llevándose un trozo de donut a la boca—. Mi peor papel. Salía de un huevo.

—¿Y sobreviviste?

—De milagro. Pero aprendí que nadie puede verse sexy con baba gelatinosa en la cara.

No sé por qué, pero me echo a reír. A carcajada limpia. Como si fuera normal. Como si no estuviéramos jugando con fuego en plena zona de seguridad.

Y justo cuando pienso que puedo mantener la distancia, que puedo manejarlo, que tengo el control, ella se inclina un poco hacia mí y dice:

—Emma… ¿te importa si te digo algo sin que me lo tomes a mal?

Me tenso. No sé qué esperar. Que critique mi acento. Que me diga que hablo poco. Que parezco borde.

—Tienes unos ojos que dan miedo.

Me río. Pero no porque sea gracioso. Me río porque tiene razón. Porque si supiera lo que estoy sintiendo ahora mismo, sería ella la que debería tener miedo.

Hay cosas que una no olvida. El olor de la primera casa donde viviste. El silencio que queda después de una pelea con alguien que amabas. La textura de un guion mal escrito que intentas salvar a base de interpretación. Y, desde hoy, cómo suena Julie Taylor diciendo mi nombre.

"Emma."

No lo pronuncia como los demás. No lo escupe ni lo alarga. Lo envuelve. Lo dice como si ya supiera que es peligroso jugar conmigo, pero quisiera hacerlo igual. Y yo, idiota, ya estoy bajando la guardia.

Pasamos la siguiente semana ensayando escenas juntas. Algunos días en plató, otros en el hotel. Siempre con gente alrededor. Siempre con esa tensión constante entre "somos actrices profesionales" y "vamos a saltar la una sobre la otra si alguien nos deja solas cinco minutos".

Julie es simpática con todos. Llega puntual, se aprende los textos, improvisa sin miedo. Es encantadora. Y eso me cabrea. Porque a mí me cuesta. Porque tengo que preparar cada gesto, cada emoción, cada mirada. Ella no. Ella fluye. Se desliza por las escenas como si hubieran sido escritas para ella.

Y, lo peor de todo, es buena.

—¿Te has fijado? —me dice un día uno de los cámaras, mientras la observa desde lejos—. Tiene esa cosa.

—¿Qué cosa?

—La que tienen las estrellas. Brilla sin hacer nada.

Me trago las ganas de decirle que no hace falta que lo diga. Que ya lo sé. Que llevo días despertando con su cara clavada en la nuca de mis pensamientos. Que brilla, sí. Pero también quema.

Un día, durante un descanso, la encuentro en el patio trasero del estudio. Está sentada en el suelo, con las piernas

cruzadas, leyendo un libro de papel, de esos que ya casi nadie lleva. El sol le da en la cara y parece una escena sacada de una película romántica barata.

—Hey —le digo, sin pensar demasiado.

Levanta la vista, sonríe. Me hace un hueco en la sombra.

Me siento a su lado, dejando una distancia de seguridad de 30 centímetros. Ella la acorta a veinte sin darse cuenta. O sí. Nunca estoy segura con Julie.

—¿Qué lees?

—Una novela que no voy a recomendarte porque seguro que dirías que es cursi.

—Prueba.

Me enseña la portada. Es rosa. Tiene flores. Y el título es algo tipo *Lo que callan las margaritas*. Le sonrío, burlona.

—¿Lo ves? —dice, golpeándome suavemente el hombro—. Te lo dije.

—No me gustan las margaritas.

—A mí tampoco. Pero el libro es bonito.

Silencio. Otro de esos que se instalan entre nosotras como una sábana tibia. Me pilla mirándole la boca. Me descubre. No dice nada. Pero sonríe. Y entonces se me ocurre decir algo estúpido.

—¿Siempre lees novelas rosas o es por el personaje?

Julie se encoge de hombros.

—A veces me gusta creer que las cosas pueden terminar bien.

Y ahí está. Justo ahí. Ese instante en el que me entra la puñetera certeza: esta chica no es solo guapa, ni simpática, ni magnética.

Es peligrosa. Porque me hace querer finales felices. Y yo no creo en ellos.

El día que rodamos la escena de la cabina de despresurización, supe que estaba jodida.

En la película, nuestras dos astronautas quedan atrapadas en una sección averiada de la nave, con el oxígeno al mínimo y un mensaje de despedida que nunca llega a enviarse. La escena es intensa. Sudor, lágrimas contenidas, respiraciones entrecortadas. Una sola luz azul parpadeando como testigo de lo que va a pasar.

El director quiere que estemos pegadas. Muy cerca. Cuerpo contra cuerpo. Y yo, muy profesional, asiento con la cabeza mientras por dentro me repito que puedo hacerlo. Que es solo actuación. Que no voy a sentir nada. Que soy Emma Hudson, joder.

Spoiler: lo siento todo.

Julie entra en escena con los ojos vidriosos. Me busca. Me agarra del brazo como si de verdad fuera su salvavidas. Su respiración está acelerada, su voz tiembla justo lo justo. Y cuando me dice "Si tengo que morir, quiero hacerlo contigo cerca", no es el personaje quien me estremece.

Soy yo. Emma. Tonta. A punto de olvidar la línea.

Se la digo igual. Como puedo. Me acerco más de la cuenta. Le cojo la cara entre las manos, como marca el guion, y la miro. La miro de verdad. Y entonces ella lo hace. Inclina apenas la cabeza. Sus labios se separan un poco. Nos quedamos a medio centímetro. Suficiente para oler su aliento de menta y traición.

La directora grita "¡Corten!" y todos aplauden. Una toma perfecta. Una escena brillante. Yo necesito diez minutos para respirar en el baño.

En el espejo me miro los ojos. Los mismos que Julie dijo que daban miedo. Hoy, no me los reconozco. Hoy están cargados de una emoción que no tenía guion. De una posibilidad que no pedí. De un deseo que había guardado con triple llave.

Y no me gusta.

Porque lo último que necesito es enamorarme de alguien como ella. De una chica que se ríe cuando me sonrojo. Que se sabe guapa y buena actriz. Que tiene un novio que la recoge en el aeropuerto cada vez que vuela de vuelta a Los Ángeles.

Julie Taylor es heterosexual. Eso me lo dijo el director la primera semana, como dato casual. Tiene novio. Uno de esos que salen en revistas de surf, con abdominales de catálogo y cara de no entender la ironía. Ella nunca ha salido con una mujer. Y, por cómo me trata, diría que ni se lo ha planteado.

Pero entonces hay momentos. Momentos en los que me mira más de la cuenta. En los que se queda callada un segundo de más. En los que me toca el brazo al pasar como si eso fuera normal. Como si no supiera que me cuesta respirar después.

Y ese día, tras la escena, cuando nos cruzamos en el pasillo, no puedo evitar soltarlo:

—Casi me besas.

Ella no se inmuta. Me lanza una sonrisa lenta, de esas que desarman.

—Eso es lo que tú quieres creer.

Me deja ahí, parada, con el corazón en el cuello y la dignidad en el suelo.

Y se va. Moviendo las caderas como si no acabara de patearme el alma.

Intento ignorarla durante el resto del día.

Me meto en el vestuario, me cambio despacio, me echo agua fría en la nuca como si pudiera enfriar lo que me arde dentro. Julie no aparece por allí, lo cual agradezco y detesto a partes iguales. Luego subo al coche que nos lleva de vuelta al hotel. Ella va en otro. Doy gracias al universo por los pequeños milagros.

En mi habitación, me tiro en la cama sin desmaquillarme y me quedo mirando el techo. Pienso en cosas absurdas. Como si debería haber estudiado Biología Marina. Como si me apetece pedir pasta con salsa de queso a las once de la noche.

Como si Julie Taylor no me estuviera reventando el sistema nervioso con una sola sonrisa.

Cinco minutos después, llaman a mi puerta.

Pienso que será alguien del equipo. Algún asistente con notas del día siguiente. Abro sin mirar por la mirilla.

Julie.

En sudadera, con una bolsa de patatas en la mano y esa cara de "no me odies todavía".

—¿Te molesta si como esto contigo? —pregunta, ya entrando.

Me aparto sin decir palabra. Ella se sienta en el borde de la cama, cruza las piernas como si estuviéramos en una película adolescente, y empieza a abrir la bolsa con toda la naturalidad del mundo.

—He pensado que estabas rara.

—¿Rara?

—Sí. Como... Emma Hudson versión firmware antiguo.

La miro mal. Se ríe.

—Es broma. Solo que... no sé, te has ido volando del set.

—Estaba cansada.

—Estabas nerviosa.

—No tengo dieciséis años.

—No, pero si los tuvieras, creo que me estarías odiando con la intensidad justa.

No respondo. Ella coge una patata, la mastica en silencio. Luego me mira de nuevo.

—¿Quieres hablar de lo que pasó en la escena?

—No pasó nada.

—Casi nos besamos.

—No fue real.

—Creo que para ti sí lo fue.

Pausa.

La tensión se hace espesa. Me siento al otro lado de la cama. Dejo una distancia prudente. Ella juega con la patata

que tiene en la mano, como si fuera un dado con el que va a apostar todo.

—Emma.

—¿Qué?

—¿Alguna vez has tenido miedo de que te guste alguien que no deberías?

Trago saliva. Y no es por la patata.

—Todo el tiempo —le digo, sin mirarla.

Ella deja la bolsa en la mesita, se pone en pie, y camina hacia la puerta. La abre. Pero antes de salir, se gira.

—Si yo te gustara, ¿me lo dirías?

Y yo… no digo nada. Porque lo haría. Lo haría si no tuviera miedo. Si no pensara que ella se iría corriendo. Si no supiera que, pase lo que pase, esto termina en desastre.

Así que me quedo callada. Y Julie se va.

Y cuando la puerta se cierra, me quedo con una certeza incómoda: esta chica me tiene cogida por el cuello sin haberme tocado una sola vez.

Al día siguiente llego al set con cara de "no he dormido nada" y alma de "ojalá existiera un botón de reinicio emocional". Julie ya está allí. Siempre llega antes. Como si no le afectara nada. Como si todo esto no la tocara.

Se ríe con los del equipo de maquillaje. Alguien le lleva un café. Se lo agradece con una sonrisa que provoca suspiros ajenos y puñetazos invisibles en mi estómago.

La escena de hoy es tranquila. Una conversación post-misión, sin acción, sin tensión… en el papel. Pero claro, el papel no tiene ojos. Ni pulso. Ni una Julie que, cuando me mira, parece estar abriendo una puerta que yo había cerrado hace años.

En cuanto dicen "acción", ella me mira con esa mezcla de dulzura y peligro. Y yo me pierdo. Me pierdo como una novata. Como una adolescente. Como alguien que no debería seguir mirándola, pero lo hace igual. Porque lo necesita.

La escena termina. Aplausos. Felicitaciones. Me largo al baño antes de que alguien note que me tiembla el pulso.

Me encierro. Me miro al espejo. Me miento un poco.

No pasa nada. Solo es una atracción puntual. Solo es una reacción física. Solo es química. Solo es Julie con ese lunar al lado del labio y esa forma de inclinar la cabeza cuando algo le gusta. Solo es un desastre anunciado.

Y entonces me vibra el móvil.

Mensaje de Julie.

"¿Cena?"

Me quedo mirándolo como si me hubiera escrito en chino. ¿Cena? ¿Conmigo? ¿Por qué? ¿Para qué?

Escribo "no puedo" y lo borro. Escribo "claro" y también lo borro. Escribo una carita con gafas de sol, me doy cuenta de que parezco idiota, y cierro el mensaje.

Salgo del baño. Ella me espera en el pasillo. Apoyada en la pared, con los brazos cruzados, y esa cara de saber que tiene todas las respuestas antes de que yo haga la pregunta.

—¿Siempre eres así de difícil o solo conmigo? —me dice.

—Solo contigo.

—Qué suerte tengo.

Pone cara de sarcasmo y se empuja con los talones para alejarse del muro. Me da un golpe suave en el hombro al pasar, como si nada. Como si esto fuera fácil. Como si no me estuviera partiendo en dos cada vez que aparece.

—Nos vemos luego —me lanza por encima del hombro.

Y sí, claro que nos veremos.

Nos vemos todos los días.

En el set. En los pasillos. En mis malditos pensamientos.

Julie Taylor se está convirtiendo en una adicción. Una de esas que sabes que te van a joder la vida, pero sigues consumiendo igual.

Y lo peor es que ni siquiera hemos empezado de verdad. Porque cuando empiece —y va a empezar, lo sé— ya no voy a tener escapatoria. Ni excusas. Ni defensa. Solo su nombre en mi boca. Y el mío, temblando entre sus labios.

2

Julie

No estoy nerviosa.

No lo estoy. En serio.

Solo es una película. Solo es una actriz. Solo tengo que decir mis líneas, sonreír en las ruedas de prensa y evitar cagarla durante los primeros cinco días de rodaje. Lo normal. Como siempre.

El problema es que Emma Hudson no es como siempre.

La conocí hace tres días y ya me tiene la cabeza funcionando como una maldita licuadora. Y no porque sea borde (aunque un poco lo es), ni por su talento (que también). Es por cómo me mira. Como si supiera algo de mí que ni yo misma me atrevo a pensar demasiado.

Emma tiene ojos de mujer que ha visto cosas. Cosas que yo no he vivido. Que quizá quiero vivir. O no. No lo sé. Me está jodiendo la lógica.

Hoy rodamos una escena en la que me toca la mano.

Solo eso: un roce. Piel con piel. Nada grave. El tipo de contacto que cualquier actriz normal puede soportar sin que se le ponga la piel de gallina y le tiemble el párpado izquierdo.

Yo no soy una actriz normal, al parecer.

Cuando me toca, todo mi cuerpo se pone alerta. No como un susto, sino como una alarma silenciosa. Me late en sitios que no deberían latir. Me arden las mejillas. Y sonrío, claro. Como si no me pasara nada.

Me paso el resto del día intentando justificar lo que he sentido. Que si estaba cansada. Que si fue la iluminación. Que si fue la música ambiental. Pero no. Fue ella.

Y eso me asusta.

Porque yo tengo novio. Uno bastante majo, además. Vive en Los Ángeles, surfea, cocina platos sin gluten y me manda mensajes motivacionales cada mañana. "Tú puedes con todo, nena". Es el tipo de chico con el que podrías tener una vida bonita, un perro que se llame Tofu y dos hijos con nombres modernos.

Y sin embargo... estoy aquí, con la mente puesta en la forma en que Emma me tocó la mano.

¿Estoy loca?

¿O soy solo una hetero confundida por una lesbiana carismática y misteriosa?

¿Eso pasa? ¿Es una fase? ¿Es un trauma de actriz insegura?

Intento no pensarlo más. Me encierro en mi habitación, pongo música, leo un poco del libro más cursi que encontré en el aeropuerto y trato de concentrarme. Pero mi cerebro insiste en devolverme al momento exacto en que nuestros dedos se rozaron. Y a su voz. A cómo dijo mi nombre. A cómo me miró. Joder.

Me levanto. Me miro en el espejo. Me señalo como si pudiera meterme una bronca convincente.

—Julie Taylor, céntrate. Eres una actriz profesional. Eres hetero. Más o menos. Creo.

Y entonces suena mi móvil.

Mensaje de Emma.

Una sola palabra:

"Ensayo?"

Y yo... tardo tres segundos en responder:

"Claro."

Así empieza el problema.

Con una palabra. Con una mano. Con una mentira que me repito muy bien:

"No me gusta Emma Hudson."

Mentira.

Ya me gusta. Solo que aún no sé qué hacer con eso.

La cosa con los ensayos fuera de horario es que suenan muy profesionales hasta que estás sola en una habitación de hotel con Emma Hudson y sus pantalones empiezan a parecerte demasiado ajustados para concentrarte.

Llegó puntual, con el guion en la mano y una coleta mal hecha que no debería tener tanto efecto sobre nadie. Se sentó en el borde de mi sofá, cruzó las piernas y me sonrió como si no fuera consciente de lo mucho que altera la gravedad de cualquier sitio donde esté.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó.

Yo había marcado la escena diecisiete. Esa donde su personaje me confiesa que se quedó en la misión solo por mí. La escena que el director nos dijo que "tiene que vibrar de emoción contenida".

Perfecto. Emoción contenida es justo lo que me está matando por dentro.

—La diecisiete —digo, con la voz un poco más aguda de lo normal.

Ella asiente, hojea las páginas, se aclara la garganta y empieza a leer. Y no sé si es su tono, o la manera en la que me mira sin levantar apenas la vista del papel, pero siento cómo

se me tensa la espalda. Me revuelvo en el asiento. Finjo que es por encontrar una posición cómoda. No lo es.

Cuando me toca mi parte, leo con todo el profesionalismo que me queda. Incluso me sorprendo a mí misma: voz firme, entonación perfecta, mirada directa.

—"No deberías haber venido por mí."

—"Lo haría mil veces."

Boom.

Eso no estaba en el guion. Emma ha improvisado. Yo me quedo en silencio. No por el cambio, sino por el temblor que me provoca. Porque la forma en que lo ha dicho no parece de mentira.

—¿Te importa si probamos esa frase? —pregunta.

—¿Cuál?

—Lo haría mil veces.

No sé qué decir. Asiento. La repetimos. Otra vez. Y otra. A la tercera, ya no estoy segura de si seguimos ensayando o si estamos haciendo algo más. Algo que no tiene nombre pero que flota en el aire como electricidad húmeda.

Paramos. Ella cierra el guion.

—¿Sabes qué es curioso? —dice, sin mirarme.

—¿Qué?

—Nunca he conocido a alguien que me saque tanto de quicio sólo con mirarme.

Me echo a reír. No porque me parezca gracioso, sino porque no sé cómo gestionar esa frase. Porque siento que quiere decir más. Porque no sé si lo dice en serio.

—¿Tanto te molesto?

Ella me mira entonces. Con esos ojos oscurecidos y pacientes, como si me llevara cinco movimientos de ventaja en un tablero que yo no sé jugar.

—No. Me gustas más de lo que debería. Y eso me jode.

Se levanta. Me deja sentada con la boca entreabierta y el corazón dándome golpes en las costillas.

—Nos vemos mañana —añade antes de cerrar la puerta.

Y yo me quedo ahí, en el sofá, con el guion en la mano y la certeza brutal de que acabamos de cruzar una línea. Una de esas que no tienen vuelta atrás.

No duermo.

Bueno, sí, técnicamente cierro los ojos durante unas horas. Pero no descanso. No cuando tengo a Emma Hudson tatuada en la parte interior de mis párpados. No cuando cada vez que me doy la vuelta en la cama, me parece que va a estar allí. No cuando su voz me sigue diciendo "me gustas más de lo que debería" como si fuera algo fácil de soltar, como si no me hubiera hecho un cortocircuito interno que todavía chispea.

Al día siguiente, me maquillo más de lo necesario. Me pongo mi camiseta más neutra. Esa gris, sin escote, sin mensaje. Como si la ropa pudiera salvarme del torbellino mental que tengo encima.

Emma ya está en el set cuando llego. Está hablando con el chico de sonido, riéndose de algo. No me mira. Y eso me jode.

¿Así de rápido volvemos al protocolo "todo bien, nada pasó"? ¿Después de soltarme esa frase? ¿Después de dejarme hecha un lío monumental?

Me acerco. Me uno a la conversación. Sonrío demasiado. Hago chistes estúpidos. Ella me responde con corrección, pero sin el brillo de ayer. Está haciendo justo lo que yo intenté hacer al principio: fingir que no pasa nada.

Y claro, ahora que lo hace ella, no me gusta.

Ensayamos una escena tranquila. Una caminata por los pasillos de la nave, compartiendo una conversación existencial sobre el futuro, la misión, y la posibilidad de no volver jamás. En el fondo, el subtexto es "estoy cagada, pero no quiero admitirlo".

Perfecto. Sé interpretar eso. Llevo dos días haciéndolo en la vida real.

Terminamos la toma. El director dice que ha estado bien, pero quiere más conexión. Más vulnerabilidad. Más… roce.

Emma y yo nos miramos. Ella levanta una ceja. Yo asiento con una sonrisa que en realidad es una súplica: no me hagas daño.

La repetimos. Esta vez, caminamos más lento. Me roza el hombro. Yo la miro. Ella me sostiene la mirada dos segundos de más.

La toma termina. Todos aplauden. Y yo me voy al vestuario con el corazón corriendo maratones y la respiración a medias.

En el camerino, me encierro. Saco el móvil. Miro la última conversación con mi novio.

"¿Cómo va el rodaje?"

Respondo: "Bien. Intenso. Mucho trabajo."

Es verdad. A medias. Como casi todo lo que digo últimamente.

Guardo el teléfono. Me miro en el espejo. Tengo los ojos más brillantes de lo normal y el pecho demasiado agitado para no estar corriendo.

¿Me gusta Emma?

No lo sé.

¿Me afecta Emma?

Sí. Más de lo que debería. Más de lo que puedo permitirme.

Y justo cuando estoy a punto de salir, alguien llama a la puerta del camerino.

—Julie, ¿puedo pasar?

Es ella. Y no sé si quiero que entre o que se largue. Porque, como siga mirándome así… Voy a dejar de fingir. Y eso sería lo peor. O lo mejor. No lo sé.

—Pasa —digo, demasiado rápido.

Y entra. Cierra la puerta con ese gesto suave, casi cuidadoso, como si supiera que cualquier cosa más brusca me

rompería.

Emma se queda de pie, apoyada en la pared, con los brazos cruzados. La coleta algo suelta, la camiseta remangada como si tuviera calor. Y yo, que debería estar concentrada en cualquier cosa menos en sus brazos, no puedo dejar de mirarlos. Qué sorpresa.

—He estado pensando —dice, como si viniera a hablar del guion.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti.

No estoy preparada. Para esa frase. Para ese tono. Para sus ojos clavados en mí como si fueran bisturís que cortan verdades que yo no quiero admitir.

Trago saliva. Me siento en el taburete frente al espejo. Miro mi reflejo, no a ella.

—¿Y qué has pensado?

Emma da un paso al frente. Luego otro. Se acerca como quien camina por un campo minado. Como si tuviera miedo de asustarme. No sabe que lo que me asusta no es ella, es lo que me remueve.

—Que me gustas, Julie.

Boom.

No hay metáforas, ni florituras. Solo eso. Claro. Brutal. Desnudo.

—Y no estoy diciendo que tú sientas lo mismo —añade rápido—. Solo que necesitaba decirlo. Porque me estoy volviendo loca.

Sigo sin mirarla. No porque no quiera. Sino porque si la miro... se me va a notar todo.

—Tengo novio —murmuro. No sé si como defensa o como excusa.

—Lo sé.

—Nunca he estado con una chica.

—También lo sé.

—Y no sé qué siento.

Emma se agacha un poco, hasta ponerse a mi altura. No me toca. No me presiona. Solo me mira. Esa mirada que me pone todo patas arriba.

—Está bien —dice—. Solo quería ser honesta. No te voy a pedir nada. No espero nada. Solo... necesitaba que lo supieras. Porque si sigo callándomelo, voy a acabar gritándoselo a alguien en mitad del rodaje. Y no quiero que sea así.

Y se incorpora. Se gira. Y justo cuando va a abrir la puerta, yo la detengo.

—Espera.

No sé por qué lo digo. No sé qué significa. Solo sé que quiero que se quede un poco más. Que no quiero que se aleje con toda esa verdad colgando entre nosotras como una cuerda floja que podría romperse en cualquier momento.

Ella se gira. Me mira. Espero que diga algo. Pero no lo hace.

Solo sonríe. Una de esas sonrisas que no enseñan los dientes pero lo dicen todo. Y se va.

Me quedo sola en el camerino con el corazón dando golpes contra mis costillas como si quisiera salir corriendo. O ir tras ella. O gritarle que ella a mí también. Que no lo sé. Pero que quiero saberlo. Con ella.

Esa noche no voy a cenar con el equipo.

Pongo la excusa perfecta: dolor de cabeza. Nadie pregunta más. Todo el mundo sabe que el set cansa, que el jet lag es un asesino silencioso, y que los actores a veces necesitamos espacio. Nadie sospecha que estoy sentada en el alféizar de la ventana de mi habitación de hotel, con una infusión en la mano y un millón de preguntas dando vueltas en mi cabeza.

Emma me gusta. Ahí está. Esa frase. Con todas sus sílabas y sus implicaciones.

Y, joder, no debería. Porque no entra dentro de mis planes. Porque no encaja con la idea que tengo de mí misma. Porque nunca he mirado a una mujer así. Bueno... sí. Tal vez. Alguna

vez. En fiestas. En películas. En sueños. Pero siempre lo he tapado. Siempre ha sido "curiosidad". Siempre ha sido "nada serio".

Esto se siente serio.

Me echo hacia atrás, dejo la taza en la mesa y abro el portátil. Voy a buscar cualquier cosa que me saque de este estado mental.

Pero no.

Lo primero que aparece en mi pantalla es una fanpage. Fotos del rodaje. Una en particular me deja sin aliento: Emma y yo, en medio de una escena, mirándonos. No hay nada explícito. Pero hay algo. Algo que traspasa el encuadre.

Los comentarios son una mezcla de euforia y teorías conspiranoicas:

"Estas dos tienen más química que el laboratorio de Breaking Bad."

"¿Soy yo o se están mirando como si se fueran a comer?"

"Quiero una película entera solo de ellas hablando."

Cierro el portátil. No porque me moleste. Sino porque me asusta que la gente lo vea. Que otros lo noten antes que yo. Que alguien me obligue a ponerle nombre a esto.

Mi móvil vibra. Es un mensaje de Emma. Otra vez una sola palabra:

"¿Estás bien?"

Respondo sin pensar:

"Sí."

Y luego escribo algo más. Algo que borro. Y luego vuelvo a escribir.

"¿Quieres subir?"

Me arrepiento al instante. Pero ya lo he mandado.

Ella tarda exactamente treinta y dos segundos en responder:

“Dame cinco minutos.”

Y entonces me levanto. Me miro en el espejo. Me paso la mano por el pelo. Me pongo algo decente. No demasiado decente. Algo que diga “estoy cómoda” pero también “me importas un poco más de lo que debería”.

Cuando suena la puerta, el corazón me da un salto tan fuerte que creo que se me ha salido por la garganta.

La abro. Emma está ahí. Con las manos en los bolsillos y la mirada serena. Como si no fuera a desatarme un huracán solo con estar parada frente a mí.

—Hola —dice.

—Hola.

Y ahí estamos. Dos mujeres. Dos actrices. Dos mundos a punto de colisionar. Y una noche que va a cambiarlo todo. Aunque aún no lo sepamos.

Entra. Caminamos hasta la mesita baja del salón sin decir mucho. Tiene algo en las manos. Una caja de galletas de jengibre.

—Estaban en recepción —dice—. No es romántico. Es azúcar.

Sonrío. Me siento en el suelo, con las piernas cruzadas. Ella hace lo mismo frente a mí. Abrimos la caja. Comemos en silencio. Las galletas saben raro, pero no nos importa. Hay otra cosa en el aire. Algo más denso. Más dulce. Más peligroso.

Emma me mira. Y esta vez, yo no aparto la mirada.

—¿Sigues teniendo novio? —pregunta, sin rodeos.

—Sí.

—¿Y te gusta?

Silencio. Largo. Tenso.

—Es fácil estar con él.

Ella asiente, como si eso fuera una respuesta. Como si ya supiera lo que viene después.

—¿Y yo qué soy?

—Difícil —respondo, con un suspiro que no controlo.

Emma se pasa la lengua por los labios, como si le costara tragarse esa palabra. Como si fuera una espina.

—No tienes que elegir —dice, bajito.

—Lo sé.

—Solo… dime si quieres que me vaya.

La frase cuelga entre nosotras como una cuerda floja. Me deja temblando. Porque no quiero que se vaya. Pero tampoco sé qué quiero que se quede a hacer. Ni cómo lidiar con eso.

—No quiero que te vayas —respondo, y mi voz suena más honesta de lo que esperaba.

Emma sonríe. Esa sonrisa pequeña, torcida, que no busca convencer. Solo decir "yo también".

Nos quedamos ahí. Frente a frente. Sin tocar. Sin acercarnos. Como si ambas supiéramos que si cruzamos ese milímetro que nos separa, no hay vuelta atrás.

Ella es la que se inclina primero. No me besa. Me roza la mejilla con la yema de los dedos. Un roce apenas. Pero yo me estremezco como si me hubiera desnudado.

—Julie —susurra, casi con miedo.

Y yo le agarro la muñeca. No con fuerza. Solo para que no se aparte. Para que sepa que no me estoy echando atrás.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunto.

—Algo que probablemente vamos a lamentar.

—¿Y aún así quieres hacerlo?

—Más de lo que debería.

Y entonces sí. Se acerca. Sus labios tocan los míos apenas, con una timidez que me rompe. No es un beso de película. No es perfecto. Es torpe. Inseguro. Pero es real. Y me paraliza.

No seguimos. No esa noche. Nos quedamos abrazadas. Yo con la cabeza en su hombro. Ella con la mano en mi espalda, como si me sostuviera. Como si supiera que estoy cayendo. Y no tiene claro si va a atraparme… o caer conmigo.

3

Emma

Hay un momento, justo antes de despertarme, en el que todo está bien.

Estoy envuelta en calor, mi cabeza descansa sobre algo firme y mi cuerpo flota entre el sueño y la realidad. Una mano suave está en mi cintura. Una respiración tranquila, muy cerca de mi nuca. Es ese tipo de paz que no se explica. Que se siente. Que no se cuestiona.

Hasta que lo hago.

Abro los ojos. Me doy cuenta de dónde estoy. Me acuerdo.

Julie.

La habitación del hotel. Las galletas de jengibre. Su voz temblando al decir que no quería que me fuera. Su beso. Mi beso. Ese momento exacto en el que nuestras bocas se encontraron con más miedo que técnica y, aun así, lo sentí más real que nada en años.

Y ahora, está dormida.

Me atrevo a mirarla. Tiene el ceño ligeramente fruncido, como si hasta en sueños estuviera peleando con algo. Con ella misma, probablemente. Me siento como una ladrona por

estar ahí, por haberme colado en su mundo, por haber sentido cosas que no debería.

Me levanto sin hacer ruido. Me visto despacio. Me cepillo el pelo con los dedos. Me miro en el espejo del baño y parezco otra. Una versión más vulnerable. Más tonta. Más ilusionada.

Error de principiante, Hudson.

Cuando salgo de la habitación, no dejo nota. No es necesario. El mensaje ya estaba en su boca anoche.

"Me gustas más de lo que debería."

Llego al set más temprano que nunca. Me escondo en maquillaje. Me hago la dura. Pero por dentro estoy esperando. Esperando que llegue. Esperando que me mire como anoche. Esperando que diga "Hola" con esa voz que me rompe.

Julie entra una hora después. Lleva gafas de sol aunque estamos bajo techo. Sonríe al equipo. Saluda al director con dos besos. Se sienta en su silla. Mira su guion. Mira todo. Menos a mí.

No un gesto. No un cruce de ojos. No una palabra.Nada.

Me acerco.

—Hola —digo, suave.

Ella levanta la vista. Me mira. Sonríe, pero no le llega a los ojos.

—Hola.

Y ya está. Esa es toda nuestra conversación.

Es un puñetazo silencioso. Un portazo sin ruido. La confirmación de que, efectivamente, lo que pasó anoche no va a repetirse. Ni a hablarse. Ni a existir.

Me siento en mi silla. Saco el guion. No leo una sola palabra.

La tengo a menos de cuatro metros. La huelo, por Dios. Lleva ese perfume con vainilla y algo más que no sé nombrar, pero que ya reconozco como peligro inminente. Y ahí está, riéndose con el de arte, lanzando frases rápidas como si no

acabara de besarme con una delicadeza que me dejó el cuerpo en ruinas.

No entiendo nada. O sí. Lo entiendo demasiado.

Julie se arrepiente.

Lo leo en su lenguaje corporal. En cómo cruza los brazos más de lo habitual. En cómo se ríe demasiado alto. En cómo evita estar sola conmigo en cualquier tramo del plató. En cómo me ha borrado de su campo visual como si yo no fuera más que un error técnico que se puede reescribir.

Cuando toca ensayar la escena juntos, no puedo escapar.

Nos colocan en el centro del set. Es una escena emocional: nuestros personajes se despiden sin saber si volverán a encontrarse. Yo tengo que decirle que no me arrepiento de haber venido por ella. Ella tiene que responder con un susurro: "yo tampoco".

Perfecto. Todo muy literal. Todo muy cruel.

El director dice acción. Yo digo mi línea. Se me clava en el pecho. Se me enreda en la garganta. Pero lo hago bien. Porque soy buena. Porque profesional, ante todo.

Julie me responde. Fría. Perfecta. Vacía.

No hay temblor en su voz. No hay calor en su mirada. No hay nada que me indique que anoche pasó.

El director frunce el ceño.

—Chicas, no lo siento. No me está llegando. Es una escena de despedida. Tiene que doler.

Dolor tengo de sobra, gracias. Lo que no tengo es con quién compartirlo en pantalla.

Volvemos a intentarlo.

Esta vez Julie se gira antes de tiempo. No me sostiene la mirada. Improvisa una pausa donde no iba. Yo me atasco. Ella se impacienta. El director pide una pausa.

Nos alejamos. Yo me muerdo la lengua para no decir nada.

Julie toma agua, se ríe con el asistente de cámara, y a mí se me escapa la rabia por los poros.

—¿Podemos hablar? —le digo, acercándome sin que nadie escuche.

Ella no me mira.

—Ahora no, Emma. Estoy concentrada.

Boom.

Concentrada. Como si yo fuera una distracción. Como si anoche no hubiéramos cruzado la línea más sagrada de todas. Como si besarme fuera un fallo de sistema que ha decidido ignorar con la frialdad de un reinicio forzado.

Y yo... no sé si quiero gritarle o besarla otra vez para que se le caiga esa máscara de perfección.

Pero no hago ninguna de las dos cosas. Solo la miro. Como ella me miró la primera vez. Como si supiera exactamente quién es. Y esta vez... no me gusta.

No sabía que el silencio podía sonar así.

No es un silencio de calma. Es un silencio de juicio, de esos que retumban más que un grito.

El plató entero parece funcionar con otra frecuencia, como si todo estuviera en mute salvo mis pensamientos gritándome: "Te lo advertí".

La pausa técnica se alarga. El director habla con el equipo de iluminación. El maquillador se acerca a Julie, le arregla un mechón que no necesita arreglo. Ella agradece, sonríe. Yo me convierto en mobiliario.

Cuando se cruza conmigo camino a vestuario, ni siquiera roza mi hombro. Ni un roce accidental. Nada.

Y eso es peor que cualquier empujón.

Entro a mi camerino. Cierro la puerta. Me apoyo en ella. Me dejo caer. El suelo está frío. Me viene bien.

Pienso en lo estúpida que fui. En cómo bajé la guardia. En cómo me creí su "no quiero que te vayas" como si no conociera ya este juego.

Porque esto no es nuevo.

Las chicas como Julie… las que han vivido toda su vida envueltas en validación ajena, en novios aprobados por las revistas, en el papel perfecto de hija/pareja/estrella… esas chicas no se permiten desear a alguien como yo. No de verdad. No a la luz del día.

Yo fui una excepción. Una debilidad momentánea. Una galleta de jengibre en mitad de un ataque de hambre emocional.

Y ahora toca fingir que nada pasó.

Mi móvil vibra. Mensaje de Jenny, mi mejor amiga.

"¿Y la compañera de reparto qué tal?"

Escribo:

"Nada que contar. Mala química."

Y lo mando, aunque me duela. Porque admitir lo contrario sería como decir "me dejé abrir el pecho y ahora tengo un cartel de 'cerrado por obras' clavado entre las costillas".

Más tarde, volvemos a intentar la escena.

Julie está igual de distante. Yo intento hacer lo mío. Nos sale mejor, pero el aire entre nosotras está lleno de cuchillas.

Al final de la jornada, nos aplauden.

El director dice que hemos encontrado la emoción que faltaba.

Qué ironía.

Porque esta tristeza no la he tenido que actuar. Porque esa distancia no está en el guion. Porque todo lo que está saliendo bien en cámara… es lo que está doliendo fuera de ella.

Recojo mis cosas sin saludar a nadie. Me meto en el coche como una sombra. Le doy la dirección al conductor y miro por la ventana todo el trayecto sin ver nada.

Cuando llego al hotel, veo que su puerta está entreabierta. Ríe con alguien del equipo de vestuario. Suelta una carcajada. Brilla. Como siempre.

Y yo me siento como un capítulo tachado. Uno que ella ha decidido no leer nunca más.

O, peor aún... uno que nunca quiso escribir.

Cierro la puerta de mi habitación y me echo en la cama con ropa y todo.

Ni me ducho. Ni ceno. Ni pongo música. Solo existo. O intento hacerlo sin que me pese el cuerpo como si estuviera arrastrando algo más grande que yo: el silencio de Julie. Su desprecio sutil. Esa manera que tiene de no mirarme como si eso borrara lo que ya pasó.

Reviso mentalmente cada segundo de anoche. ¿Fui demasiado directa? ¿Demasiado intensa? ¿La incomodé? ¿Me equivoqué en leer las señales?

No.

No.

Ella me dijo que no quería que me fuera. Me besó primero. Me sostuvo después. Me miró como si tuviera miedo, sí, pero también como si tuviera ganas. Como si quisiera que me quedara. Como si por fin se permitiera una rendija de verdad.

Y ahora actúa como si yo hubiera imaginado todo.

Abro el móvil. Ni un mensaje. Ni un "gracias por anoche", ni un "perdona si hoy he estado rara". Nada.

Paso de la rabia a la tristeza en bucle. Porque me jode que se esconda, pero me jode más que yo me sienta tan... herida.

No debería importarme. Nos conocemos hace días. Esto es un rodaje, no una novela. Pero no puedo evitarlo. Porque Emma Hudson, Miss control emocional, ha caído de bruces. Otra vez.

Y esta vez no hay red.

Al día siguiente, llego al set decidida a fingir mejor que nadie. Si Julie quiere distancia, le daré océanos. Si quiere indiferencia, seré la reina del hielo.

Nos maquillan juntas. No cruzamos palabra. Ella mira su móvil. Yo mi reflejo.

Cuando nos llaman al set, caminamos en paralelo. Dos desconocidas con pasado reciente. El director nos observa con

esa sonrisa satisfecha de quien cree que está viendo una conexión brillante en pantalla. Pobre ingenuo.

Hoy toca escena suave. Una caminata por la superficie del planeta alienígena, conectadas por radios. Es una de las pocas escenas donde no nos miramos. Me viene bien. Así no corro el riesgo de derretirme o gritarle en mitad del diálogo.

Rodamos.

Terminamos.

Aplausos.

Todo perfecto.

Excepto yo, claro.

Al salir del estudio, llueve. Me da igual.

Me quedo un segundo bajo el techado, sin moverme, viendo cómo las gotas se revientan contra el asfalto. Y entonces la veo: Julie, con una chaqueta sobre la cabeza, corriendo hacia el coche con uno de los productores. Se ríe. De nuevo. Siempre riéndose con cualquiera menos conmigo.

Y entonces lo pienso.

Quizá fue eso. Un error. Una noche con lluvia emocional que hoy ella ha secado con una toalla y ha tirado al cubo de las experiencias no recomendables.

Y yo... yo me quedé empapada. Y ahora no sé cómo volver a estar seca.

No la busco en la cena del equipo. Ni siquiera bajo.

Me quedo en la habitación con una botella de agua que no bebo y una serie de fondo que no miro. Paso más tiempo repasando mis propias reacciones que los diálogos. Me estudio como si pudiera encontrar el fallo. ¿Qué hice mal? ¿Dónde estuvo el punto exacto en que la espanté?

A la mañana siguiente me visto más rápido de lo habitual. Pantalones vaqueros, camiseta negra, moño alto. No hay tiempo ni ganas de maquillaje. Me da igual. Hoy no pienso mirar a nadie a los ojos.

Cuando llego al set, el ambiente es relajado. El productor trae café para todos. El director está de buen humor. El sol ha salido. Todo parece alineado con el universo. Excepto yo.

Y entonces la veo.

Julie. De nuevo tarde, de nuevo radiante, de nuevo sonriendo como si no tuviera un cadáver emocional escondido en su maleta.

—Buenos días —dice con voz alegre.

Yo asiento. Ni la miro.

—¿No has dormido bien? —pregunta, como si me importara su pregunta.

—Perfectamente.

—Ah.

Silencio.

No el de antes. Este es tenso. Cortante. Como si ella esperara que yo hiciera algo. Como si la que tuviera que dar explicaciones fuera yo.

Y ahí lo entiendo todo.

Julie Taylor ha decidido que lo que pasó es mi responsabilidad. Que fui yo la que quiso. Que fui yo la que dio el paso. Que ella fue… arrastrada. Que yo fui la tormenta. Y ahora se protege. Se reconstruye. Me empuja lejos con su indiferencia de actriz bien entrenada.

Y lo hace tan bien que por un segundo me lo creo. Por un segundo pienso: "igual sí fue culpa mía".

Y después me cabreo.

Porque no es justo. Porque no se puede besar a alguien con esa dulzura y al día siguiente actuar como si te hubieran empujado contra su boca.

Pero no digo nada.

Porque yo también sé actuar. Y si ella quiere una escena sin emociones, voy a darle la mejor interpretación de "Emma no siente nada" que haya visto en su vida.

Rodamos la escena más intensa del día con una precisión quirúrgica.

Nos gritamos con lágrimas contenidas, nos tocamos los hombros como si fuera una despedida definitiva, nos miramos con rabia y ternura... todo según el guion. Y todo perfectamente actuado. Nadie sabría que debajo de cada línea hay una verdad que quema.

El equipo aplaude cuando terminamos.

El director se emociona.

—¡Eso es lo que quería! ¡Exactamente eso! —grita—. Brutal, chicas.

Emma y Julie: química de pantalla. Una pareja que sufre, que se ama, que se rompe. Nadie sospecha que lo que hay detrás de ese dolor no es talento. Es decepción. Herida. Orgullo.

Terminamos y nos separamos como si nada. Como si no nos temblaran los dedos. Como si no quisiéramos llorar, por razones opuestas y complementarias.

Me voy directa al vestuario. Me encierro. Me saco el traje del personaje y me quedo frente al espejo solo con la ropa interior. Me observo. Me pregunto cómo puede alguien tener la capacidad de partirte en dos y salir impune.

¿Es eso lo que soy para ella? ¿Una escena que salió bien? ¿Un borrador que no llegó a corregir?

Me ducho con agua caliente hasta que la piel se me enrojece. Cierro los ojos y me obligo a recordar que no fue un error mío. Que no fui la única que sintió. Que si me besó, fue porque lo quiso. Porque me deseó. Porque, durante al menos una noche, se atrevió.

Y luego se asustó.

Y me dejó sola en una historia que ni siquiera habíamos terminado de escribir.

Cuando salgo, el pasillo está vacío. Respiro. Camino hacia mi habitación con la toalla aún sobre el pelo. Paso por delante

de la suya. Está abierta. Escucho risas. La de Julie. Y la de alguien más.

Me asomo sin querer. Es el chico de producción. Están sentados en el suelo, jugando a algo con los pies descalzos y una copa de vino entre ambos.

—¿Quieres unirte? —pregunta él, amable.

Julie gira la cabeza hacia mí. Me mira. Sonríe. Corta. Conveniente.

—Emma tiene cosas que hacer —dice, como si supiera.

Como si me conociera.

Como si pudiera hablar por mí.

Yo asiento. Sonrío igual.

—Eso es. Cosas que hacer.

Me voy sin mirar atrás.

Pero lo que no ve, lo que nadie ve, es que mientras camino hacia mi habitación… cada paso pesa más. Cada músculo arde.

4

Julie

Me bajé del avión como si llevara un cadáver en el equipaje de mano.

La terminal olía a café recalentado y a decisiones de las que una no se puede arrepentir en voz alta. Iba con las gafas de sol puestas aunque eran las siete de la tarde y llovía en Los Ángeles. Muy actriz todo. Muy "estoy bien, gracias". Muy mentira.

Lo vi esperándome entre la gente, con ese cartelito improvisado que decía "MI ASTRONAUTA" en mayúsculas y el tipo de letra de alguien que no se toma nada demasiado en serio. Sonrió en cuanto me vio, abrió los brazos y me atrapó en un abrazo que olía a colonia cara y estabilidad.

Owen.

Mi novio. Mi puerto seguro. Mi ancla. Mi error cómodo.

—¿Todo bien? —preguntó mientras me quitaba la maleta de las manos.

Yo asentí. Le sonreí. Le besé en la mejilla. Y en mi cabeza, Emma me miraba desde el otro lado del océano con esos ojos que no se me habían borrado ni una noche.

Me metí en el coche como quien vuelve al papel de siempre. Me puse el cinturón, me solté la coleta, le conté que el rodaje había sido intenso pero increíble, que el director estaba feliz, que la peli prometía. Lo habitual.

No le conté que había besado a mi compañera de reparto. Ni que ese beso me había roto más de lo que me había roto nunca nada. Ni que me sentía como una impostora en mi propia vida.

Porque ¿cómo se le cuenta eso a alguien que te quiere tanto que no sospecha nada?

Los días siguientes fueron una especie de terapia silenciosa. Cocinamos, vimos pelis malas, salimos a correr por el paseo. Todo lo que me hacía parecer funcional. Todo lo que ocultaba que en mi cabeza no había espacio para nada que no fueran sus labios y la forma en que me había dicho "me gustas más de lo que debería".

Emma se había ido a Nueva York. Lo sabía por boca del director, no por ella. No hubo despedida. No hubo mensaje. No hubo nada.

Y eso, por supuesto, me facilitó el autoengaño.

"Solo fue un momento."

"Solo fue una confusión."

"Solo fue... Emma."

Pero el problema era que Emma no se iba. Ni de mis pensamientos. Ni de mis sueños. Ni de ese lugar pequeño y ruidoso dentro del pecho que se activaba cuando alguien mencionaba su nombre.

Una noche, Owen me abrazó mientras yo hacía como que dormía. Me acarició el pelo y me susurró que estaba feliz de tenerme de vuelta.

Y yo cerré los ojos más fuerte, como si eso pudiera evitar que se me escaparan las lágrimas. Como si pudiera contener la culpa. Como si no supiera que, en algún lugar de Nueva York, Emma estaba intentando olvidarme.

La estrategia era sencilla: Negarlo todo. Guardar el recuerdo del beso en una caja mental, cerrarla con llave y tirarla a lo más profundo del océano de mi inconsciencia. Volver a ser yo. O, al menos, la versión de mí que todo el mundo esperaba.

Y durante un tiempo... funcionó. Fui a clases de pilates. Rechacé una oferta de comedia romántica que sonaba demasiado irónica. Reanudé mi rutina de "pareja perfecta con Owen".

Pero Emma seguía apareciendo. No en forma de mensaje ni de llamada, sino en los espacios vacíos. En las duchas largas, en los silencios del desayuno, en la música tonta del coche cuando me tocaba conducir sola.

Y luego, claro, llegó el tráiler.

Lo mandaron por mail una mañana cualquiera, acompañado de un "chicas, lo tenemos" en el asunto. Lo vi en pijama, con una taza de café en la mano. Y ahí estaba ella. Mirándome. Sonriendo. Temblando.

Ese plano final —ese en el que nos quedábamos a un centímetro y medio la una de la otra en la cabina de la nave, con los ojos llenos de todo lo que no nos habíamos dicho— se me quedó tatuado en la garganta.

Tuve que volver a darle al play tres veces para asegurarme de que no me lo había inventado.

Y, por un instante, se me pasó por la cabeza escribirle.

Pero no lo hice.

La premiere se confirmó un mes después.

Los jefes de prensa querían explotar la "pareja del espacio". La química. La tensión. El shippeo masivo que ya había dado lugar a fanfics, teorías y edits en YouTube con títulos como "Julie & Emma: no me digas que no sentiste eso".

Yo fingí desinterés. Pero por dentro, el estómago se me hizo un nudo.

Iba a volver a verla. Después de todo. Después del beso. Después del silencio. Después de no haberla buscado.

Pasé las semanas previas eligiendo vestido, ensayando respuestas seguras, y repitiéndome que ya no sentía nada.

Mentira. Pero era una mentira cómoda. Una mentira funcional. Una mentira con brillo de alfombra roja.

La noche de la premiere, Owen vino conmigo.

Posamos juntos. Nos abrazamos. Dije "estoy muy feliz de estar aquí" unas doce veces a diferentes medios. Todo bien.

Hasta que Emma apareció. Y el tiempo hizo ese truco estúpido de detenerse.

Vestido negro. Pelo suelto. Labios rojos. Mirada afilada. Postura de "estoy por encima de todo, incluyéndote a ti".

Y entonces me temblaron las rodillas por primera vez en semanas. Porque me di cuenta de que no la había olvidado. Solo la había escondido.

Y esta noche, estaba justo delante de mí. Mirándome como si nunca me hubiera tocado.

—Colócate un poco más cerca de Emma, Julie. Eso es... perfecto.

—Una mirando a la otra. Muy bien. Eso, sonreíd.

—¡Oh, esa mirada! La vais a romper.

Eso decían. Los fotógrafos. Los asistentes. Los del equipo de prensa. Y yo obedecí.

No porque me lo pidieran. Porque quería.

Quería mirarla. Quería tocarle la espalda con disimulo. Quería volver a sentir, aunque solo fuera unos segundos, esa electricidad de la que había huido como una cobarde.

Ella apenas habló. Sonrió por cortesía. Posó como una profesional. Pero yo... yo la miré como si no me doliera. Como si fuera fácil. Como si lo que teníamos solo viviera en la imaginación colectiva de internet y no en mis entrañas.

Y lo peor es que funcionó.

La gente chillaba. Los flashes se duplicaban. “Están enamoradas”, gritó alguien.

Y por un momento, me lo creí.

—¿Unas declaraciones para el directo, Julie?

—Claro —sonreí, agarrando el micro con mi mejor cara de estrella encantada—. Estamos muy orgullosas de esta película. Ha sido una experiencia inolvidable. Emma y yo tuvimos una conexión especial desde el primer día. Creo que eso se nota en pantalla.

Emma me miró de reojo. Yo aguanté su mirada. Sabía que me estaba odiando en ese momento. Pero seguí hablando. Seguí sonriendo. Seguí fingiendo que nada me dolía.

Y entonces ella hizo algo que no esperaba: me agarró del brazo.

—¿Podemos hablar un segundo?

No fue una invitación. Fue una orden.

Me llevó hasta una esquina apartada del teatro, entre columnas doradas y moqueta espesa. Un reservado improvisado con olor a perfume caro y tensión acumulada.

—¿Qué coño estás haciendo? —me escupió sin rodeos.

—¿Perdona?

—No. No te hagas la inocente, Julie. ¿De verdad vas a plantarte delante de toda esta gente como si lo nuestro fuera una historia de amor?

Me puse a la defensiva. Error.

—Solo he dicho que teníamos buena conexión. ¿Mentí?

—¿En serio? ¿Esa es tu excusa?

Su voz bajó el tono, pero subió la intensidad. Y me temblaron las manos.

—No te atreviste a hablarme en meses. No me escribiste. No me llamaste. Fingiste que nunca pasó. Y ahora, con todo el mundo mirando, ¿decides que sí? ¿Que ahora sí puedes tocarme? ¿Mirarme como si me echaras de menos?

—Emma…

—No. No me digas mi nombre como si eso bastara.

Y ahí supe que me odiaba. Que le dolía. Que yo le dolía.

Y me lo merecía.

—Me has usado —dijo, más bajo—. Así es como me siento. Como si me hubieras utilizado para probar algo que no tienes el valor de nombrar en voz alta.

Quise decirle que no era así. Que sí tenía valor. Pero no lo hice. Porque no lo tenía.

Me quedé quieta, clavada en ese rincón del teatro con las palabras aún colgando entre nosotras.

Emma se fue sin decir adiós. Sin explicaciones. Sin ofrecerme una segunda oportunidad. Porque yo ya la había tenido. Y la había desperdiciado, como una gilipollas.

Escuché cómo la alfombra tragaba el ruido de sus tacones y cómo el murmullo de la alfombra roja volvía a llenarlo todo. Era como si el mundo siguiera mientras a mí se me acababa el oxígeno.

Volví al evento como si no pasara nada. Porque si algo sé hacer es eso: fingir. Me acomodé el pelo, me puse un poco de brillo en los labios, y volví a posar con Owen como si no acabaran de partirme en dos.

Él me agarró de la cintura.

—¿Todo bien?

—Sí —mentí.

No tenía fuerzas para otra cosa. Si le decía la verdad, iba a hacerle daño. Si me la decía a mí misma, me iba a romper. Así que sonreí. Me dejé besar la sien. Respondí preguntas vacías con respuestas todavía más vacías.

—¿Cómo fue trabajar juntas?

—Maravilloso. Emma es increíble.

Eso lo dije en piloto automático. Lo que no pude controlar fue la forma en que me brillaron los ojos después.

La noche terminó con una copa en la mano y una foto viral: Emma y yo, frente a frente, mirándonos como si el mundo no

existiera. La gente enloqueció.

Los titulares hablaban de "miradas que matan" y "tensión real entre actrices".

Yo solo veía la verdad: esa mirada fue real. Porque lo que pasó entre nosotras fue real. Aunque me pasé medio año intentando negarlo.

En cuanto llegamos a casa, Owen me pidió que me quitara los tacones y me sentara un rato con él. Yo accedí. Me tumbé en el sofá. Me puse su sudadera. Me hice la dormida mientras él me acariciaba el pelo.

Y me sentí una impostora. Otra vez.

No por no quererle. Porque, en el fondo, sí lo quería. Pero no lo deseaba como a Emma. No con ese fuego raro, doloroso y luminoso que te consume desde dentro.

A medianoche, me levanté a beber agua. Encendí el móvil. Entré en redes. Leí los mensajes, los edits, los fanarts. Todos veían algo que yo no quería mirar de frente.

Y luego hice lo que no debía.

Busqué su nombre. Emma Hudson. La encontré en una historia de una amiga suya. Sonreía, sí. Pero ya no era la sonrisa de antes. Ya no era para mí.

Al día siguiente, me desperté con resaca emocional y ojeras de arrepentimiento.

Owen estaba haciendo café en la cocina, descalzo, despeinado, con ese aire de novio perfecto que da ganas de gritar. Me besó la mejilla y me sirvió una taza como si todo estuviera bien. Como si yo no estuviera pensando en otra persona mientras removía el azúcar.

—Estuviste genial anoche —me dijo.

Yo asentí, sorbí el café, y le sonreí. Nada que no supiera hacer con la cara. Pero por dentro, había una corriente helada que no paraba de repetirme: la has cagado. La has cagado y ya no hay forma de arreglarlo.

Pasé el día evitando redes. Me puse a limpiar cajones, ordenar ropa que no uso y contestar correos que llevaba semanas ignorando. Todo con tal de no pensar. Pero, spoiler: pensaba igual.

Cada vez que cerraba los ojos, veía su cara en el reservado. La forma en que me miró. El desprecio en su voz. La decepción.No odio que me odie. Lo entiendo.

Odio haberle dado motivos.

Y odio que, cuando al fin la tuve cerca, no supe qué hacer con ella. Y cuando ya no estaba, no supe cómo vivir con su ausencia.

Por la noche, Jenny —la mejor amiga de Emma— subió una historia en Instagram.

Un brindis. Un grupo de gente. Una frase:

"Por cerrar ciclos."

Y entonces lo supe. Emma estaba empezando de cero. Yo no era parte de ese nuevo comienzo. Yo era el ciclo que había que cerrar.

Me tumbé en la cama, miré el techo, y pensé en todo lo que no le dije:

Que me arrepentí. Que el beso me cambió. Que no la olvidé. Que no era solo curiosidad. Que no era solo una confusión.

Que era ella.

Y que era yo, también. Pero una versión de mí que no sabía cómo sostener sin romper todo lo que ya tenía construido.

—¿Estás rara últimamente? —preguntó Owen esa noche, mientras se cepillaba los dientes.

—¿Rara?

—Sí. No sé... más callada.

—Estoy cansada. La promo me agota.

—Vale.

Se fue a la cama sin preguntar más. Y yo me quedé en el baño, frente al espejo, mirándome como si pudiera leerme los pensamientos en los ojos.

No vi a una actriz. Ni a una novia. Ni a la chica perfecta de las entrevistas.

Vi a alguien que había querido algo de verdad. Y no había tenido el valor de sostenerlo.

Vi a alguien que había querido algo con Emma. Y había tenido miedo.

Y ese miedo… era lo que más asco me daba de mí misma.

Una semana después de la premiere, mi representante me llamó para hablar de "la reacción mediática".

—Estás viral, nena. Literalmente. —Se oía eufórica—. Twitter está lleno de vídeos tuyos con Emma. Esa alfombra roja nos ha dado más promoción que toda la campaña de marketing.

Yo no contesté. Me limité a mirar por la ventana de la oficina mientras ella hablaba de campañas, proyecciones de taquilla y potencial para futuras colaboraciones con "ese tipo de dinámica".

Ese tipo de dinámica.

O sea, lo que Emma y yo habíamos sido, reducido a una estrategia. A una marca. A un hashtag.

—Estás cómoda con todo esto, ¿verdad? —me preguntó al final.

—Claro —mentí—. No hay problema.

Pero sí lo había.

Porque todo el mundo quería más. Más fotos. Más entrevistas juntas. Más gestos que parezcan otra cosa.

Y yo no podía darlo. No después de lo que había pasado en ese reservado.

Emma fue clara.No te acerques. No me uses. No vuelvas.

Y me lo tomé en serio.

No le escribí. No le llamé. No intenté explicarme.

Porque ¿cómo se explica una que tuvo la oportunidad de amar con libertad y eligió la seguridad de una mentira?

Esa noche soñé con ella otra vez.

Pero no fue como las otras veces.

Esta vez no me miraba. No corría. No me esperaba. Solo estaba. De espaldas. Caminando hacia una puerta.

Y por más que la llamaba, no se giraba. No me escuchaba. Y cuando por fin abría la puerta y salía, sabía que era definitivo.

Me desperté con lágrimas en las mejillas.

Owen dormía a mi lado, ajeno. Lo miré. Sentí ternura. Culpa. Un vacío que ni él, ni nadie, podía llenar.

Me levanté. Crucé el salón. Me senté en el sofá con una manta y una taza de té que no bebí. Y entonces lo asumí. Había perdido a Emma. No porque ella me hubiera dejado, sino porque yo nunca me quedé de verdad.

No la elegí. No luché. No fui valiente.

Y ahora, tenía todo lo que se suponía que quería. Una carrera en auge. Un novio estable. Una vida ordenada.

Y aun así… me sentía sola.

5

Emma

Cinco años dan para muchas cosas: una relación estable, tres campañas publicitarias, dos películas de éxito, una casa nueva, y aún así, ni todo eso junto me ha servido para evitar que me tiemblen las piernas cada vez que oigo el nombre de Julie Taylor.

Cuando Jenny me dijo que tenía "la llamada", con ese tono dramático de quien sabe perfectamente que acaba de soltar una bomba emocional en mitad de una tarde de martes, yo ni levanté la cabeza del bol de noodles que estaba devorando sin demasiada dignidad.

—¿Qué llamada?

—La que te cambia la vida. La que convierte tus facturas en propinas. La que hace que te inviten a todas las alfombras rojas y a las fiestas en áticos donde todo el mundo finge que no se conoce.

No exageraba. Para variar.

Era un proyecto gordo. Gordo con mayúsculas. Superproducción de esas que llevan capa, explosiones, contrato multianual y directores con nombre de marca registrada. Una de esas pelis que, si te sale bien, te convierten

en trending topic mundial, meme oficial del fandom y muñeco articulado con edición especial. Hablamos de cifras que daban vértigo. De un reparto coral lleno de nombres que reconoces aunque no quieras. De una historia con potencial de convertirse en franquicia y en salvavidas profesional para media generación de actores que empezamos en series de bajo presupuesto y ahora jugamos a fingir que lo teníamos todo planeado.

Y claro, dije que sí.

Dije que sí antes de leer el guion, antes de ver las fechas, antes de saber si había vuelos, hoteles, camerinos con espejo iluminado o incluso si mi personaje tenía más de tres frases. Porque era eso. Porque era grande. Porque era, por fin, la prueba de que todos esos años picando piedra, rodando en rincones del planeta con conexión Wi-Fi dudosa y presupuestos ajustados a una triste porción de pizza, habían valido la pena.

Y entonces... entonces llegó el contrato.

Primero vi el dinero, cómo no. Lo que cobraría por película, los bonos por taquilla, los derechos de imagen. Todo maravilloso. Mi tarjeta de crédito vibró sola del entusiasmo. Luego pasé a la parte de rodaje, fechas, localizaciones. Todo perfecto. Un estudio grande, rodaje en Vancouver y postproducción en Los Ángeles. Todo bien. Todo profesional.

Hasta que abrí el anexo con el reparto.

Y entonces lo vi.

Julie Taylor.

Y, durante un segundo, pensé que era otra. Otra Julie. Otro apellido. Un error de copia y pega. Me froté los ojos, volví a leer. Pero no. Era ella. Nombre, apellido, personaje. Confirmada.

Sentí cómo se me deshacía el estómago en el mismo instante en que mis dedos se congelaban sobre el trackpad. Como si alguien hubiera cambiado el aire del salón por humo

espeso. Como si todo ese entusiasmo reciente se derrumbara de golpe bajo el peso de un nombre que llevaba cinco años evitando con más precisión que el algoritmo de Netflix.

—¿Emma? —preguntó Jenny desde la cocina, ajena a mi derrumbe—. ¿Todo bien?

—Está. Está ella —dije. Y la voz me sonó como si fuera de otra.

Y ahí estaba el problema.

Porque yo había hecho de mi vida un arte de no coincidir con Julie Taylor.

Y ahora, en el momento más alto de mi carrera, me tocaba compartir la cima con la única persona a la que había prometido no volver a mirar a los ojos. Ni en pantalla. Ni en la vida real.

No sé cuánto tiempo estuve mirando ese maldito contrato sin leer nada, con la vista fija en su nombre, como si al mantenerlo desenfocado pudiera convencerme de que no estaba ahí. Como si el hecho de negarlo pudiera cambiar la realidad y hacer que Julie Taylor no fuese parte de la película más importante de mi carrera.

Spoiler: seguía estando.

Y no solo eso. Su personaje estaba justo ligado al mío. Íbamos a compartir escenas. Muchas. Algunas clave. Una línea del contrato decía, con absoluta frialdad legal, que habría "material promocional conjunto". Lo que se traduce, para quien lleva años huyendo de esa mujer, en terror absoluto.

—¿Quieres un té? —preguntó Jenny desde el otro lado de la cocina, como si el mundo no acabara de derrumbarse.

—Quiero una máquina del tiempo.

Ella cruzó el salón, se sentó a mi lado y me arrebató el portátil de las rodillas con el mismo gesto con el que me ha salvado de todos mis incendios personales desde que tenía veintidós.

—¿Qué ha pasado?

No contesté. Solo le señalé la pantalla. Ella leyó en silencio. Luego me miró. Sus ojos dijeron "mierda" sin necesidad de abrir la boca.

—No lo sabía. No habían confirmado el elenco hasta ahora —dijo, como si eso ayudara. Como si que fuese una sorpresa hiciera que me doliera menos.

Y ahí estaba otra vez. Ese nudo en el pecho que creía haber superado. Esa punzada sorda que aparece cuando te das cuenta de que la herida no estaba cerrada, solo cubierta de maquillaje y silencio. Porque sí, hacía cinco años que no hablábamos. Cinco años desde aquella premiere. Desde aquel reservado. Desde que le dije que no se acercara más.

Y durante esos cinco años, lo hice todo bien. Me reconstruí. Me mudé a Nueva York. Empecé de cero. Cambié de agencia. Rodé películas con directores que sabían decir "acción" sin parecer dioses del Olimpo. Gané premios. Hice entrevistas donde, si alguna vez mencionaban su nombre, sonreía como si nada y desviaba la conversación con una elegancia de actriz entrenada.

Y ahora, la vida —la muy cabrona— decidía ponerla justo frente a mí otra vez. Como si no hubiera suficientes actrices en el planeta. Como si esto fuera algún tipo de karma.

—Puedes decir que no —repitió Jenny, como si esa frase tuviera sentido en este contexto—. Puedes rechazar el proyecto.

—No puedo.

—Claro que puedes, Em.

Me giré hacia ella, con las manos frías y la garganta seca.

—No voy a dejar escapar la película de mi vida por culpa de un pasado que, oficialmente, está muerto.

—¿Estás segura de que está muerto?

—Totalmente.

Y entonces volvió a aparecer su nombre en la pantalla.

Y tuve que mirar hacia otro lado, porque no lo estaba. Porque si algo me enseñó Julie Taylor, es que hay cosas que no mueren. Solo se esconden en las tripas y esperan a que bajes la guardia.

Intenté convencerme de que era solo trabajo.

Que rodar con Julie iba a ser igual que con cualquier otra actriz. Que me pondría el traje ajustado, recitaría mis líneas con profesionalidad, fingiría que su presencia no me incomodaba, y me iría a casa cada día sin que nada se moviera por dentro.

Sí, claro.

Me repetí esa frase mientras Jenny me leía en voz alta las cláusulas del contrato, como si en algún momento fuera a encontrar una que dijera "se permite llorar discretamente en el baño entre toma y toma si hay examores platónicos implicados".

—¿Quieres que pida una reunión con el estudio? Puedo intentar negociar cambios de reparto.

—¿Tú te escuchas? —le dije, medio riendo, medio al borde del colapso—. ¿Pedir que echen a Julie Taylor de una película millonaria porque me rompo un poco por dentro?

—Solo digo que podrías pensar en ti, por una vez.

—Lo estoy haciendo. Esto es pensar en mí.

Mentí. Como una campeona. Porque en realidad, lo único que estaba haciendo era mantener el tipo. Fingir que tenía el control. Actuar como si ya no me afectara.

Pero la verdad es que esa noche no dormí.

Me pasé horas dando vueltas en la cama, con el portátil encendido, mirando entrevistas antiguas, fotos de la premiere, capturas de pantalla de cosas que ya había visto mil veces y que, sin embargo, seguían doliendo como la primera. Y lo peor es que no buscaba información. Buscaba pruebas de que había sido real. De que todo eso no lo había imaginado. De

que no estaba loca por seguir sintiendo algo cuando ella claramente no.

A las tres de la mañana, me encontré viendo un vídeo fan editado, de esos que juntan miradas y silencios como si fueran pruebas de un crimen emocional. Duraba dos minutos y medio. La música era una versión lenta y acústica de "Time After Time". En un momento, aparecíamos en la alfombra roja, una frente a la otra, y ella me tocaba la espalda como quien no sabe que está dejando huella.

Lloré.

No a lo drama de telenovela. No con hipos ni puñetazos a la almohada. Fue peor. Fue ese tipo de llanto silencioso, controlado, donde solo te cae una lágrima y ni siquiera sabes si por nostalgia, rabia o culpa.

A la mañana siguiente, le mandé un audio a Jenny:

—Firma el contrato.

No me contestó enseguida. Y cuando lo hizo, no me dijo "vale", ni "hecho", ni "genial".

Solo dijo:

—Te va a doler, Em.

Y yo respondí sin pensar:

—Lo sé.

Porque ya dolía. Desde hacía cinco años. Y si algo iba a cambiar ahora... era que esta vez iba a tener que mirarla a los ojos mientras dolía. Con luz de set. Con traje de superheroína. Y con el corazón haciendo malabares para no explotar frente a las cámaras.

La confirmación oficial llegó por correo una semana después.

Asunto: "Bienvenida al equipo, Hudson"

Dentro, todo lo esperado: bienvenida entusiasta, link al calendario de reuniones preliminares, planificación de pruebas de vestuario, ubicación de los ensayos de lucha

coreografiada. Todo muy técnico, muy emocionante, muy impersonal.

Excepto por el documento adjunto que ponía: "Presentación elenco. Roundtable confirmada: Las Vegas, Comic Con, stand 47 – Sábado 16:00h".

Y ahí lo supe.

El infierno no era una sala de rodaje compartida. Era una mesa redonda, delante de cientos de personas, con Julie Taylor sentada a metro y medio, fingiendo que no me conoce.

O peor aún, fingiendo que sí.

Pasé el resto de la tarde en la cocina, reorganizando especias como si de eso dependiera mi estabilidad emocional. Decidí que el orégano no debía ir junto al curry. Que la canela era una impostora. Que tenía demasiadas infusiones y ninguna paz.

Jenny me observaba desde la puerta, con una cerveza en la mano y ese silencio suyo que siempre llega antes de decir algo que no quiero oír.

—¿Qué vas a hacer cuando la veas?

No respondí. Porque no lo sabía.

No sabía si iba a ignorarla. Si iba a saludarla con un beso falso en la mejilla. Si me iba a salir el sarcasmo como mecanismo de defensa. Si me iba a temblar la voz solo con oír su risa.

—Estás a tiempo de echarte atrás —insistió, como si no me conociera—. Puedes decir que tienes otros compromisos. Una película en agenda. Una infección de garganta emocional.

—No pienso huir.

—No huir es diferente de lanzarte de cabeza a un sitio que te va a triturar.

La miré. Fruncí el ceño. Exageradamente. Para esconder el temblor interior.

—¿Sabes qué es lo peor? —le dije, dejando un tarro de cúrcuma en la encimera con más fuerza de la necesaria—. Que

no tengo ni idea de quién voy a encontrarme. Porque no sé quién es Julie ahora. No sé si me odia. Si me recuerda. Si se arrepiente. Si no siente nada. Y yo... joder, yo estoy aquí reorganizando comino como si fuera a evitar que el pasado me estalle en la cara en mitad de un evento lleno de influencers y adolescentes con pancartas de shipping.

Jenny sonrió. Me acercó la cerveza.

—Entonces brindemos por el comino. Y por tu talento innato para tropezar con la única persona que no puedes borrar de tu disco duro emocional.

—Y por la peor idea de todas —añadí, cogiendo la botella.

—¿Firmar el contrato?

—No. Creer que la había superado.

Y ahí lo dije. En voz alta.

La verdad que llevaba cinco años disfrazando de evolución.

No la había superado.

Solo la había evitado. Con la misma energía con la que ahora me estaba preparando para verla... intentando que no se me notara que, con solo su nombre, ya había vuelto a doler.

La invitación oficial para la Comic Con llegó con el tipo de entusiasmo corporativo que solo puede redactar un asistente de marketing en plena sobredosis de café: emojis, exclamaciones, una paleta de colores que hacía daño a la vista y frases como "¡Tu fandom está esperando!". Muy bonito todo, salvo por el pequeño detalle de que yo estaba a punto de enfrentarme a la única persona del planeta que podía hacerme tambalear con una sola mirada.

El correo incluía también el programa completo de paneles. Adivinad quién cerraba la ronda del sábado conmigo. Sorpresa, sorpresa: Julie Taylor, en grande, en negrita, justo debajo de mi nombre.

No sé por qué me dolió más: si el orden alfabético o que su nombre todavía me provocara esa reacción física. Como una punzada suave en el estómago. Como cuando hueles algo y te

transporta a un sitio en el que ya no vives pero al que sigues volviendo en sueños.

Intenté concentrarme en lo bueno. En los efectos especiales, en el director con Oscar, en la posibilidad de que mi personaje acabara teniendo su propio spin-off y me comprara, por fin, esa casa con escaleras que siempre imaginé. Pero nada de eso servía para tapar lo otro: el miedo. El puro, genuino, ridículo miedo de volver a verla.

Porque no es lo mismo evitar a alguien en entrevistas, en alfombras rojas, en menciones de redes sociales cuidadosamente ignoradas. Una cosa es escapar a tiempo. Otra es sentarte junto a ella en una mesa, con micros abiertos y fans gritando, fingiendo que el aire entre vosotras no pesa toneladas.

Me probé cuatro trajes para la Comic Con. Todos me hacían parecer otra. Ninguno me hacía sentir invencible.

Al final, elegí uno negro, sobrio, con escote justo y manga larga. No porque quisiera pasar desapercibida, sino porque necesitaba una armadura. Una que no se notara. Una que dijera: "Soy Emma Hudson, la actriz. No la chica que una vez besó a Julie Taylor y luego tuvo que reconstruirse a base de películas pequeñas y silencios largos."

Jenny me ayudó a maquillarme. Me retocó los labios con su pulso perfecto y me miró como quien prepara a alguien para la batalla.

—¿Estás lista?

—No. Pero voy igual.

Porque eso también lo aprendí con los años. A ir sin estar lista. A presentarme igual, con el corazón mal parcheado y la memoria en modo trampa.

Subí al coche de producción con el móvil apagado y los nervios enrollados como un ovillo en el estómago. Afuera, los fans ya gritaban. Dentro, el aire acondicionado estaba tan fuerte que tuve que frotarme los brazos para no tiritar.

Y mientras el coche avanzaba hacia el caos, pensé en la frase más honesta que no me atrevería a decirle si la tenía delante:

No te he olvidado. Solo he aprendido a vivir sin nombrarte. Y ahora que vas a estar sentada a mi lado otra vez... no sé si podré seguir fingiendo que no me importas.

El bullicio de la Comic Con no es algo que una pueda explicar si no ha estado ahí con el corazón latiendo más rápido de lo necesario y la piel demasiado sensible para soportar tanto estímulo. No es solo ruido, ni solo fans disfrazados gritando cosas que no entiendes del todo; es como estar atrapada dentro de una ola que no rompe nunca, que te arrastra de stand en stand, de sonrisa fingida en sonrisa fingida, de foto en foto, mientras tú intentas que no se te note que, por dentro, llevas horas ensayando cómo no desmoronarte cuando llegue el momento de verla.

Y llegó.

Por supuesto que llegó.

Porque Julie Taylor nunca llega tarde, nunca entra por la puerta equivocada, nunca se confunde de sitio ni de momento. Julie aparece cuando toca, cuando sabe que va a doler un poco más, cuando ya has bajado la guardia lo suficiente como para que el impacto sea mayor. Llevaba un traje blanco —cómo no—, con ese aura de actriz que no necesita intentar nada para que todo el mundo se dé la vuelta a mirarla. Caminaba como si no estuviera a punto de compartir mesa con la mujer a la que besó y luego ignoró como si no le hubiera cambiado la vida, como si lo nuestro nunca hubiera sido real, como si lo que pasó no hubiera sido exactamente eso: algo que no se olvida.

Yo la vi antes de que ella me viera a mí, o eso quise creer, porque me daba algo de control sobre la situación, aunque en el fondo supiera que no tenía ninguno. Nos cruzamos la mirada a unos metros del panel y, en ese instante —lo juro—,

sentí cómo algo se me despegaba del pecho, como si durante cinco años hubiera estado manteniéndolo pegado con cinta adhesiva emocional y bastara con un segundo de contacto visual para que todo volviera a despegarse.

Ella sonrió, y lo hizo con ese tipo de sonrisa que parece profesional, pero que yo sé perfectamente que esconde cosas, porque la conozco, porque la he visto sonreír de verdad y esto no era eso. Y, claro, yo también sonreí, porque nos entrenan para eso, para no romper el personaje aunque se nos esté rompiendo algo por dentro.

Nos dimos dos besos. Innecesarios. Impecables. La comisura de su labio rozó el mío medio segundo de más, y sé que no fue accidente, aunque probablemente me pase el resto del día diciéndome que sí, que solo lo imaginé. Nos sentamos. Una al lado de la otra. El logo gigante de la película detrás. El mar de cámaras delante. Los fans gritando que nos aman. Y entre ella y yo... nada. O todo. No sé. Porque hay vacíos que pesan más que las palabras.

—Qué tal —dijo, apenas en un murmullo.

—Perfectamente —respondí, igual de bajito.

Las dos sabíamos que estábamos mintiendo, pero no dijimos nada más. No hacía falta. Y mientras el moderador empezaba la presentación, mientras los focos se encendían, mientras el público aplaudía, mientras las cámaras enfocaban... ella me miró. Y no fue una mirada cualquiera. Fue esa mirada. La de la nave. La del tráiler. La que hacía que todo volviera.

Y entonces supe que no estaba preparada. Ni para verla. Ni para fingir. Ni para todo lo que iba a venir después.

6

Julie

Hay un tipo de silencio que pesa más que el escándalo. El que se instala justo después de compartir un espacio con alguien que te odia en secreto —o ni tan en secreto— y que además lo hace con estilo. Emma Hudson no necesita levantar la voz ni mover un dedo para demostrar que no me soporta. Le basta con mirar en dirección contraria. Le basta con no dirigirme la palabra en dos horas de panel, aunque estemos sentadas codo con codo como si fuéramos la nueva pareja del universo cinematográfico y el fandom entero se estuviera masturbando con nuestras fotos. Le basta con eso. Y con el veneno frío que suelta en las pausas, cuando se inclina para pedir agua y su brazo roza el mío y sus ojos, aunque no me miren directamente, dicen lo suficiente.

No me esperaba menos.

Lo que no me esperaba, tal vez, era que doliera igual que hace cinco años.

Y lo peor es que, en parte, lo entiendo. Porque Emma tiene toda la razón para odiarme. Le di razones de sobra. Le hice daño y luego desaparecí. Porque era más fácil. Porque era cobarde. Porque no supe cómo manejar lo que me explotó

dentro aquella noche en la habitación del hotel, cuando la besé como si con eso pudiera entender algo de mí misma, y luego salí huyendo cuando el mundo real me recordó que no estaba hecha para los saltos sin red.

Ahora ella no me perdona. Y no tengo claro si espero que lo haga o si me aferro a este castigo silencioso porque es lo único que me queda de ella. Su odio. Su desprecio. Su presencia exacta, medida, punzante, sin un gramo de nostalgia. Esa manera suya de no perdonarme ni un milímetro.

Y aun así... no se me pasa.

No se me va.

Sigo mirándola como si fuera el centro de algo que no sé explicar. Sigo escuchando su voz —cuando le responde al moderador con ese sarcasmo controlado, con esa maldita soltura suya— y se me activa el cuerpo como si tuviera dieciocho años y acabara de descubrir que hay una parte de mí que reacciona solo a ella.

Y yo me odio más por eso.

Porque podría haberla superado. Podría haberla enterrado en la carpeta de las cosas que no fueron. Pero no. Sigue ahí. Y no como un recuerdo bonito. Como una herida con cicatriz nueva.

El panel termina. Sonrisas. Fotos. Aplausos.

Nos ponemos de pie. Me aparto el pelo con una mano. La miro. Ella ni me devuelve la mirada. Me da la espalda. Habla con uno de los chicos del elenco y se ríe, sin dirigirme una palabra.

Y entonces lo decido.

Hoy no voy a dejar que me rompa. Si quiere guerra fría, perfecto. Pero yo también sé jugar a esto.

Después del panel, el equipo nos lleva al hotel como si fuéramos un paquete frágil con instrucciones de no agitar, no exponer al sol y, sobre todo, no mezclar con sustancias altamente inflamables como el orgullo, el rencor o las ganas

mal digeridas de tocar a alguien que te odia. Y, aun así, allí vamos, todos juntos en la furgoneta, con los trajes de gala aún puestos, con la tensión flotando como humo invisible, con las sonrisas medias de quien sabe que la fiesta no ha hecho más que empezar pero que el verdadero espectáculo lleva años cocinándose a fuego lento.

Emma se sienta al fondo, con la cara girada hacia la ventana, como si Las Vegas le interesara más que yo. Yo ocupo el asiento central, manteniendo la espalda recta, el cuello alto, las piernas cruzadas, como si no se me notara que cada célula de mi cuerpo está en alerta porque la tengo a tres metros y todavía no sé cómo respirar sin pensar en su olor.

Y lo peor es que no me siento con derecho a nada.

Ni a mirarla. Ni a preguntarle cómo está. Ni a decirle que, por mucho que me lo haya repetido, nunca la dejé de desear.

Porque no sirve. Porque llego tarde. Porque en esta historia la que lo jodió fui yo.

Por la noche, nos llevan a una fiesta en una azotea de esas donde las copas no saben mal porque valen más de treinta dólares y porque todo está iluminado de un modo tan bonito que parece que nadie puede tener heridas aquí. Hay música, luces suaves, sillones imposibles y una barra libre que empieza a parecer la mejor terapeuta de la noche.

Bebo. Demasiado pronto. Demasiado rápido.

Empiezo por un vino blanco. Luego dos. Luego un cóctel. Luego un shot que alguien propone y que nadie se atreve a rechazar porque, qué coño, estamos celebrando. ¿El qué? No lo sé. ¿El dolor reprimido? ¿Las ganas mal gestionadas? ¿La tensión sexual acumulada durante un lustro entero? Qué importa. Todo arde igual.

Emma está al otro lado de la pista. Habla con uno de los actores nuevos, se ríe como si nada, como si yo no estuviera a dos pasos. Y yo la observo, mientras finjo que escucho a una

de las guionistas contarme algo que no retengo porque tengo el corazón en la boca y las ganas de ir hacia ella en los pies.

Estoy borracha. Lo sé. No lo suficiente como para olvidar, pero sí lo justo como para dejar de fingir que no me importa.

Porque me importa.

Porque me sigue importando. Y por mucho que me deteste, por mucho que me ignore, por mucho que haya perfeccionado el arte de despreciarme sin decir una palabra... yo la sigo deseando como el primer día.

El DJ cambia de canción y la pista se enciende con esos bajos que te sacuden los huesos, ese ritmo que hace que incluso los tímidos bailen como si no hubiera nadie mirando, y ahí estamos todos, entre risas, vasos medio vacíos y cuerpos que se balancean sin orden ni concierto, fingiendo que no hay nada roto, que nadie guarda rencor, que somos solo compañeros de reparto disfrutando de una noche más en una ciudad más, como si no existiera todo lo que hay bajo la superficie.

Y entonces, claro, Emma vuelve a entrar en mi campo de visión. Como siempre. Como si su gravedad fuera inevitable. Está bailando, con los ojos entornados, el pelo suelto, las caderas marcando el ritmo como si llevara la música metida bajo la piel. Y yo me quedo quieta. Me quedo quieta porque sé que si me muevo, si me acerco, si cruzamos esa línea invisible entre el odio y el deseo, puede que ya no haya vuelta atrás. Pero también sé que ya es tarde, que estamos demasiado cerca del incendio como para fingir que no estamos ardiendo.

Ella me ve. Claro que me ve. Y lo hace como siempre: sin sonreír. Como si su forma de castigarme fuera demostrarme que ha aprendido a no necesitarme. Pero hay algo en sus ojos que no ha cambiado. Algo que no se le ha muerto del todo. Algo que me dice que, a pesar del dolor, sigue habiendo algo que se remueve en ella cuando me tiene cerca.

Y entonces, no sé si porque estoy demasiado borracha o demasiado cansada de huir, me acerco. Solo un paso. Luego otro. Y otro. Y sin darnos cuenta, estamos bailando. No frente a frente. No de forma evidente. Pero sí demasiado cerca como para negar que hay un eco, una vibración, una tensión que no ha desaparecido.

Ella no dice nada. Yo tampoco. Nos movemos al mismo ritmo sin hablarnos, sin tocarnos, sin siquiera mirarnos de frente. Pero la música nos lleva. El alcohol nos empuja. El pasado nos arrastra. Y lo único que me importa en ese momento es la cercanía de su cuerpo y la manera en la que su respiración se mezcla con la mía.

Entonces me mira. Por fin. Y ahí está. El odio. La rabia. La herida. Y, debajo de todo eso... el deseo.

Un deseo crudo. Furioso. Impuro. Ese que no se puede controlar aunque lo intentes.

Nos acercamos más. Un centímetro. Otro. Otro.

Sus labios no llegan a tocarme, pero su aliento sí. Y por un segundo, estoy de vuelta en esa habitación, cinco años atrás. Y mi cuerpo recuerda exactamente lo que sintió. Y lo quiere todo otra vez.

Aunque esta vez sea más peligroso. Aunque esta vez ella esté tan llena de rencor como yo de culpa. Aunque sepamos, las dos, que estamos a punto de cruzar la línea sin redención.

Nos estamos rozando.

Literalmente. Sus caderas contra las mías. Su brazo apoyado en mi cintura como si no se hubiera dado cuenta de que está ahí, como si el roce fuera accidental, como si no supiera perfectamente —igual que yo— que está jugando con fuego. Pero lo sabe. Lo noto en su respiración, entrecortada pero firme, como quien lleva toda la noche controlando lo que dice, lo que hace, lo que siente, pero ahora está demasiado cansada —o demasiado borracha— para seguir sujetando esa

maldita coraza que le ha funcionado tan bien durante cinco años.

Y yo... yo estoy perdida.

Porque por mucho que lo intente, no se me ha pasado. No se me ha ido. No la he borrado. No hay versión de mí en la que su cuerpo cerca del mío no me sacuda como un rayo. Y eso me jode. Me jode más de lo que debería. Porque yo debería haberla olvidado. O al menos conseguir que no me doliera su indiferencia. Pero en vez de eso, me inclino un poco más, solo lo justo para rozarle la mejilla con los labios. Lo justo para cruzar la línea.

—¿Qué haces? —susurra, sin apartarse.

—Bailo —contesto, sin retroceder.

Ella se ríe, pero no suena divertida. Suena como si la risa le raspara por dentro.

—No has cambiado —dice, y la voz se le quiebra justo en la última sílaba—. Sigues viniendo cuando quieres. Como si nada.

Y ahí está. La acusación. La herida. El recuerdo de todo lo que no le di.

—Tú tampoco has cambiado —le digo, con más veneno del que pretendía—. Sigues odiando como si eso te salvara de sentir.

Emma se detiene. Me mira. Me mira de verdad. Y esta vez no hay fuego ni deseo. Hay rabia. Desprecio. Dolor.

—¿Y tú qué sabes de lo que siento? —escupe, clavándome los ojos—. Tú no sentiste nada. Solo tuviste miedo. Y después me dejaste con todas las preguntas que tú nunca te atreviste a hacerte.

—¿De verdad crees que no sentí nada?

—Creo que no te atreviste a sentirlo lo suficiente.

El golpe es limpio. Sin adornos. Sin posibilidad de defensa.

Y yo me quedo muda. Porque tiene razón. Porque todo lo que hice fue correr. Porque todo lo que no dije pesa más que

cualquier disculpa que pueda inventar ahora.

Nos quedamos quietas en medio de la pista. La música sigue. La gente baila. El mundo gira.

Y nosotras dos, en ese centro exacto donde el tiempo se detiene, estamos destrozándonos con palabras que llegan tarde y miradas que todavía duelen más que cualquier roce. Porque todavía hay algo. Porque nunca se fue.

Lo que más duele no es lo que dice, sino cómo lo dice. Con esa seguridad nueva que tiene ahora, esa que no tenía antes, esa que se ha ganado a base de tragarse todo lo que no pudo decirme durante años y convertirlo en una versión de sí misma que no tiembla, que no suplica, que no duda.

Emma ahora no necesita levantar la voz para hacerme daño.

Solo tiene que mirar con ese hielo en los ojos que antes usaba para defenderse del mundo y que ahora usa para defenderse de mí.

Y me lo merezco. Juro que lo sé.

He tenido cinco años para ensayar este momento, para imaginar qué pasaría si alguna vez volvíamos a estar tan cerca, para prepararme para su rabia, para sus reproches, para su voz cargada de decepción. Y aun así, cuando lo dice —cuando dice que no me atreví, que no sentí lo suficiente, que me fui como si pudiera borrarla—, me parte. Porque es verdad. Porque lo hice. Porque la besé y luego corrí, como si besarla no me hubiera cambiado la piel entera. Como si todo fuera culpa suya, cuando en realidad el miedo fue mío. Todo el miedo fue mío.

Y sin embargo, aquí estoy. Bailando con ella. Rozándola como si eso no encendiera todas las alarmas que llevo años silenciando. Mirándola como si en vez de cinco años hubieran pasado cinco minutos. Como si no hubiera aprendido nada. Como si todavía creyera que, si me acerco lo suficiente, podríamos empezar otra vez.

Pero no. No se puede empezar desde cero cuando has dejado tanto por explicar. Cuando has usado el silencio como castigo. Cuando has sido tú la que no supo reaccionar.

Ella me da la espalda. Se aleja unos pasos, pero no se va. Se queda a la distancia exacta para que yo tenga que decidir si voy tras ella o si me rindo de una vez por todas.

Y no sé qué hacer.

Porque quiero pedirle perdón, pero no sé por dónde empezar. Porque quiero decirle que la echo de menos incluso cuando finjo que no. Porque quiero agarrarla y besarla y decirle que esta vez no voy a salir corriendo. Pero también sé que, tal vez, ya es tarde. Que hay cosas que no se arreglan con gestos. Que hay heridas que no se curan con otra noche más.

Y mientras la música sigue, y las luces giran, y la gente a nuestro alrededor baila como si no estuviera ocurriendo nada, yo me quedo ahí, quieta, con las manos vacías y el pecho lleno de cosas que no sé cómo soltar.

Hay un momento, justo antes del desastre, en el que todo parece contenido. Como si el universo estuviera aguantando la respiración, como si incluso la música se hiciera un poco más lenta, como si las luces parpadearan con menos entusiasmo y todo el mundo a tu alrededor se volviera un poco más borroso, como si supieran —sin saberlo— que estás a punto de tomar una decisión que te va a cambiar algo, aunque no sepas qué, aunque no quieras reconocerlo, aunque lleves todo el día mintiéndote para sobrevivir.

Y en ese momento estoy yo. De pie, con los tacones tambaleándose un poco, con el vestido torcido de tanto bailar, con la lengua seca por culpa del alcohol y las palabras que no he dicho, con la culpa colgándome del cuello como una cadena invisible, y con Emma Hudson mirándome desde el otro lado de la pista como si aún no supiera si quiere matarme o besarme. O las dos cosas. No la culpo.

No digo nada. No puedo. Porque si digo algo ahora, si abro la boca y dejo salir aunque sea una sola frase, sé que me voy a romper. Y no quiero romperme delante de ella. Otra vez no.

Así que sonrío. Una de esas sonrisas tristes, medio torcidas, que lo dicen todo sin decir nada. Y me acerco. Un paso. Otro. Y cuando estoy lo bastante cerca para oler su perfume —ese que no ha cambiado, aunque ella sí— me inclino, solo un poco, lo suficiente como para que solo ella me escuche.

—Todavía te deseo —susurro, como quien se confiesa en una iglesia que ya no cree en milagros—. Aunque tú me odies. Aunque yo me odie más.

Ella no se mueve. No dice nada. Pero la forma en la que parpadea, la forma en la que aprieta los labios y se le tensa la mandíbula, me dice que le ha dolido. Que la frase ha entrado. Que sigue ahí. Todo sigue ahí.

—¿Y eso qué cambia? —me contesta, y su voz es tan baja que casi tengo que leerla en sus labios.

—No lo sé —respondo—. Pero tenía que decirlo.

Y entonces, por un segundo, por un instante minúsculo, por un suspiro de mundo detenido, me mira como antes. Como la chica que conocí. Como la Emma que me tocó la cara en una habitación de hotel y me hizo sentir que no había nada más real que ese beso. Como si aún hubiera algo entre nosotras. Aunque no sepa qué. Aunque no sepa si quiero saberlo.

Después se da la vuelta. Se va. Camina recta hacia la barra o hacia el olvido, no lo sé, y yo me quedo ahí, flotando en medio de la pista, con el cuerpo ardiendo, el corazón en ruinas, y la certeza de que sigo siendo la misma idiota que no supo ser valiente.

7

Emma

Lo primero que siento no es el dolor de cabeza, aunque eso llega segundos después con toda la elegancia de una apisonadora emocional. No, lo primero que noto es la piel pegada a unas sábanas que no reconozco, el calor de un cuerpo extraño a mi lado y la conciencia exacta de que me va a llevar un rato averiguar si lo que estoy viviendo es una resaca física o moral. Y luego llega el resto: la presión detrás de los ojos como si tuviera el cráneo en compresión, el estómago revuelto, el sabor a ginebra seca y mala decisión nocturna, y ese vacío en la memoria que siempre anticipa una catástrofe emocional de proporciones bíblicas.

Abro los ojos, despacio, como quien teme que al hacerlo de golpe aparezca la verdad con forma de ex, de escándalo, de mensaje viral. La habitación está a oscuras, apenas una línea de luz se cuela por la cortina mal cerrada y permite distinguir una figura borrosa en la cama, justo a mi lado, respirando profundamente, desnuda, tranquila.

Intento moverme sin hacer ruido, pero mi propio cuerpo es una protesta andante. Me duelen los músculos, me pesa la boca, me crujen las rodillas. Estoy segura de que me caí al

menos una vez. También estoy bastante convencida de que hice algo estúpido. Solo no sé qué. Aún. Y esa palabra —aún— pesa como una amenaza.

Repaso lo que recuerdo: la fiesta, los flashes, los gritos, la pista de baile, Julie demasiado cerca, Julie diciendo que todavía me desea, Julie restregándose como si yo fuera su juguete roto favorito. Y yo, en mi versión más digna —porque a veces aún me engaño y me creo que la tengo—, mandándola al carajo con mi voz más firme, más cortante, más Emma-post-trauma. Después, nada. Una elipsis borracha. Un agujero negro emocional.

Me giro apenas un poco para mirar a la mujer que duerme junto a mí. Solo le veo la espalda. Cuerpazo. Pelo enredado. Piel dorada. No lleva nada puesto. Nada. Y mi cerebro, en lugar de gritar "¡peligro!" o "¡huye!", se queda en ese estado intermedio en el que no sabe si echarse a llorar o reírse de sí mismo. Porque ni siquiera estoy segura de si la conozco. Podría ser cualquiera. Podría no haber pasado nada. O podría haber pasado todo.

Decido que lo mejor —lo único sensato— es ir al baño. Me arrastro fuera de la cama, envuelvo mi cuerpo en la sábana con la misma dignidad con la que un naufrago recoge un trozo de vela rota, y camino por la habitación como si estuviera en un museo de los errores cometidos en cadena. Hay ropa en el suelo. No toda mía. Copas vacías en la mesilla. Tacones. Rímel estrellado en el espejo del armario. Una peluca rosa. Dios bendito.

Cuando cierro la puerta del baño y me miro en el espejo empañado, solo hay una certeza: **no estoy preparada para saber lo que pasó anoche**.

El espejo me devuelve una versión de mí que no reconozco del todo. Tengo el pelo revuelto, los ojos hinchados, el rímel desparramado como si hubiese llorado o reído o ambas cosas al mismo tiempo, y la piel enrojecida por el calor de la ducha

que estoy a punto de necesitar con más urgencia que oxígeno. Me inclino sobre el lavabo, dejo correr el agua y meto la cara bajo el grifo, como si enjuagarme la vergüenza fuera tan fácil como echarse un poco de agua fría.

Pero no lo es. Porque ni siquiera sé qué tengo que enjuagar. Y esa es la parte más jodida de todas.

Me meto en la ducha sin pensar demasiado. El agua cae como una bendición y un castigo, caliente hasta escaldar, perfecta para arrastrar el sudor, el alcohol, los restos de perfume que no es mío y el temblor que no se me quita del pecho desde que abrí los ojos. Cierro los párpados, apoyo la frente contra la pared de mármol y me quedo así, respirando hondo, recordando a retazos lo que pueda salvarse de anoche.

Empiezo por lo último nítido que tengo: Julie. Su voz, baja, llena de deseo contenido. "Todavía te deseo", me dijo, y no era mentira. Lo supe en cuanto lo escuché. Porque Julie Taylor no dice esas cosas para provocar. Las dice porque le salen. Porque lo siente. Porque, en el fondo, es tan torpe emocionalmente como yo. Y por eso la odio. Por eso no la he perdonado. Porque no me quiso a medias, pero tampoco se atrevió a quererme entera. Porque apareció, arrasó, y luego se marchó. Y ahora vuelve, como si el pasado no tuviera consecuencias, como si mi corazón fuera un lugar que puede visitarse cuando le apetece.

Y lo peor, lo más patético, es que por un segundo, anoche, cuando me rozó la espalda con sus dedos, cuando sus caderas bailaron contra las mías con esa facilidad con la que una vez me desnudó el alma, pensé que podría volver a pasar. Que quizá, esta vez, nos atreveríamos a hacerlo bien. Y entonces, por suerte, mi dignidad —esa cabrona intermitente— despertó a tiempo y la mandé a freír espárragos con toda la rabia acumulada que me dejó el silencio de cinco años.

Apago el grifo. Salgo envuelta en vapor. Me seco como puedo. Respiro hondo tres veces antes de salir del baño. Me

preparo para encontrar a una desconocida, pedirle perdón por la confusión y reírme del desastre.

Pero cuando abro la puerta, lo que veo me congela la sangre.

Julie.

Sentada en la cama. En bragas. Con mi sábana enredada en las piernas. La cabeza entre las manos. El mismo gesto de resaca existencial que tengo yo. Y esa mirada.

Esa maldita mirada.

La escena parece una de esas películas que empiezan con el final y luego retroceden setenta y dos horas para explicarte cómo demonios llegaron hasta ahí. Pero esta no es una película. Esto es real. O lo suficientemente real como para que el estómago me dé vueltas y el corazón me retumbe en las costillas sin ningún tipo de compasión. Julie está sentada en mi cama —bueno, en la cama de este hotel decorado por alguien que claramente odia la sobriedad—, despeinada, con una marca roja en el hombro que no me atrevo a analizar, y con la cara de quien ha cometido un error tan grande que todavía no se atreve a ponerle nombre.

La muy zorra ni siquiera parece sorprendida.

Y eso me enerva.

Porque si alguien aquí debería estar desorientada, angustiada, al borde de un colapso emocional, esa soy yo. Ella... ella tiene esa maldita calma suya, ese control que siempre ha tenido para parecer que todo está bajo control cuando por dentro es un puto huracán. Me mira. No dice nada. Solo levanta una ceja, como si esperara que yo hiciera la primera pregunta. Como si le divirtiera que sea yo la que no entiende nada.

—¿Tú... qué coño haces aquí? —pregunto al fin, con la voz rota y la dignidad haciendo aguas por todas partes.

—Creo que dormí —responde—. Aquí.

—¿Conmigo?

—Probablemente.

—¿Probablemente?

Ella se encoge de hombros y yo tengo ganas de lanzarle algo, pero no lo hago. Porque todavía estoy intentando calcular cuánto de esto es un malentendido y cuánto es la peor idea de mi vida ejecutada con entusiasmo.

—No me acuerdo de nada —admito, y odio tener que decirlo, odio sentirme vulnerable delante de ella otra vez, odio el temblor en mi voz y ese calor que me sube al pecho cuando me doy cuenta de que sigue estando buena como un puto pecado.

Julie suspira. Se recuesta hacia atrás. Cruza las piernas y me mira con esa media sonrisa que no debería seguir haciéndome efecto pero lo hace. Y eso me enfurece todavía más.

—Yo tampoco me acuerdo de todo —dice, como quien confiesa haber perdido un pendiente y no toda la lógica emocional de nuestras vidas.

—¿Nos acostamos?

Ella no contesta. Hace un gesto con las manos como si dijera "define acostarse". Y yo me quiero morir.

Porque esta mujer es experta en eso. En desestabilizarme. En aparecer justo cuando estoy a punto de olvidarla del todo. En removerlo todo y luego quedarse ahí sentada, como si no pasara nada, como si lo nuestro fuera una anécdota divertida y no un trauma sin resolver.

—Esto no puede estar pasando —digo, más para mí que para ella.

Julie se rasca la nuca, se estira, y susurra:

—Tengo la boca seca y creo que he perdido el sujetador. ¿Quieres café?

Y en ese instante me dan ganas de gritar. Porque está actuando como si esto fuera gracioso. Como si despertarse desnudas en la misma cama después de cinco años sin

hablarnos no fuera lo bastante dramático. Como si todo esto no fuera otra prueba de que Julie Taylor vino a mi vida a romperlo todo. Y sigue aquí. Rota. Y peligrosamente cerca.

Me cruzo de brazos, aún envuelta en la toalla como si fuera una barrera mágica capaz de protegerme del desastre sentimental que se ha despertado a menos de un metro de mí, con el pelo revuelto, las piernas largas estiradas sobre mi edredón y esa expresión suya de "esto no es tan grave" que me cabrea casi tanto como me desarma. Porque claro que es grave. Claro que es jodido. Claro que estoy a punto de gritarle que deje de actuar como si hubiéramos salido a tomar algo inocentemente y no hubiéramos terminado —presuntamente — follando como dos idiotas con demasiada historia y cero autocontrol.

—¿Quieres café? —repite, como si fuera un gesto de paz, una tregua en esta guerra fría con resaca, y yo me quedo quieta, mirando el suelo como si fuera a encontrar allí las respuestas que mi cabeza, doliéndome como si me hubieran metido en una lavadora de culpa, no puede fabricar.

—Lo que quiero —le digo, pronunciando cada palabra con lentitud quirúrgica— es recordar cómo coño llegamos hasta aquí.

—No lo sé —responde ella, rascándose la rodilla—. Pero seguro que fue divertido.

—No tiene gracia, Julie.

—No he dicho que la tenga. Pero tampoco la tiene que pongas esa cara como si me hubieras encontrado degollando a tu perro.

—¿Y cómo quieres que la ponga? ¿Una sonrisa? ¿Te hago un café y te doy un beso en la frente como si no llevaras cinco años sin atreverte a decirme una sola puta palabra?

Y ahí se le borra la sonrisa.

Bien.

Un punto para mí.

—No empieces —murmura, bajando la mirada, y por un segundo parece pequeña, vulnerable, como si no supiera dónde meterse—. No hagas esto ahora.

—¿Ahora? ¿Y cuándo, Julie? ¿Cuándo te venga bien a ti?

—¿A mí?

—Sí, a ti. Porque siempre ha sido cuando a ti te ha venido bien. Aparecer. Desaparecer. Besarme. Ignorarme. Decidir que querías algo y luego hacer como si nada. Y ahora esto.

—Yo no planeé esto.

—Pues claro que no. Como todo lo demás. Te resbalas en mi vida, entras sin llamar, lo jodes todo y luego desapareces con esa cara de "yo solo pasaba por aquí".

No sé si estoy gritando. No sé si me estoy repitiendo. Solo sé que me tiemblan las manos, y no es por la resaca. Es por ella. Por tenerla aquí. Por haber abierto los ojos y verla en mi cama. Por no saber si follamos, si reímos, si lloramos, si prometimos cosas, si dijimos todo lo que nunca dijimos en voz alta con copas encima y luces de neón alrededor. Y por no saber si, en algún momento de esa noche que no recuerdo, fui feliz. Aunque fuera un segundo. Aunque ahora lo esté pagando con cada latido.

Julie se pone de pie. La sábana resbala por su cuerpo y por un instante —uno que odio con todas mis fuerzas— deseo que no se aleje.

—Voy a poner a cargar el móvil —dice sin mirarme—. A ver si eso nos da alguna pista.

Y yo no respondo. Porque sé, en lo más profundo del estómago, que no quiero saberlo.

La veo buscar su bolso entre restos de ropa, taconazos volcados, otra peluca fluorescente que no sé a quién pertenece y una corona de plástico que no me atrevo a preguntar si llevamos puesta en algún momento. Julie se agacha, murmura algo ininteligible, rebusca como si estuviera buscando el arma del crimen en la escena del asesinato... hasta que lo

encuentra: su móvil. Lo agarra con esa seguridad de quien cree que la tecnología tiene respuestas y no más preguntas.

Yo me quedo sentada al borde de la cama, con la toalla agarrada al pecho, las piernas frías, las tripas en un nudo y la boca seca como si hubiera fumado arena. El corazón me late fuerte, pero no con miedo. Con una especie de anticipación ansiosa, como si una parte de mí —la más cínica, la más rota — supiera perfectamente que estamos a punto de descubrir que anoche no solo la cagué, sino que lo hice con categoría y cobertura internacional.

—Está sin batería —dice Julie, con un tono casi aliviado, como si eso le diera un respiro más. Lo conecta al cargador y se deja caer en el sillón de la habitación, con las piernas abiertas y los ojos cerrados, como si ya sospechara lo que vamos a encontrar cuando esa pantalla se ilumine.

Yo no digo nada. Me levanto, busco mi ropa interior —parte de ella colgada en la lámpara—, me visto con movimientos torpes, la cabeza todavía palpitando como si hubiera un tambor dentro. No sé qué me pone más nerviosa: que hayamos dormido juntas, que no recordemos cómo, o que esté a punto de ver la prueba digital de que fue peor de lo que imagino.

Y entonces se enciende. La luz azul del teléfono rompe la penumbra. Julie lo desbloquea. Hace scroll. Se detiene.

Y frunce el ceño. No habla. Pero la expresión se le congela. Se le borra cualquier rastro de ironía, cualquier gesto de "bah, no puede ser tan grave". Y en su lugar, aparece algo que no le había visto nunca: pánico.

—¿Qué? —pregunto. No responde. Solo traga saliva. Se muerde el labio. Y gira lentamente la pantalla hacia mí.

Lo que veo no tiene nombre. O sí: desastre viral en tres actos.

Acto uno: una foto nuestra en la pista de baile, agarradas, pegadas, besándonos como si lleváramos años deseándolo (lo

cual, por cierto, es cierto), con nuestras bocas abiertas y nuestras manos donde no deberían estar.

Acto dos: un vídeo. En un bar. Subidas a una mesa. Ella cantando "I Will Always Love You" con una servilleta en la cabeza. Yo llorando. Luego besándola. Luego... ¿abrazando a Britney Spears?

Acto tres: una imagen borrosa, pero nítida en lo esencial. Nosotras. En una capilla. De pie. Frente a un tipo disfrazado de Elvis Presley. Sonriendo. Y un ramo en las mías.

Un puto ramo.

—No —susurro.

—Sí —dice ella, sin aliento—. Estamos casadas.

—Esto tiene que ser una broma.

Julie niega, despacio, con los ojos clavados en la pantalla.

—Y lo peor no es eso —añade, apenas audible.

—¿Hay algo peor que estar casada contigo?

—Somos tendencia número uno mundial en Twitter.

Y entonces, me río. Me río porque no me queda otra. Porque o me río o lloro o salto por la ventana.

8

Julie

Cierro la puerta del baño sin decir nada, con las manos aún temblando por lo que acabo de ver en la pantalla. Ni siquiera me atrevo a bloquear el móvil. Lo he dejado sobre la cama, boca abajo, como si con eso pudiera apagar también el caos. Pero no. El caos ya está dentro. Corre por mis venas, me sube por el cuello, me oprime el pecho como una mano invisible que no me suelta.

No sé si Emma me ha dicho algo. No sé si me ha seguido con la mirada, si ha rodado los ojos, si ha bufado como suele hacer cuando decide que todo esto es culpa mía. Solo sé que estoy aquí, en el suelo frío de este baño de hotel de lujo, con las piernas dobladas, los codos sobre las rodillas y el cuerpo entero intentando no colapsar. Pero colapso igual. Porque no hay forma digna de enterarte de que te has casado —sin recordarlo, sin quererlo, sin planearlo— delante del mundo entero. No hay forma profesional de gestionar eso. No existe manual.

El corazón me late como si estuviera intentando escapar del pecho. Las manos me sudan. La respiración se me corta por intervalos. Cierro los ojos, los aprieto, intento

concentrarme en los sonidos del agua que gotea del grifo, en cualquier cosa que no sea la imagen de Emma con un ramo en las manos ni el puto Elvis firmando un certificado de matrimonio.

Tengo un ataque de ansiedad. Lo sé. No es la primera vez. Pero esta es distinta, porque esta vez no puedo llamar a nadie. No puedo pedir ayuda. Porque el único número que podría marcar —mi representante— probablemente ya está recibiendo llamadas de medio planeta. Y porque la única persona que está al otro lado de esta puerta es la misma con la que, según Internet, llevo unas horas casada.

—Julie —la oigo—. Abre.

No respondo.

Me abrazo más fuerte.

—Sé que estás ahí. Y sé que te estás agobiando —su tono es tenso, pero no frío. No aún.

—Vete —susurro, aunque sé que puede oírme.

—No.

—No quiero verte.

—Pues jódete —responde, con esa forma tan suya de no tener paciencia cuando el mundo arde.

—¿Tú no lo entiendes? —le digo, alzando la voz desde el suelo—. Esto puede arruinarme. Todo. Lo que he construido. Lo que he trabajado.

Cuando por fin salgo del baño, no sé cuánto tiempo ha pasado. Lo suficiente como para que el vapor se haya disipado, el espejo esté seco y mi piel se haya quedado fría bajo la toalla. Emma está sentada al borde de la cama, con el móvil en la mano y la mirada fija en la pantalla, como si estuviera viendo el fin del mundo transmitido en directo. No levanta la vista cuando aparezco. No pregunta si estoy bien. Y no la culpo. No hay mucho margen para el consuelo cuando el desastre es compartido.

Yo tampoco digo nada. Camino despacio hasta la silla, busco entre la ropa desparramada algo que ponerme —al menos unas bragas limpias y una camiseta—, pero cada vez que mis dedos rozan una prenda me viene un flash mental: la pista de baile, el beso, el bar, la capilla, el ramo. Una parte de mí quiere reír. Otra quiere vomitar. Y una tercera, la más jodida, la más antigua, quiere volver a besarla.

Y eso me aterra más que el resto.

Me visto. Me peino con los dedos. Intento parecer funcional. Intento que no se me note que estoy hecha polvo, que tengo la garganta tan cerrada que me duele hasta respirar. Entonces Emma deja el móvil en la mesilla, cruza los brazos y lanza, sin mirar:

—Tenemos un correo.

—¿De quién?

—De la productora.

Levanto la cabeza.

—¿La del rodaje?

Asiente.

Y entonces lo sé.

Lo sé sin necesidad de abrir nada, sin leer el asunto, sin ver la hora.

Nos van a matar.

Me siento junto a ella. Abre el correo. Leo por encima. Asunto: **"REUNIÓN DE URGENCIA. HOY. 13:00. Suite Ejecutiva – Hotel Bellagio. Asistencia obligatoria."**

El estómago me da un vuelco. Porque no pone más. Porque no hace falta.

Emma se pone en pie y se empieza a vestir, sin decir una palabra más. Se mueve rápido, con esa energía tensa que tiene cuando está molesta, pero necesita parecer imperturbable.

—¿Vas a decir algo? —pregunto, con la voz más rota de lo que esperaba.

—¿Qué quieres que diga, Julie? ¿Que esto es un desastre? ¿Que si fuera cualquier otra persona me reiría, pero contigo no tiene puta gracia? ¿Que esto es el tipo de mierda que nunca imaginé tener que volver a manejar contigo?

No contesto.

—Pues eso —añade—. Ya lo sabes.

Y sale de la habitación sin esperarme.

Me quedo ahí un segundo. Dos. Diez. No sé. Viendo la puerta cerrarse. Sintiendo cómo la angustia me aprieta otra vez el pecho. Porque el correo es claro. La cagamos. Y ahora alguien va a decidir si aún tenemos una carrera.

O si se acabó. Todo.

El ascensor tarda una eternidad. O eso parece. Me miro en el espejo de acero mientras baja y veo a una mujer que no reconozco del todo: ojos apagados, mandíbula tensa, el gesto entre asustado y resignado. Me estiro un poco la camiseta como si con eso pudiera recuperar algo de dignidad, algo de orden, como si pudiera convencerme de que todo esto tiene arreglo. Pero no lo tiene. No cuando las notificaciones siguen explotando en mi móvil como si fuéramos las protagonistas de una película que no sabíamos que estábamos rodando.

Cuando las puertas se abren, Emma ya está allí, esperándome frente a la suite ejecutiva. Está de espaldas, con los brazos cruzados y la pierna apoyada contra la pared como si no quisiera entrar, como si el pasillo fuera su última línea de defensa. Al oír el sonido metálico del ascensor se gira, me ve, y sus ojos hacen ese gesto mínimo que ya lo dice todo: no está enfadada. Está agotada.

—¿Lista? —me pregunta sin rastro de ironía.

—No. Pero aquí estoy.

Tocamos. Nos abre uno de los productores. No el amable. El otro. El que habla poco y sonríe menos.

—Pasad —dice, seco.

La suite está preparada como una sala de interrogatorios con moqueta cara. En una esquina, los dos representantes: el mío, con cara de "esto no es tan malo como parece", y el de Emma, que parece haber desayunado gasolina. Al fondo, sentados en un sofá de cuero blanco, están los dos productores ejecutivos y la jefa de prensa del estudio, que ya ha revisado veinte veces su portátil y no nos ha saludado.

Nos sentamos. Nadie sonríe.

Silencio.

Luego, empieza.

—¿Se puede saber qué coño habéis hecho? —pregunta uno de los productores, sin levantar la voz, pero con esa calma que solo precede a los tsunamis.

—No recordamos mucho —responde Emma, sincera, con los codos sobre las rodillas, los ojos al frente—. Fue... una noche complicada.

—¡¿Una noche complicada?! —salta la jefa de prensa, como si estuviera a punto de explotar—. Estáis casadas. Legalmente. En Las Vegas. En directo. Con Elvis. ¡¡Y hay vídeo!! ¿Sabéis cuántos millones de personas han visto ya ese TikTok?

Me hundo en el sillón.

—Vamos a hablar claro —dice el otro productor—. Estamos considerando sacaros del proyecto.

Ahí se hace un silencio aún más grave. Un silencio que se nota en la piel. En la garganta. En las tripas.

Y justo cuando creo que todo se ha acabado, que nos van a despedir, cancelar, borrar del cartel y de la industria, mi representante se pone en pie. Y entonces lo veo. Lo que no había visto antes. El brillo en sus ojos. La seguridad.

—No podéis hacer eso —dice, con voz firme—. No solo porque no hay ninguna cláusula contractual que lo permita, sino porque sería un escándalo aún mayor. ¿Queréis titulares

sobre una gran productora echando a una pareja de actrices recién casadas por ser lesbianas?

Los productores se miran.

Y yo me quedo sin aire. Porque lo que acaba de pasar... es solo el primer golpe.

Emma se tensa a mi lado, y yo ni siquiera soy capaz de girar el cuello para mirarla. Estoy paralizada, como si mi representante se hubiera convertido de repente en un abogado de película de juicios, de esos que sacan la carta ganadora en el último minuto. La otra representante, la de Emma —Jenny, creo que se llama, o al menos así la llama Emma con ese tono que mezcla respeto y desesperación—, da un paso al frente como si hubieran ensayado este momento toda la mañana.

—Sabemos que la situación no es ideal —dice ella—. Pero se puede reconducir. De hecho, os estamos haciendo un favor. Tenéis ahora mismo una historia viral, una pareja que la gente adora, una boda inesperada y millones de ojos puestos en la película antes de que salga el primer tráiler.

—Esto no es una campaña —gruñe el productor de voz grave.

—No —asiente mi representante—. Es mejor.

Silencio.

La jefa de prensa resopla, se quita las gafas, se pasa la mano por el pelo como si necesitara resetear su existencia.

—¿Qué queréis decir exactamente? —pregunta ella.

Jenny sonríe, y por primera vez, veo lo que Emma debe de ver cuando confía en ella: esa inteligencia afilada, esa capacidad para sobrevivir en el barro de Hollywood sin mancharse los tacones.

—Que llevaban saliendo un tiempo. En secreto. Porque sabéis cómo es esta industria. Porque sabéis lo difícil que es ser mujer, joven y queer en este negocio. Lo mantuvieron oculto hasta que... bueno, hasta que se les fue de las manos.

Yo abro la boca, pero no digo nada. Ni Emma. No hace falta. El relato ya está escrito. No somos actrices en una resaca pública. Somos amantes clandestinas. Estrellas de una historia de amor prohibida que, por accidente o por destino, ha salido a la luz.

—Y ahora sois tendencia número uno mundial —remata mi representante—. No lo estropeéis despidiéndolas. Aprovechadlo. Sacadle partido. Usadlo. Os estamos regalando una campaña que ninguna agencia os habría sabido montar.

Los productores se miran. La jefa de prensa abre su portátil y teclea. La sala está en tensión flotante, de esa que no se rompe ni con una bomba.

Finalmente, el productor que más miedo da asiente.

—Está bien —dice—. Pero con una condición.

Ahí viene. El golpe de gracia.

—Ni un escándalo más. Ni uno. Nada de titulares por borracheras, ni de filtraciones, ni de peleas en la calle. De ahora en adelante, pareja modelo. Estable. Discreta. Enamorada. Como si de verdad llevarais años juntas.

No sé si respirar o reírme o desmayarme. Miro a Emma. Ella me mira a mí. No decimos nada. Porque ya no hace falta. Estamos atrapadas. Y lo peor no es la mentira. Es que no sé si tengo la fuerza suficiente para fingir que no me duele tener que fingir.

La reunión termina sin aplausos ni abrazos ni nada que se parezca mínimamente a alivio. Se cierra como se cierran las condenas: en voz baja, con gestos tensos, con un "quedamos así" que pesa como un pacto con el diablo. La jefa de prensa nos lanza un último vistazo, uno de esos que perforan, que parecen decir "más os vale hacerlo bien", y los productores nos despiden con una media sonrisa vacía, la clase de gesto corporativo que no significa nada pero intenta parecer todo.

Salimos de la suite en silencio. Emma camina unos pasos por delante de mí, las manos en los bolsillos, la espalda tensa,

el cuello firme. Y yo detrás, sintiéndome como si me hubieran metido en una especie de reality show en el que no recuerdo haber aceptado participar. Un programa sobre esposas accidentales que ahora tienen que sonreír para la cámara y aguantar las consecuencias de sus propias borracheras.

Cuando llegamos al ascensor, Emma pulsa el botón y espera con los ojos fijos en las puertas metálicas. No me mira. Yo tampoco hablo. No sé si me atrevo. El silencio entre nosotras ya no es incómodo. Es un idioma.

Entonces nuestros representantes se nos acercan. Jenny y Marcus. El dúo dinámico del caos controlado.

—Sabemos que ha sido un poco... repentino —dice Marcus, como si estuviéramos hablando de una boda express y no de una campaña pública que puede arruinar o catapultar nuestras carreras.

—¿Un poco? —salta Emma, girándose al fin, clavándole los ojos—. ¿Habéis montado una historia entera sin consultarnos?

—Lo decidimos hace una hora—dice Jenny, serena, como si fuera lo más lógico del mundo—. En cuanto vimos el vídeo y empezaron los titulares, nos reunimos. Marcus y yo. Sabíamos que la reacción de la productora sería brutal. Teníamos que adelantarnos. Así que ideamos el relato. Pareja secreta. Amor real. Matrimonio impulsivo. La prensa lo ha comprado. Los fans lo adoran. Y vosotras... bueno, vosotras vais a salir de esta más arriba que nunca.

Emma abre la boca. La cierra. La vuelve a abrir.

—No nos preguntasteis —dice, y en su voz hay una mezcla perfecta de rabia y traición.

—No había tiempo —responde Jenny—. Y lo hicimos por vosotras. Para protegeros.

Yo debería decir algo. Debería quejarme. Explotar. Decir que no me siento representada, que esto es una locura. Pero la verdad es que no puedo. Porque una parte de mí —la que ha

pasado años controlándolo todo, manteniendo mi imagen, jugando a ser perfecta— lo entiende. Entiende que era esto o el abismo. Que tal vez nos salvaron. O tal vez solo cambiaron el tipo de caída.

—Entonces ya está —susurro—. Tenemos que fingir.

Jenny asiente. Marcus también.

—Durante unos meses. Hasta que se estrene la película. Luego, divorcio amistoso. Nota conjunta. Agradecimientos mutuos. Todo queda precioso. Y nadie sale dañado.

El ascensor llega. Emma entra sin mirarme. Yo la sigo. Las puertas se cierran.

Y de pronto, estamos solas otra vez. Casadas. Y atrapadas en una mentira que se parece demasiado a la verdad que nunca supimos vivir.

El ascensor baja lento, como si también necesitara tiempo para procesar lo que acaba de pasar. Emma no habla. Yo tampoco. Y en el silencio, entre las luces frías y los espejos que reflejan demasiado, empiezo a preguntarme si este es el castigo que me tocaba. No por haberme casado sin querer, ni por haberla besado delante del mundo entero, sino por todas las veces que no lo hice cuando sí quise.

Nos miramos de reojo. Solo un segundo. Lo justo para confirmar que sigue doliendo. Que no hay distancia suficiente entre nosotras como para no quemarse.

Salimos del ascensor. Cruzamos el vestíbulo como dos desconocidas. Sonrío cuando una pareja nos reconoce y murmura algo entre risas y codazos. Emma ni se inmuta. Su expresión es la de siempre cuando el mundo la observa: hermética, impenetrable, perfecta. Yo solo quiero llegar a la habitación, cerrar la puerta y meterme bajo las sábanas a gritar en silencio. Pero no. No podemos. No ahora.

En cuanto entramos, Emma saca su móvil y empieza a revisar notificaciones. Yo hago lo mismo. Es como si estuviéramos reconociendo el campo de batalla después de la

bomba. Todo está lleno de menciones, etiquetas, mensajes de felicitación, edits románticos, titulares cursis.

"La boda sorpresa que nadie esperaba pero todos deseaban."

"Julie y Emma: la historia de amor que Hollywood no vio venir."

"¿La pareja del año? Internet dice sí."

Me siento en la cama. Apoyo la frente en las manos. Y suspiro. Emma se mueve por la habitación como una tormenta en pausa. Silenciosa, pero eléctrica. Finalmente se detiene frente a mí. Me mira. Y por fin habla:

—¿Y ahora qué?

La pregunta me parte. Porque no tengo la respuesta. Porque no sé cómo se sobrevive a esto. Porque no sé si fingir va a doler más que seguir huyendo. Porque estar casada con ella no era parte del plan. Pero tampoco lo era seguir deseándola como si no hubiera pasado todo lo que pasó.

—Ahora... hacemos lo que mejor sabemos hacer —digo, levantando la vista—. Fingir.

Emma asiente. Pero no sonríe. Yo tampoco.

Porque aunque lo digamos con seguridad, con la entereza de quienes se saben supervivientes, las dos sabemos que esto no es solo una estrategia.

9

Emma

Hay algo profundamente humillante en sentarte frente a una cámara, con una sonrisa forzada y las manos húmedas de nervios, sabiendo que millones de personas van a tragarse una historia de amor que ni tú misma puedes digerir sin arcadas. Nos sientan juntas, en un sofá demasiado pequeño para tanto silencio, tan mullido que parece diseñado para absorber la incomodidad. Hay luces. Hay cámaras. Hay un equipo entero pendiente de si cruzamos las piernas en la misma dirección o si nuestras miradas se tocan lo suficiente como para que parezcamos "cómplices". Esa es la palabra. La que usan los guionistas del show. La que repiten las estilistas mientras nos peinan como si el amor fuera un recogido bien hecho.

Julie está preciosa. De eso no hay duda. Lleva ese vestido azul claro que le acentúa los ojos, el pelo suelto y esa sonrisa de actriz que ha ensayado tantas veces que ya le sale sola, como un tic bien pagado. Parece relajada. Cómoda. Feliz. Como si estuviera aquí por elección y no por contrato, como si estuviera hablando de su esposa real y no de la mujer a la que le rompió el corazón antes de aprender a usarlo.

Y yo… yo estoy intentando no romper nada. Ni el vaso de agua entre mis manos, ni mi propia compostura.

La periodista nos da la bienvenida. Dice que está emocionada. Que el mundo entero está enamorado de nosotras. Que somos la pareja del año. Que nunca ha visto una reacción tan masiva a una historia como la nuestra. Julie se ríe con gracia, esa risa que parece natural y encantadora y que a mí me da ganas de arañarle la cara. Dice que nosotras tampoco lo esperábamos. Que fue todo muy "intenso". Que el amor a veces ocurre así, de golpe. Y yo asiento, con una sonrisa congelada que me duele en las mejillas.

—¿Es cierto que ya os habíais prometido en secreto? —pregunta la periodista, con los ojos brillando como si acabara de oler el escándalo que todos quieren vender.

Y Julie, sin pestañear, dice que sí. Que fue una noche en el balcón de su casa. Que no hubo anillo, pero sí promesas. Que se dijeron "tú y yo, para siempre" justo antes de que alguien llamara a la puerta y trajera sushi. Y la periodista se ríe. Y el cámara también. Y yo siento que me estoy tragando algo más ácido que el aire.

—Fue muy íntimo —añade Julie, mirándome, con esa voz suave que una vez me hizo temblar de verdad—. Muy nosotras.

Y ahí, justo ahí, me doy cuenta de que ella va a ser mejor en esto que yo. Que ella sabe perfectamente cómo fingir el amor. Cómo convertir en verdad cada palabra que nunca existió.

Me toma la mano. La aprieta. La acaricia con el pulgar.

Y yo solo puedo pensar que sí, que es una actriz maravillosa. Y que o me trago el llanto, o la vomito.

La periodista está encantada. No sé si por el toque de "boda secreta" o por la falsa complicidad que Julie despliega con una naturalidad tan aplastante que por momentos dudo si realmente no está enamorada de mí y soy yo la única que no se ha enterado. Porque mientras yo me concentro en no

apretar la mandíbula hasta romperme una muela, Julie improvisa anécdotas que suenan tiernas y verosímiles y que nunca ocurrieron, como aquella vez que supuestamente me cantó bajito mientras yo tenía fiebre en Nueva York, o cuando le dejé notas escondidas en sus guiones durante los ensayos de su última película.

Yo nunca le dejé notas. Nunca estuve en Nueva York con fiebre. Lo más cercano fue una vez que me dio un mareo en una lectura de guion y Julie no estaba allí. Pero eso no vende. Así que ahora somos adorables. Íntimas. Íntimamente adorables.

—¿Y cuál es vuestro plan ahora? —pregunta la periodista —. ¿Seguiréis trabajando juntas? ¿O preferís separar la vida profesional de la personal?

Julie sonríe como si le acabaran de pedir su opinión sobre una alfombra de premios. Dice que no hay nada que le guste más que compartir rodaje conmigo. Que me admira. Que cada vez que me ve actuar, aprende algo nuevo. Lo dice mientras me mira de reojo y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja con tanta suavidad que me dan ganas de gritarle que deje de tocarme como si alguna vez hubiera sabido hacerlo bien.

Y yo… yo no sé qué responder.

Porque lo peor no es que mienta. Lo peor es que lo hace bien. Lo hace tan bien que si yo no supiera lo que sé, si no llevara cinco años reconstruyéndome desde sus ruinas, también me creería cada palabra. Y eso me asusta. Me asusta porque me doy cuenta de que siempre ha sido así. Que Julie puede mentir con la cara más sincera del mundo. Que puede decir “te quiero” sin que le tiemble la voz. Que puede hacerme sentir especial y después desaparecer como si nada.

Y ahora estamos aquí, fingiendo una historia que tal vez, en alguna dimensión, podría haber sido cierta.

Pero no lo fue. No lo es. No lo será.

Siento que voy a estallar. Que en cualquier momento me levantaré, tiraré del cable del micro y diré "esto es mentira, no estamos casadas por amor, nos emborrachamos y lo hicimos porque somos idiotas con cuentas pendientes".

Pero no lo hago.

Porque también soy actriz.

Porque también sé fingir.

Me cuesta mantener el cuerpo quieto. Cada músculo parece a punto de romperse, como si mi piel no pudiera sostener toda la rabia que me está subiendo por dentro. Porque mientras Julie sigue hablando de nosotros —de ese "nosotras" que nunca fue más que una posibilidad que ella misma se encargó de dinamitar—, yo estoy aquí, con las uñas clavadas en la palma, sonriendo como si me hiciera gracia todo este desfile de afecto manufacturado.

—Emma es la parte valiente de la relación —dice, como quien elige palabras con un bisturí—. Siempre ha sido la que da el primer paso, la que dice lo que piensa, la que no se esconde.

Y yo me trago el veneno con una sonrisa. Porque la parte valiente fue la que se quedó esperando una explicación cuando tú te fuiste. La que te soñó durante años sin atreverse a confesar que todavía te echaba de menos. La que escribió cien mensajes que nunca envió. La que lloró en la ducha durante semanas. Pero eso no entra en la entrevista. Eso no cabe en este guion.

—¿Y tú, Emma? —me pregunta la periodista—. ¿Cuál fue el momento en que supiste que querías casarte con ella?

Me atraganto.

Lo juro. Me atraganto de verdad. Porque no hay respuesta posible que no suene a burla, a puñalada, a ironía torcida. Porque nunca lo supe. Porque todavía no lo sé. Porque si me dejo llevar por el rencor, diría que jamás. Y si me dejo llevar por el dolor, diría que siempre. Pero ninguna de esas

respuestas es útil ahora. Ninguna de esas respuestas cabe en este marco de mentira compartida que los dos representantes nos han dibujado como una obra de teatro romántica.

—Supongo que siempre lo supe —respondo, y me odio un poco por la facilidad con la que miento—. Incluso cuando no era consciente de que lo sabía.

Julie sonríe como si acabara de ganar un premio. Me aprieta la mano. Suelta una risa suave, de esas que usaba cuando aún creía que podíamos hablarnos sin armaduras. Y la periodista suspira. Suspira como suspira alguien que está viendo amor. Amor real. Y yo siento que estoy interpretando mi propia humillación con una puesta en escena perfecta.

—Creo que lo supimos a la vez —añade Julie, y me mira. Me mira como si alguna vez hubiéramos tenido un lenguaje secreto que ahora está intentando rescatar.

Y yo... yo no puedo más.

Porque no hay nada más cruel que ver a la persona que te rompió fingiendo que te ama mejor de lo que jamás te amó. Porque Julie me toca con una delicadeza que nunca tuvo cuando importaba. Porque habla de mí como si me conociera. Y lo hace delante de todo el mundo. Y me estoy ahogando en palabras bonitas que no significan nada.

Así que sonrío. Porque sé hacerlo.

Pero por dentro, estoy gritando.

Cuando termina la entrevista, todo el equipo aplaude. Aplauden como si acabaran de presenciar una escena de película. Como si hubieran visto una historia de amor sincera y preciosa desarrollarse ante sus ojos con la naturalidad de quien no tiene nada que ocultar. Felicitaciones, sonrisas, incluso un par de abrazos. Nos dan las gracias por ser tan generosas, por mostrarnos “tan reales”. Y yo asiento. Asiento mientras mi estómago se contrae con la misma intensidad con la que Julie, hace apenas media hora, me acariciaba la mano como si no hubiera pasado nada. Como si el pasado no

existiera. Como si no me hubiera enseñado que el amor también puede ser un acto de desaparición.

Salimos al pasillo con las cámaras ya apagadas pero las máscaras aún puestas. Ella me mira de reojo, todavía con esa expresión que mezcla alivio y satisfacción, como si acabara de salir airosa de una escena difícil y se lo estuviera agradeciendo al guion. Pero esto no es una escena. No hay guion. Solo hay una mentira disfrazada de historia viral, y un puñado de recuerdos que no encajan con la versión oficial.

—Ha salido bien —dice Julie, mientras se ajusta el bolso al hombro—. Mejor de lo que esperaba.

La miro. Y me arde todo por dentro.

—Claro que ha salido bien —respondo, sin poder evitar que el sarcasmo se me derrame por la voz—. Eres una actriz espectacular.

Ella se frena. Me mira. Y por un segundo, su expresión cambia. Solo un segundo. Luego vuelve a sonreír, esa sonrisa que ya no sé si es para mí o para el mundo.

—Estamos en esto juntas, Emma. Solo intentaba ayudar.

—¿Ayudar? —repito, con una carcajada seca—. ¿Eso es lo que crees que haces? ¿Ayudarme?

—¿Qué quieres que hiciera? ¿Que me quedara muda? ¿Que me comportara como si me diera igual?

—Te da igual, Julie. Te ha dado igual desde el principio.

Sus ojos se endurecen. Pero no responde. Y eso me enfurece más que si me gritara. Porque el silencio de Julie siempre ha sido su forma más cruel de escapar.

—¿Sabes qué fue lo peor? —sigo—. Que por un momento pensé que todo esto te estaba doliendo también. Que quizá, por fin, estabas entendiendo lo que hiciste. Pero no. Tú lo conviertes todo en una escena. Y te sale tan bien que hasta yo me lo creo.

—Emma, por favor...

—No me toques —le digo, porque se ha acercado un paso y me da miedo que vuelva a acariciarme el pelo como si lo nuestro fuera verdad.

Volvemos al hotel en silencio. No ese silencio cómodo que a veces existe entre dos personas que se conocen tan bien que no necesitan hablar. No. Este es un silencio denso, lleno de palabras no dichas que se aprietan contra las costillas como si tuvieran forma y peso y filo. Es el tipo de silencio que precede al estallido, el que se construye ladrillo a ladrillo con cada mirada evitada, con cada gesto medido, con cada recuerdo no nombrado que amenaza con hacerse presente en cualquier momento.

Yo miro por la ventana. Me muerdo el interior de la mejilla. Intento no llorar. Porque no pienso regalarle ni una lágrima más. Ya me vacié una vez por ella y no pienso repetirlo. Pero joder, cómo cuesta. Cómo duele tenerla a medio metro y sentirla a años luz. Cómo jode saber que todo lo que aparentó sentir hace un rato, esa ternura falsa, esa complicidad ensayada, ese cariño con el que me tocó, todo fue una performance más. Y aún así... me afectó. Me atravesó. Me removió cosas que creía enterradas. Porque eso es lo que Julie siempre ha sabido hacer mejor que nadie: desordenarme. Hacerme dudar de mí misma.

Subimos juntas en el ascensor. No nos rozamos. No nos miramos. Nos contenemos. Hasta que entramos en la habitación. Hasta que la puerta se cierra. Y entonces...

—¿Qué coño fue eso, Julie?

Ella se gira, me lanza una mirada como si no entendiera la pregunta.

—¿Qué?

—¡La entrevista! —levanto la voz sin poder evitarlo—. Las mentiras, los detalles, las anécdotas inventadas... ¿Qué era eso?

—Era lo que había que hacer —responde, como si fuera obvio, como si no me doliera.

—¿Y te salió tan natural, no? Como si de verdad me hubieras cuidado alguna vez. Como si alguna vez te hubiera importado algo más que tu imagen perfecta.

Julie me mira como si acabara de escupirle. Y quizá lo he hecho. Quizá eso es exactamente lo que estoy haciendo.

—¿Y qué querías que dijera, Emma? ¿Que nos casamos borrachas y que ni siquiera sabemos si fue legal? ¿Que tú me odias y yo no sé cómo pedir perdón sin que parezca que estoy actuando?

—¡Claro que estás actuando! —grito—. Siempre estás actuando. Incluso ahora.

—¿Y tú no?

La pregunta me corta el aire. Porque sé que tiene razón. Porque en cuanto encendieron las cámaras, yo también sonreí. También fingí. También apreté su mano. También mentí.

Pero no con la misma facilidad. No con esa sonrisa perfecta. No con esa capacidad de hacer que todo parezca una historia de amor. Yo solo estaba sobreviviendo.

Julie estaba brillando.

—Yo no brillo —le escupo, con la voz temblando entre el dolor y la furia—. Yo no brillo, Julie. Yo me quemo. Cada vez que me tocas, cada vez que me miras como si me quisieras, me quemo. Porque sé que es mentira. Porque sé que nunca ha sido verdad. Ni lo fue antes. Ni lo es ahora.

Julie retrocede un paso. Uno pequeño. Pero suficiente para que lo note. Para que me dé cuenta de que he dado en algún sitio que aún le duele. O que al menos no esperaba que yo señalara.

—¿Eso crees? —murmura—. ¿Que nunca fue verdad?

—No lo creo. Lo sé.

—¿Y cómo lo sabes, Emma? ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque si lo hubiera sido, no me habrías dejado así. Porque no habrías desaparecido. Porque no me habrías hecho pensar durante años que todo lo que pasó fue un malentendido, un error, una confusión en tu perfecta cabeza hetero.

Ella se gira. Se pasa la mano por la cara. Está furiosa. Y dolida. Pero no lo suficiente. No tanto como yo. Y eso me cabrea aún más.

—¿Tú crees que fue fácil para mí? —dice, por fin, alzando la voz—. ¿Crees que yo salí de todo eso ilesa? ¿Que no me castigaba cada maldito día por no haber sido más valiente?

—Pues no se te nota.

—¡Porque aprendí a fingirlo! —explota—. Porque tenía que seguir trabajando. Porque tenía que sonreír. Porque no podía dejar que nadie supiera que me había enamorado de alguien a quien no podía tener. ¡Y no porque no te quisiera! ¡Sino porque me daba miedo joder la vida que tanto me había costado construir!

Se hace el silencio. Brutal. Denso. Cargado.

Nos miramos. Nos miramos de verdad. Por primera vez en mucho tiempo. Y no hay cámaras. No hay focos. No hay micrófonos. Solo nosotras. Y todo lo que no dijimos.

—¿Me querías? —susurro, sin saber por qué lo pregunto, si lo único que quiero es odiarla sin matices.

—Te quería —responde—. Y me odié por ello.

Me quedo inmóvil. Y me odio por la lágrima que me cae por la mejilla sin permiso.

—Pues enhorabuena —digo, seca—. Porque lo conseguiste. Me jodiste. Me hiciste sentir como si todo hubiera sido una fantasía mía. Y ahora, encima, tengo que fingir que estamos casadas y felices mientras tú te dedicas a contar historias bonitas que jamás ocurrieron.

—Emma…

—No —la corto—. No intentes arreglarlo. No ahora. No así.

Me encierro en el baño y cierro la puerta con un golpe que hace eco en mis huesos. Me deslizo hasta el suelo, temblando. Y solo entonces, cuando ya no puede verme, me dejo llorar de verdad.

10

Julie

La casa es preciosa. Ese tipo de preciosa que se consigue cuando juntas presupuesto, asesoramiento de una decoradora de interiores con demasiados followers y la necesidad desesperada de que todo parezca normal. Fachada blanca, madera clara, cocina americana con isla, salón abierto a una terraza con vistas, y una piscina que brilla azul celeste hasta de noche, como si llevara filtro de Instagram integrado. La casa perfecta para un matrimonio perfecto. La casa perfecta para mentir.

Nos la enseñaron como si fuera un plató. "Aquí podéis desayunar juntas, aquí los domingos de relax, aquí una barbacoa con amigos". Sonaba bien. Tan bien que ni siquiera discutimos demasiado. Emma se limitó a señalar la habitación del fondo y decir "esta es la mía". Yo me quedé con la que tenía baño propio. No por lujo, sino porque no podía imaginarme compartiendo el espejo con ella por las mañanas, viéndola cepillarse los dientes en ropa interior y fingir que no me dolía no besarla.

Llevamos tres días aquí. Y ya me estoy volviendo loca.

No por la prensa. No por los vecinos que a veces asoman desde su jardín como si esperaran pillarnos besándonos en la barandilla. No por las cámaras escondidas que juro que alguna vez he sospechado que hay en las macetas. No. Me estoy volviendo loca por Emma.

Por cómo camina por la casa sin mirarme. Por cómo se recoge el pelo en lo alto de la cabeza cuando hace calor. Por cómo se ducha con la puerta entreabierta y la música puesta, como si aún viviera sola. Por cómo ignora todo lo que ha pasado y lo convierte en una herida suya de la que yo soy culpable, como si a mí no me doliera.

Y duele. Joder, cómo duele.

No hablamos. No mucho. Nos cruzamos en la cocina, en la terraza, en el salón. Ella dice "pásame la sal" como quien lanza una bomba lacrimógena, y yo contesto "está ahí" como si mi voz pudiera clavarle algo. Todo es tensión. Todo son frases cortas y miradas largas. Todo son gestos que podrían decirlo todo pero prefieren no decir nada.

Y luego están las noches.

Las noches son lo peor. Porque el silencio se hace más denso, más íntimo, más insoportable. Porque el sofá parece más grande, y la distancia más fría, y el deseo más caliente. Porque a veces, cuando creo que ya está dormida, la oigo moverse. Y a veces, solo a veces, me juro que está llorando. Aunque nunca salgo a comprobarlo.

Esta noche, sin embargo, no hay lágrimas. Ni sofá. Ni excusas.

Esta noche está nadando. Y yo estoy mirando.

No sé cuánto tiempo lleva nadando. Quizá veinte minutos. Quizá toda la noche. Yo he perdido la noción del reloj en cuanto ha cruzado la puerta del salón con ese bañador negro que le cubre el cuerpo como si lo enmarcara, como si lo exhibiera en lugar de esconderlo. Va y viene. Largo tras largo. Con los brazos estirados, la espalda firme, las piernas

marcando cada movimiento con esa cadencia hipnótica que me obliga a quedarme quieta en la penumbra, sin hacer ruido, sin respirar demasiado fuerte, como si fuera una intrusa en mi propia casa. O una voyeuse emocional. Que, en realidad, es exactamente lo que soy.

Ella no me ha visto. O quizá sí. Quizá sabe que estoy ahí, pegada a la puerta de cristal, con la luz apagada detrás, la copa de vino olvidada en la mano, y los ojos clavados en su piel como si pudiera tocarla con la mirada.

Y no debería mirarla así. No después de todo. No después de cómo me habló. No después de lo que yo le hice.

Pero no puedo evitarlo. Porque Emma no solo nada. Emma danza bajo el agua. Emma desafía la gravedad. Emma me recuerda con cada brazada todo lo que perdí, todo lo que deseé, todo lo que aún deseo sin derecho.

El agua le resbala por los hombros. Le baja por la espalda. Se le pega al cuello. Y yo imagino el calor de su piel mojada, el roce de su cuerpo deslizándose contra el mío, ese gemido ahogado que le escuché una vez —una sola— cuando le besé detrás de la oreja y se le olvidó que no debía disfrutarlo tanto.

Me arde la garganta. Me pica la piel. Me late el sexo. Sí. Así. Tan directo como suena.

Y lo odio. Lo odio porque ella me odia. Porque está aquí porque no le queda otra. Porque si pudiera hacerme desaparecer de su vida, lo haría sin mirar atrás. Y sin embargo... nada.

Sigue nadando. Sigue respirando hondo. Sigue ignorándome con esa elegancia suya que convierte cada distancia en castigo.

Y yo estoy empapada. No por el agua, sino por la imagen mental de su cuerpo girando bajo el reflejo de las luces del porche. Por la forma en que se aprieta el pelo mojado cuando sale de la piscina. Por cómo se seca la nuca con una toalla y se arrodilla para recoger la botella de agua.

Por cómo, sin decir una palabra, consigue que me corra con solo mirarla.

Aunque aún no lo he hecho. Aunque todavía estoy quieta.

Pero no por mucho. Porque esta vez, no voy a resistirme. Esta vez, voy a hacer justo lo que no debo.

Y el baño, con su cerrojo firme me espera.

Me encierro en el baño sin pensarlo mucho, como quien se lanza a una decisión sabiendo que está mal pero que, aun así, necesita cometerla. Me quito la camiseta con una rapidez que me da vergüenza reconocer, como si me estorbara la tela, como si me quemara la piel. Apoyo las manos en el borde del lavabo. Miro al espejo. Me veo. Y no me gusto. No por mi cuerpo. Por mi cara. Por lo que hay en ella.

Porque lo que hay ahora mismo en mis ojos es deseo y vergüenza. Hambre y ruina. Amor y rabia. Una mezcla exacta de todo lo que me ha convertido en esta mujer que finge una vida perfecta durante el día y se masturba en el baño mientras imagina a la persona que no puede tocar. A la que no debe tocar. A la que quiere tocar más que a nadie.

Emma.

Cierro los ojos y la veo. Caminando por la terraza con la toalla en la mano, el pelo mojado cayéndole por la espalda, los pezones marcados bajo el bañador, la boca entreabierta como si todavía estuviera recuperando el aliento de nadar. O de hacerme polvo sin saberlo.

Desabrocho el pantalón. Me lo bajo. Me quedo de pie, en bragas, temblando. Apoyo la frente contra el espejo. Respiro hondo. Busco silencio. Pero no hay. Porque mi cabeza ya está llena de ella.

Empiezo por el cuello. Imaginarlo. Lo recuerdo de memoria. La curva exacta donde apoyaba los labios cuando me dejó estar cerca. El gemido suave que soltó cuando bajaba por la clavícula.

Mi mano se desliza por mi abdomen. Baja. Encuentra la humedad. La reconoce. Y ahí ya no hay vuelta atrás.

Me froto con los ojos cerrados, con la mandíbula apretada, con el pecho subiendo y bajando como si no fuera mi respiración, sino la de ella. Me toco con rabia. Con ternura. Con todo lo que no le digo. Con todo lo que no me perdono.

Y en mi cabeza, Emma se da la vuelta, me mira. Me deja entrar en la piscina. Me agarra de la nuca. Me besa con odio. Me besa con ganas. Me besa como si el mundo fuera una excusa.

Mis dedos se mueven más rápido. Más fuerte. Más desesperados. Y me digo que solo es sexo. Solo deseo. Solo un cuerpo respondiendo a una imagen. Pero es mentira. Porque su nombre me escapa de los labios justo antes de corrérme. Su maldito nombre.

Emma. **Emma**. *Emma*.

Y cuando me dejo caer sobre el lavabo, sin aliento, con las piernas temblando, solo puedo pensar en una cosa: No sé si esto es amor. Pero sé que me está destruyendo.

Tardo unos segundos en poder sostenerme sin que me tiemblen las piernas. Me incorporo despacio, sintiendo cómo el sudor se enfría sobre mi piel, cómo la culpa se instala justo donde antes estaba el placer, como si una cosa viniera con la otra de serie. Me miro en el espejo. Tengo los labios entreabiertos, los ojos húmedos, las mejillas enrojecidas. Me parezco peligrosamente a alguien que acaba de hacer algo imperdonable. Y, joder, puede que lo haya hecho.

No es que sea la primera vez que me toco pensando en ella. Pero esta vez ha sido distinto. Porque ahora está en la habitación de al lado.

Porque ahora, en algún punto de esta casa de mentira, Emma se está secando el pelo o revisando su móvil o simplemente durmiendo con esa expresión de autosuficiencia que solo se le borra cuando cree que nadie la ve. Y mientras

ella vive, yo me rompo. Me rompo con su nombre en la boca, con el deseo en la punta de los dedos, con el miedo adherido a la piel.

Recojo mi ropa. Me limpio como puedo. Me paso la camiseta por la cara. Me miro una última vez. Hay algo en mí que ya no quiero mirar más. No esta noche.

Salgo del baño. La casa está en silencio, salvo por el zumbido bajo del filtro de la piscina. En la cocina, la luz tenue de la campana brilla sobre el fregadero como si alguien la hubiera dejado encendida a propósito. Como si Emma supiera. Como si Emma lo hubiese visto todo. Como si se burlara de mí en voz baja, desde algún rincón invisible de esta casa.

Pero no. No está.

Camino despacio por el pasillo. Paso frente a su habitación. La puerta está entrecerrada. Veo una silueta bajo las sábanas. Suspiro. Me arde el pecho. No sé si del deseo o de la vergüenza. Me dan ganas de entrar. De pedirle perdón. De acostarme a su lado y decirle que todavía sueño con ella. Que todavía duele. Que me gustaría que me odiara menos. Que a veces, solo a veces, me gustaría que me besara otra vez.

Pero no lo hago.

Porque soy cobarde. Porque ya no tengo derecho.

Así que paso de largo. Vuelvo a mi cama. Y me tumbo boca arriba, con las piernas estiradas y los dedos aún ardiendo.

Con el nombre de Emma aún latiéndome entre los muslos.

Hay algo que no te dicen sobre vivir con alguien a quien aún deseas: no es el roce, no es la cercanía, no es la tentación constante lo que te destruye. Es la distancia. Esa puta distancia que te separa de algo que una vez estuvo tan cerca que creíste que era tuyo. Que iba a ser tuyo. Que tal vez lo fue por unos segundos que ahora parecen un espejismo.

Me quedo en la cama sin poder dormir. Y no porque tenga calor o porque la sábana me enrede los tobillos o porque la almohada no tenga la forma correcta. No duermo porque la

noto. Porque está al otro lado del pasillo. Porque respiro al ritmo de su silencio. Porque mi cuerpo sigue respondiendo como si hubiera memoria muscular del deseo. Como si pudiera volver a correrse con solo pensar en su espalda.

Y eso me enfurece.

Me enfurece porque no debería quererla así. Porque ella me odia. Porque me lo ha dejado claro una y mil veces. Porque tiene razón. Porque le fallé cuando más me necesitaba. Porque la miré con hambre y luego huí como una cría asustada. Porque besé su boca con promesas que no me atreví a cumplir. Porque ahora tengo que verla todos los días y fingir que la quiero en presente cuando ni siquiera me permito procesar cuánto la quise en pasado.

Pero esa es la trampa.

No la quise en pasado.

La sigo queriendo en presente. Y me jode. Me jode tanto que me dan ganas de romper algo.

No sé en qué momento me convertí en esto. En una mujer que se masturba en silencio, que llora sin que nadie la vea, que sonríe ante las cámaras como si fuera feliz cuando lo único que siente es un nudo. Un nudo constante. En la garganta, en el estómago, entre las piernas.

Intento respirar hondo. Contar hasta diez. Pensar en otra cosa. Pero todo lleva a Emma.

Incluso mis intentos de olvidarla me la devuelven. Porque la casa huele a su champú. Porque sus llaves están en el cuenco de la entrada, junto a las mías. Porque su ropa húmeda cuelga junto a mi albornoz. Porque su cepillo de dientes está en esta casa y sus zapatillas están bajo el sofá.

Porque vivimos en una mentira que se parece demasiado a la vida que quisiera tener con ella. Y eso, eso sí que no me lo perdono.

Cierro los ojos con fuerza. Aprieto la mandíbula. Me obligo a no pensar. Pero es inútil.

Porque mañana amanecerá. Y volveremos a fingir. Y yo volveré a verla. Y mi cuerpo seguirá recordando. Y yo seguiré fingiendo que no.

Me despierto con el cuerpo entumecido, como si la noche me hubiera pasado por encima en forma de marea silenciosa y pesada, una de esas que no arrastran con fuerza pero que te dejan la piel helada, como si te hubieras quedado demasiado tiempo bajo el agua. El sol entra por las rendijas de la persiana con esa suavidad de domingo en calma, pero no es domingo, ni hay calma. Solo una quietud engañosa, de esas que preceden a la tormenta.

El primer pensamiento que tengo es que me corrí pensando en ella. El segundo, que lo volvería a hacer. Y el tercero… que eso me convierte en una persona que no sé si me gusta. Porque no soy honesta, ni limpia, ni justa. Porque Emma no se merece ser deseada desde el otro lado de una puerta cerrada mientras yo sigo sin pedirle perdón de verdad. Porque aunque quisiera —aunque me atreviera— no sé cómo hablarle sin que me tiemble la voz. Y prefiero morderme la lengua antes que arriesgarme a que me la arranque con una de esas respuestas suyas, secas, demoledoras, certeras.

Salgo de la habitación arrastrando los pies, el pelo recogido de cualquier manera, la camiseta pegada al cuerpo por el calor. La casa huele a café recién hecho, lo que significa que ella ya está despierta, que ha bajado antes que yo, que está en la cocina con su taza y su expresión de "no esperes conversación", y me doy cuenta de que esta es nuestra rutina: evitarnos con cortesía, convivir sin hablarnos demasiado, ocupar el mismo espacio sin invadirnos. Una coreografía fría y perfecta.

La veo en la terraza, sentada con las piernas cruzadas, el portátil delante, el cabello todavía húmedo recogido en un moño bajo, las gafas de sol puestas aunque apenas haya luz. Está preciosa. Lo está siempre. Pero esta mañana… no sé. Esta

mañana parece irreal. Intocable. Como si no pudiera haber estado anoche girando en mi cabeza mientras yo me mordía los labios por ella. Como si todo lo que arde en mi cuerpo fuera una invención mía.

Y ahí está la trampa otra vez. Pensar que tal vez me lo invento todo. Que ella nunca me quiso. Que la única que se quedó atrapada en el deseo fui yo. Que para ella esto es un trámite. Un contrato. Una campaña de marketing con piscina incluida. Y que cualquier gesto amable, cualquier roce, cualquier palabra que suene a ternura... no son más que residuos de un guion mal interpretado.

Me siento al otro lado de la mesa. Ella no me mira. Yo tampoco la saludo. No quiero abrir la boca porque si empiezo, no sé en qué parte voy a parar. Y lo peor es que sospecho que ya no me queda nada que decirle que no suene a súplica.

Así que la miro sin que me vea. Y pienso: **Esto no es amor.** Esto es una herida que no deja de sangrar.

11

Emma

Estoy tumbada en la tumbona de la terraza, con las gafas de sol puestas y la cabeza inclinada hacia el cielo como si me diera igual todo, como si el sol me estuviera dorando la piel y no quemándome por dentro, como si pudiera relajarme aunque viviera atrapada en esta farsa perfectamente decorada. Pero no estoy relajada. No desde que entré en esta casa. No desde que Julie se pasea por los pasillos con ese pijama de verano tan pequeño y esa expresión de que nada le afecta mientras yo tengo que recordarme cada mañana que no la odio lo suficiente para olvidarla.

Tengo los auriculares puestos, sí, pero la música está apagada. A veces lo hago. Lo de fingir que no escucho. Me ayuda a protegerme. Y esta vez, me sirve para escuchar sin culpa. Bueno, con culpa, pero de la otra clase. La culpa adictiva.

Julie está dentro, en el salón. La oigo porque ha dejado las puertas entreabiertas y su voz siempre me ha parecido más nítida que la de cualquiera. Está al teléfono. Y la forma en que se le suaviza el tono, en que se le escapa una risa pequeña y

dulce, me da una punzada en el pecho que no sé muy bien cómo nombrar. Hasta que dice "mamá".

Entonces lo entiendo todo.

Es su madre. Está hablando con su madre.

Y lo que oigo después me revienta. Literalmente.

—Sí, mamá... está aquí ahora. Está tomando el sol.

(Pausa)

—Sí, claro que estamos bien. Estamos felices.

(Otra pausa)

—No, no te preocupes, fue todo muy espontáneo pero... no me arrepiento. En absoluto.

(Larga pausa)

—La quiero, mamá. Lo sabes. Solo necesitábamos tiempo para encontrar el momento adecuado.

Me siento. Me quito las gafas. Me quedo inmóvil. Y si alguien pudiera verme ahora desde otro jardín, desde alguna de esas casas que rodean la nuestra como si fueran testigos elegantes del desastre, diría que me acaban de dar una noticia horrible. Y no se equivocaría. Porque lo que estoy escuchando no es solo mentira. Es traición. Es Julie vendiéndole una historia a su madre mientras yo sigo aquí, en bikini y con el corazón a medio cicatrizar, tragándome otra vez el papel de su fantasma emocional.

Cuando cuelga, sale a la terraza. Y yo no espero. No me guardo nada. Me planto delante de lla y lo suelto con una frialdad quirúrgica.

—¿De verdad le has dicho a tu madre que estamos enamoradas?

Ella se gira, me mira, y tarda un segundo en darse cuenta de que la he oído. De que la he escuchado entera. De que no hay escapatoria.

Y como siempre, en lugar de explicarse, suspira.

—Emma... no lo entiendes.

—No. No entiendo qué necesidad hay de mentirle a tu madre.

—Porque se ha ilusionado —dice—. Porque estaba feliz. Porque ha pasado unos años muy duros, ha estado enferma y ahora creo que esto le ha hecho mucha ilusión y está feliz.

—¿Feliz?

—...No quería arruinarle eso.

Y yo me río. Me río sin gracia. Porque lo único más triste que fingir delante del mundo es tener que fingir delante de quien te parió.

Y entonces lo suelta.

—Esta noche vienen a cenar. Mis padres. Aquí.

Y yo me quedo helada. Porque lo que me pide no es solo una actuación.

Es una condena con vino tinto. Y cara de "encantada, suegros".

No sé muy bien cómo llegamos al supermercado gourmet a comprar vino ni en qué momento decidimos que la cena debía parecer tan natural como si lleváramos años compartiendo domingos familiares. Solo sé que pasamos casi una hora discutiendo entre rosado francés y tinto californiano y que, en todo ese tiempo, no conseguimos ponernos de acuerdo en nada que no fuera la música ambiental del coche.

Julie conduce como si tuviera que demostrar algo. Acelera en rectas que no lo necesitan, gira con un poco más de fuerza de la necesaria, mantiene la mirada fija en la carretera y la mandíbula apretada como si no fuera conmigo, como si fingir un matrimonio delante de sus padres fuera un detalle logístico sin importancia. Pero yo la conozco. Sé que no está tan tranquila como finge. Sé que quiere hacerlo bien. Y eso me cabrea más todavía. Porque lo quiere hacer bien con ella. No conmigo.

Cuando llegamos a casa, todo se vuelve automático. Ella prepara la mesa. Yo coloco las copas. Intentamos no rozarnos.

Intentamos no mirarnos más de lo estrictamente necesario. Y, aun así, todo lo que no decimos parece llenar la cocina como una fragancia espesa y rancia, como el perfume barato de una historia que nunca terminamos de enterrar.

—No hace falta que te esfuerces tanto —le suelto, colocando las servilletas con la delicadeza de una bomba—. No creo que tu madre venga a inspeccionar si las sillas combinan con el centro de mesa.

—Estoy intentando que todo esté bien —responde, sin levantar la voz, sin girarse—. Perdona por no ser una ogro emocional todo el tiempo.

—¿Eso es lo que soy para ti? ¿Un ogro?

—No. Pero te esfuerzas en parecerlo—dice, girándose al fin, y esa frase me pega justo entre las costillas.

Porque sé que es verdad. Porque ella no sabe qué versión mía va a encontrar cada vez que cruzo la puerta de una habitación. Porque puede encontrar a la Emma que aún tiembla por su cuerpo o a la que está lista para incendiarlo todo con solo una palabra.

Pero eso no le da derecho a mentirme con la sonrisa.

El timbre suena antes de que podamos seguir.

Y entonces, no hay tiempo para reproches. Solo hay tiempo para actuar.

Julie respira hondo. Me lanza una mirada de "vamos allá" sin decir nada. Y yo me acerco a la puerta sin saber si voy a besarla o gritarle delante de toda su familia.

Pero cuando la abre, cuando su madre entra con ese aura de estrella de cine retirada y el abrazo más cálido del planeta... me quedo sin fuerzas.

Porque la madre de Julie es ella. Pero sin heridas. Y con los ojos llenos de luz.

No es que esperara que su madre fuera encantadora. Es que lo es tanto que me desarma. Me abraza como si me conociera de siempre, como si lo nuestro —este "nosotras"

improvisado, recién horneado con urgencias mediáticas— fuera algo que celebrara desde antes de saberlo. Me llama por mi nombre, me coge las manos, me mira a los ojos como quien quiere buscar algo en lo más hondo, y me dice, sin una pizca de ironía: "Tenía muchas ganas de conocerte por fin".

Y ahí, justo ahí, me tambaleo.

Porque yo no estaba preparada para eso.

Para que me tratara con ese cariño que no se finge. Para que me mirara como si yo fuera algo bueno en la vida de su hija. Como si fuera alguien a quien vale la pena cuidar. Yo, que llevo años sintiéndome todo lo contrario.

El padre de Julie es más reservado, sí, pero amable. Me da la mano con firmeza, me dedica una sonrisa discreta y se sienta en la terraza como si esta visita formara parte de una rutina tranquila y familiar, como si no acabara de entrar en el escenario más surrealista de su vida. Julie le sirve una copa de vino. Yo me ocupo de su madre. Estamos sincronizadas sin querer, sin planearlo.

Hemos pedido comida buena, de esa que viene en cajitas elegantes y huele a dinero y a excusa perfecta para no tener que cocinar ni hablar demasiado. Pero hablamos. Y bebemos. Y la madre de Julie ríe con facilidad. Nos cuenta anécdotas de cuando Julie era pequeña, nos dice que siempre supo que su hija era "intensa", que la intensidad se hereda, que no lo puede evitar.

—Lo curioso es que lleva años sin presentarnos a nadie —dice, mientras juega con el tallo de su copa—. Nunca supe si era porque no encontraba a alguien que valiera la pena o porque aún no se atrevía a reconocer que lo había encontrado.

Levanta los ojos y me los clava. Y sonríe.

—Pero ahora lo entiendo todo.

Julie se ríe nerviosa. Yo intento mantener la compostura. Me bebo el resto de la copa de un trago. El vino está demasiado bueno para lo jodido que es todo esto.

Después de un rato, Julie se levanta con su padre. Van al jardín. Hablan de no sé qué planta. O fingen que hablan, en realidad. Me da igual. Lo único que me importa es que me dejan a solas con ella. Con su madre. Con la mujer que me mira como si acabara de encontrar la pieza que le faltaba a un puzle.

Y yo... yo ya no sé si quiero encajar. O salir corriendo.

—Sé que esto puede parecerte una tontería —dice, mientras coloca despacio su copa sobre la mesa, como si cada movimiento suyo tuviera una carga simbólica que yo aún no sé interpretar—, pero no sabes la ilusión que me hace veros así.

Yo trago saliva. No sé cómo responder a eso. Porque no estamos "así". No somos "esto". Y sin embargo, aquí estoy, sonriendo con las mejillas ardiendo y el estómago hecho un ovillo, como si esas palabras fueran mías, como si me perteneciera la alegría de una madre que cree haber recuperado una versión feliz de su hija.

—Julie no habla mucho —continúa—. No de lo importante. Siempre ha sido... reservada. Pero yo soy su madre. Las madres sabemos.

Asiento. Porque no sé qué más hacer. Porque siento que se me viene algo encima, una ola de esas que no puedes esquivar ni aunque nades con todas tus fuerzas.

—Hace cinco años —dice, y ahí sí levanto la vista, porque esas palabras duelen como una bofetada—, pasó algo. No me lo contó. Nunca lo hace. Pero la vi cambiar. Dejó de sonreír igual. Se reía, sí, pero era distinto. Como si lo hiciera por reflejo, no porque lo sintiera de verdad.

Me muerdo el labio.

—No me atreví a preguntarle. Pensé que ya me lo diría cuando estuviera preparada. Pero los años pasaron. Y no me dijo nada. A veces la llamaba y la notaba... triste. Perdida.

Como si no supiera quién era sin algo —o alguien— que había dejado atrás.

Trago de nuevo. Me cuesta. Porque sé de qué está hablando. Porque yo también estuve rota. Porque también dejé partes de mí en los silencios que ella nunca se atrevió a llenar.

—Y ahora... ahora la veo y vuelve a tener brillo en los ojos. Ese que tenía cuando era adolescente y se enamoraba de la vida con una facilidad asombrosa. Ese que creí que había desaparecido para siempre.

Me quedo callada. No puedo decirle la verdad. No puedo romperle la ilusión. No puedo decirle que no es real. Que esto es un guion, una mentira, una actuación bien ensayada para salvar dos carreras que se van por el retrete.

No puedo. Porque me está mirando con tanto amor. Con tanta esperanza. Como si yo fuera la mujer que ha devuelto a su hija a la vida.

Y lo más jodido es que durante un segundo, uno solo, deseo serlo.

Deseo que todo esto sea verdad. Deseo no tener que esconderme. Deseo no haberla perdido.

Pero no es verdad. Y lo sabemos. Al menos yo sí.

Cuando sus padres se marchan —entre besos, promesas de llamadas, y ese gesto cálido que las madres perfeccionan con los años, ese roce en la mejilla que parece decir "te he leído el alma sin que me dieras permiso"—, me quedo un rato en la puerta, fingiendo que recojo cosas, que ordeno copas, que limpio migas inexistentes del mantel. Julie me observa desde la terraza, apoyada en la barandilla con una copa de vino medio vacía y los labios entreabiertos, como si estuviera a punto de decir algo pero aún no hubiera encontrado el tono adecuado.

Yo tampoco tengo nada que decir.

Lo que me ha dicho su madre me retumba en el cuerpo como un eco: Julie rota, Julie perdida, Julie reencontrada. Julie con brillo en los ojos. Julie enamorada. Esa última parte es la que más me cuesta digerir, porque si estuviera enamorada de mí, si lo hubiera estado, habría luchado. Habría hecho algo. No habría dejado que me marchara con la impresión de que había sido un accidente emocional, un tropiezo del corazón que no merecía ser nombrado.

Camino hacia la terraza sin mucha idea de lo que voy a hacer. Solo sé que necesito respirar aire que no esté cargado de perfume y memoria. Cuando paso por su lado, ella gira la cabeza. Me mira. Hay algo en esa mirada. Algo que no me gusta porque me desarma. Porque me sugiere cosas que no quiero volver a sentir. Porque me recuerda a la primera vez que me miró como si el mundo le acabara de contar un secreto bonito.

—Gracias —dice—. Por mantener las apariencias. Por... esto.

Yo debería decirle que no fue por ella. Que fue por su madre. Pero miento. Porque la forma en la que lo dice, con esa voz baja, suave, casi temblorosa, me atraviesa.

Nos quedamos en silencio. La brisa mueve su pelo. Y entonces pasa. No sé cómo. No sé en qué segundo exacto ocurre, ni qué lo detona. Solo sé que, de pronto, estoy más cerca de ella. Que sus ojos bajan a mi boca. Que mi respiración se corta. Que mi cuerpo decide antes que mi cabeza.

Y la beso.

La beso con rabia y con ternura, con ganas acumuladas y con todas las veces que quise hacerlo y no pude, con todas las palabras que no dije y todas las noches que me masturbé imaginando este momento. La beso como si el mundo no nos estuviera observando, como si no estuviéramos casadas sin quererlo, como si lo nuestro fuera real. Y durante unos

segundos —unos jodidos, maravillosos, hirientes segundos— lo es.

Julie me agarra de la cintura, me aprieta, me devuelve el beso con tanta pasión que se me olvida respirar. Me acaricia la espalda como si necesitara memorizar cada vértebra. Y entonces me doy cuenta de que estoy temblando.

Porque me está gustando demasiado.

Y porque no debería estar pasando.

Cuando la beso, no pienso. No me lo permito. Porque si pensara, me detendría. Y si me detuviera, me rompería. Así que sigo. Me aferro a su boca, a su aliento, al sabor a vino que aún le tiñe los labios, a ese gemido suave que se le escapa cuando mi lengua busca la suya. Y por un segundo, solo uno, tengo la fantasía idiota de que esto va a curarme.

Julie me sujeta como si yo fuera su centro de gravedad. Como si dejarme ir significara perder el equilibrio. Me besa como si llevara cinco años esperando este instante y no pudiera permitirse que acabara. Sus manos me recorren la espalda con urgencia, con miedo, con deseo. Una mezcla adictiva. Una mezcla peligrosa.

Su cuerpo se pega al mío y yo noto el calor, la electricidad, el temblor. Noto cómo se me eriza la piel, cómo mi pecho busca el suyo, cómo mi cuerpo entero le grita que no pare. Y eso es lo peor. Que no quiero que pare. Que quiero perderme en ella, aunque luego me vuelva a abandonar en medio de mis ruinas.

Mis dedos le agarran del cuello, le enredo el pelo entre los dedos, le muerdo el labio con un ansia que no reconozco, que me da miedo. Y entonces, cuando su mano baja por mi cintura y se posa justo sobre la curva de mi cadera, algo se rompe.

Yo.

Me rompo yo.

Porque me doy cuenta de que estoy volviendo a caer. Que esto no es venganza. Ni deseo. Ni siquiera amor. Es

dependencia emocional. Es una herida abierta que sangra cada vez que la toco. Es peligro puro disfrazado de caricia.

Me separo de golpe.

Julie se queda quieta, con los labios entreabiertos, la respiración agitada, los ojos cargados de un deseo que no se ha apagado. Pero yo no la miro. Me giro. Camino hacia la puerta.

—Emma —susurra, y su voz suena rota.

Pero yo no me detengo. No puedo. Si me giro ahora, si la miro, si vuelvo… me quedo. Me pierdo. Me destruyo.

Llego a mi habitación. Cierro la puerta. Me apoyo en ella.

Y entonces llega el golpe. El que me da la madre de Julie sin saberlo. El que me perfora por dentro sin querer.

"Desde hace cinco años no la veía tan feliz."

Y si eso es cierto, si de verdad me quiso tanto, si me echó tanto de menos, si su madre lo notó… ¿por qué no vino a buscarme?

¿Por qué no luchó?

¿Por qué me dejó convencida de que lo nuestro no era nada?

Me quito la ropa con furia. Me meto en la cama sin apagar la luz. Me encojo como si pudiera desaparecer.

Estoy ardiendo. De rabia. De deseo. De algo que no quiero admitir. Porque me he vuelto a besar con Julie. Porque me ha gustado. Porque la sigo queriendo.

Y eso sí que no me lo perdono.

12

Julie

Han pasado dos semanas desde aquella noche en la terraza. Dos semanas desde el beso que todavía me quema los labios. Dos semanas desde que Emma me miró como si me deseara con todo su cuerpo y me odiara con todo su corazón. Y desde entonces... nada.

Ni un roce. Ni una mirada larga. Ni una frase que no sea estrictamente funcional. Hemos vuelto a la versión más fría de nosotras. Esa en la que cada conversación parece redactada por un abogado matrimonialista y cada gesto es una bomba desactivada en el último segundo. Emma me ignora con la precisión de una cirujana. No es que me odie a gritos. Es que me borra en silencio. Y ese tipo de castigo... duele más. Porque no hay nada que refutar. Solo vacío.

Me he acostumbrado. O eso intento decirme cuando paso junto a ella en la cocina y ni siquiera levanta la vista del móvil. Cuando recoge la toalla mojada del respaldo de la silla y la cuelga sin mirarme. Cuando me saluda con un "buenos días" que suena a trámite administrativo. Me he acostumbrado como una de esas personas que se adaptan a vivir con un

zumbido constante en el oído: no lo soportan, pero aprenden a fingir que no lo oyen.

Y ahora... ahora empieza el rodaje.

Nos han citado en Vancouver para las primeras semanas de grabación. La gran película. La que puede consolidar nuestras carreras o arruinarlas para siempre. La que todo el mundo espera. La que lleva meses en preproducción y ha generado más rumores que un romance de telenovela. La película que, en teoría, debe coronarnos. Aunque estemos hechas pedazos por dentro.

Llegamos juntas al aeropuerto. Vuelos en primera. Sonrisas contenidas. Algunas fotos. Las cámaras siguen alimentando el mito. La pareja del año, recién casadas, radiantes. Julie Taylor y Emma Hudson, las esposas de Hollywood. Nos subimos al coche que nos envía la productora como si fuéramos dos ejecutivas eficaces rumbo a una reunión. Solo que esta reunión incluye coreografías de combate, mallas ajustadas, y un presupuesto de cientos de millones de dólares.

Todo parece ir bien... hasta que llegamos al hotel.

Nos hacen el check-in sin ceremonia. Nos entregan una sola tarjeta magnética. Yo arqueo una ceja. Emma no dice nada. Seguimos al asistente de producción por el pasillo largo y pulido del piso privado del hotel. Nos abre la puerta de la suite ejecutiva.

La habitación es preciosa. De esas que salen en los catálogos de hoteles de lujo y que parecen diseñadas para que las parejas se reconcilien sin hablar, con solo compartir la misma sábana de algodón egipcio. Tiene una lámpara de araña discreta, una terraza con vistas a la ciudad y un minibar que parece más un altar que un electrodoméstico. Y en medio, como un monstruo elegante, está la cama.

Una sola cama.

Grande. Inmensa. Inmaculada.

Pero sigue siendo una.

Emma entra sin decir nada. Deja su maleta junto al armario, se quita la chaqueta, saca su portátil y se instala en el escritorio como si nada de esto fuera incómodo, como si no hubiera una cama con dos almohadas perfectamente alineadas detrás de ella, como si no supiera —o no quisiera recordar— que hace dos semanas tenía mi boca en su boca y sus dedos clavados en mi cintura.

Yo me quedo de pie unos segundos. Demasiados. No porque no sepa qué hacer, sino porque estoy esperando algo. Una señal. Una palabra. Un reproche. Pero no llega. Así que respiro hondo, dejo mi maleta a los pies de la cama y saco el móvil. Le escribo a Marcus, mi representante.

Julie: ¿Una sola habitación?

Marcus: Sois una pareja casada. No querían escándalos. Te lo dije. Actuad como tal.

Me dan ganas de gritarle que esto no es actuar. Que esto es castigo. Que esta cama va a matarme. Pero no respondo. Porque ya no me queda energía para luchar contra lo inevitable.

—¿Quieres el lado izquierdo o el derecho? —pregunto finalmente, sin girarme.

Emma no contesta de inmediato. Luego, sin despegar los ojos de la pantalla, dice:

—Me da igual. No pienso moverme mucho.

Y esa frase, dicha con la frialdad de quien ya no tiene espacio ni para el sarcasmo, me atraviesa como una lanza mal afilada.

Así que me tumbo en el lado derecho. Miro al techo. Escucho el ruido de su teclado. Y me convenzo —una vez más — de que puedo soportarlo. De que puedo dormir a su lado sin tocarla. De que puedo convivir con el deseo sin dejar que se me escape por los poros.

Pido room service. Dos ensaladas. Dos aguas con gas. Emma se la come en silencio. Me agradece sin mirarme. Luego se encierra en el baño.

Y yo me quedo ahí, en esa cama gigante que parece una broma pesada del destino. La miro. Miro la almohada que vamos a compartir. Miro el espacio que nos separa. Y me preparo para otra noche de insomnio, de tensar el cuerpo para no rozarla, de fingir que no la huelo, que no la deseo, que no la echo de menos.

Pero entonces sale del baño, se pone su camiseta vieja de dormir —esa que le queda demasiado grande y que le hace parecer más frágil— y se mete en la cama sin una palabra.

Se da la vuelta. Me da la espalda.

Y yo me quedo mirando esa curva de su cuello que se ha convertido en mi lugar favorito.

Mi hogar perdido.

No sé cuánto tiempo pasa. El reloj de la mesilla emite ese tic silencioso que no debería escucharse, pero que, en noches como esta, se clava como una gota constante en la sien. Emma sigue inmóvil, con la espalda hacia mí, el cuerpo cubierto por la sábana hasta los hombros, respirando con esa regularidad perfecta que uno esperaría de alguien que duerme…

La habitación está en penumbra. El único resplandor es el de la ciudad colándose por las cortinas entreabiertas. Luces lejanas, como un cielo terrestre que no sirve para guiar a nadie. La cama es grande, sí. Pero el espacio entre nosotras parece un continente entero. Pienso en si podría acercarme sin que me clavara los codos o las palabras.

Y algo dentro de mí se rompe.

No con ruido. No con drama. Con esa sutileza insoportable de las grietas antiguas que se siguen abriendo, poco a poco, con cada gesto no hecho, con cada mirada evitada, con cada roce que no ocurre. Y esta noche, con ella tan cerca —tan

jodidamente cerca— y al mismo tiempo tan lejos, esa grieta se convierte en abismo.

Me doy la vuelta. Me quedo de lado, mirándola. No a ella. A su espalda. A su nuca. A la curva de su cuello.

Y entonces lo hago.

Me acerco.

No mucho. Solo un poco. Lo suficiente para sentir el calor que emana de su cuerpo. Lo suficiente para que mi mano —mi traidora de siempre— se alce con lentitud y le roce, apenas, el brazo.

Emma no se mueve.

No se gira.

No dice nada.

Y yo entiendo eso como un permiso. O como una tregua. O como el último clavo al que se agarra un corazón que lleva demasiado tiempo flotando en mitad del naufragio.

La rodeo con el brazo. Despacio. Como si abrazara una bomba. Apoyo mi frente en su espalda. Cierro los ojos. Contengo el aliento.

Y me dejo caer en ese abrazo.

No como quien espera que lo devuelvan. No como quien exige nada.

Solo como quien ya no puede más.

Emma sigue sin moverse.

Pero no se aparta.

Y eso, ahora mismo, es lo más cerca que estoy de la paz.

Me duermo así, con su cuerpo tibio contra el mío, con el corazón latiendo como un tambor antiguo y herido, con la sensación de que acabo de romper todas las reglas y que, aun así, no me arrepiento.

Porque por una noche, solo una, dejo de fingir.

Y solo soy una mujer enamorada, abrazando a la mujer que no puede dejar de amar.

Aunque no me mire. Aunque no me hable. Aunque mañana vuelva a alejarse como si nada hubiera ocurrido.

Me despierto con la cara hundida en su pelo. Y lo primero que pienso no es "mierda", ni "¿qué hora es?", ni siquiera "¿por qué huele tan bien?". Lo primero que pienso es que quiero quedarme ahí. Justo ahí. A medio milímetro de su nuca, con el pecho rozando su espalda, con mi mano atrapada entre su cadera y la sábana como si nos hubiéramos enredado sin querer. Pero no fue sin querer. O sí. Yo la abracé creyendo que dormía. Y ahora soy yo la que finge.

No me muevo. No aún. Espero. Como si el tiempo pudiera congelarse. Como si eso detuviera el desastre.

Porque la conozco. Sé lo que va a pasar en cuanto abra los ojos. Se va a apartar como si yo quemara. Va a erguirse como una estatua de orgullo. Va a evitar mi mirada y va a ponerse esa máscara perfecta de "nada ha pasado" que tanto odia que yo lleve, pero que ella también se sabe de memoria.

Y tengo razón.

Porque cuando su cuerpo se tensa ligeramente, cuando noto el momento exacto en que se da cuenta de cómo estamos —mi pierna entre las suyas, mi respiración en su cuello—, tarda menos de tres segundos en alejarse. No de forma brusca. No con violencia. Con esa clase de frialdad elegante que solo Emma Hudson domina. Como quien retira una joya que no combina con su vestido. Como quien recuerda de pronto que tenía una promesa pendiente con la indiferencia.

Se sienta en el borde de la cama. Mira hacia la ventana. No dice nada.

Y yo tampoco.

Porque no sé si abrir la boca va a arreglar algo o a destrozarlo más.

—Buenos días —dice ella, al fin, con una voz tan plana que parece que está saludando a un técnico de sonido, no a la

mujer que la ha abrazado toda la noche como si se le fuera la vida.

—Buenos —respondo.

Emma se levanta. Camina hasta el baño. Y yo me quedo ahí, en medio de una cama enorme, con el eco de su cuerpo aún marcado en las sábanas y una sensación de pérdida prematura que me deja sin aliento.

Porque si esta es nuestra rutina —despertar juntas y fingir que no ha pasado nada—, no sé cuánto tiempo voy a aguantar sin que se me note que lo único que quiero es volver a abrazarla... pero sin tener que hacerlo a escondidas.

El día de rodaje empieza como empiezan los días que sabes que van a doler: con demasiadas personas, demasiados focos, demasiada expectativa. El tráiler que nos han asignado es pequeño, compartido, decorado con fotos nuestras —nuestras de mentira, nuestras de campaña promocional—, y tiene una de esas tazas de desayuno personalizadas con un "J+E" pintado en rosa pastel que me da ganas de estrellarla contra el suelo.

Emma no dice nada. Lleva el pelo recogido en una trenza que se ha hecho ella misma y el rostro sin expresión. Pero yo la conozco. Y sé que está incómoda. No por el personaje. Por mí.

Cuando le pasan el traje de heroína, lo sostiene entre los dedos como si fuera un escudo. Negro, ajustado, con detalles plateados en los brazos. Le queda perfecto. Siempre le queda todo perfecto. Pero cuando sale del probador, algo en su mirada me dice que hoy no está para soportarme. Ni en escena, ni fuera.

Y yo... yo me esfuerzo en no mirarla demasiado.

En no dejar que se me note que me sé de memoria la curva de su espalda. Que he tenido su cuerpo pegado al mío durante horas y que aún lo siento latiendo en las palmas de mis manos.

—Lista para ensayar —dice al coordinador de escena, como si yo no existiera, como si no hubiéramos compartido la cama y el silencio y esa maldita sensación de que casi nos entendimos dormidas.

Y ahí está la trampa. Porque yo también estoy lista. Para ensayar. Para fingir. Para decir las frases correctas con el tono justo. Pero no estoy lista para la frialdad quirúrgica con la que Emma decide olvidar que anoche no se apartó de mí.

Durante la pausa, se sienta sola. Saca su móvil. Finge leer algo mientras evita con precisión matemática cada intento mío de establecer contacto visual.

—¿Quieres un café? —me atrevo a preguntar, con voz baja, suave, como si la palabra "café" significara "perdóname por desearte todavía".

Ella me mira durante un segundo. Uno solo.

—Ya tengo —responde, sin levantar la taza.

Y sonríe. Esa sonrisa suya de "esto no me afecta", esa que usa como una muralla. Esa que a mí, que una vez me besó llorando, me revienta por dentro.

Y me doy cuenta, mientras vuelvo al tráiler a buscar aire, de que estar casada con Emma Hudson es como habitar una casa en ruinas: todo parece estable desde fuera, pero cada paso puede ser el que lo derrumbe todo.

La escena del día incluye una secuencia de acción entre nuestros personajes. Coreografía de golpes, empujones, contacto físico milimétricamente calculado. Nos explican los movimientos, los ángulos de cámara, dónde mirar, dónde no. Nos repiten que necesitamos química, que se note la tensión, que parezca real.

Y yo me río por dentro. Porque si algo no falta entre nosotras, es eso: tensión. De la buena. De la que arde por debajo de cada gesto.

La primera toma es torpe. Nos medimos demasiado. Nos tocamos con cuidado, como si una de las dos pudiera

romperse. La segunda es peor. El director corta, se pasa las manos por el pelo, pregunta si necesitamos ensayar más. Emma niega con la cabeza. Dice que está lista. Yo asiento. Miento.

A la tercera va la vencida. Emma me lanza contra la pared con una fuerza medida, pero sus dedos se quedan un segundo de más sobre mi brazo. El suficiente. Lo justo. Lo necesario para que mi cuerpo reaccione como si me hubiera tocado con otra intención. Yo la miro, le lanzo la réplica, la empujo hacia atrás, la arrincono. La tensión es real. Lo saben todos en el set. Lo sabe ella. Lo sé yo.

—Corten —dice el director—. Perfecto. Eso es lo que queríamos.

Claro. Porque siempre somos mejores cuando fingimos. Porque lo único que hacemos bien es mentir.

El día termina con un aplauso suave del equipo, con comentarios del tipo "tenéis una conexión increíble en pantalla" y sonrisas incómodas de los técnicos. Emma desaparece antes de que yo pueda decirle nada. La encuentro más tarde en la habitación del hotel, de espaldas a la ventana, quitándose los pendientes con movimientos lentos, como si cada gesto fuera una forma de sacarse de encima la jornada, el disfraz, a mí.

—Hoy ha ido bien —digo, cerrando la puerta detrás de mí.

—Supongo —responde sin mirarme.

Me quedo ahí de pie, con el bolso colgando del hombro y la sensación de que ya no sé cómo hablarle. Que cualquier palabra que diga será usada en mi contra. Que todo lo que le diga suena falso, incluso cuando es lo más honesto que tengo.

Me meto en el baño. Me ducho rápido. Me pongo el pijama. Cuando salgo, ella ya está metida en la cama, dándome la espalda.

Me acuesto también. Intento no rozarla. Me doy la vuelta hacia la pared. Cierro los ojos. Me digo que dormiré pronto.

Que la ignoraré. Que la olvidaré. Que sobreviviré.

Y entonces, en medio de la oscuridad, siento cómo se mueve. Cómo gira el cuerpo. Cómo se acerca. No del todo. Pero lo suficiente.

Su respiración está ahí, cerca. Su calor. Su silencio.

Y yo no me muevo. No digo nada. Porque me aterra que sea un error.

13

Emma

Hay algo perversamente íntimo en fingir que te desnudas para alguien que te ha visto llorar. En ensayar el roce exacto, el gemido preciso, la caricia con coordenadas de cámara. El director da indicaciones como si no estuviéramos al borde de algo que no tiene nombre. "Más lento", dice. "Que parezca que os morís por besaros pero aún no os atrevéis." Y yo quiero gritar que no hace falta fingir eso. Que eso ya lo traemos de casa.

La escena se graba en un decorado que simula una habitación de hotel. Cama deshecha, luz tenue, la tensión en cada rincón. Julie entra en el plano con esa forma suya de caminar como si nunca dudara, como si cada paso fuera una declaración. Su personaje y el mío se miran, se desafían, se acercan. Todo está escrito. Y sin embargo, lo que me arde no lo está.

Su mano me roza la mejilla. Yo giro el rostro hacia ella. El guion dice que debe acariciarme la mandíbula, decirme que no ha dejado de pensar en mí desde la misión en Berlín. Pero lo que yo siento es mucho más antiguo que eso. Y más real.

Nos besamos.

No como los personajes. No como nos dijeron. Nos besamos con cinco años de rabia. Con los silencios acumulados en la garganta. Con la desesperación de quien sabe que esto no va a salvarnos, pero igual lo necesitamos. Ella me agarra de la nuca. Yo le aprieto la cintura. Todo ocurre en segundos, y el equipo está callado. Nadie dice "corten". Porque nadie se atreve.

El beso termina. Ella se aparta un milímetro. Su aliento choca con el mío. El director murmura un "perfecto" en voz baja, como si acabara de presenciar algo sagrado. Nos dan un descanso. El coordinador de intimidad nos pregunta si estamos bien. Asiento. Julie también. Mentimos.

Caminamos juntas hacia el tráiler. En silencio. El mismo que se siente cuando algo va a estallar. Entramos. Cerramos la puerta. Ella me mira. Yo la miro.

Y entonces ocurre.

No sé quién da el primer paso. No sé quién rompe la distancia. Solo sé que de pronto estamos contra la pared, con las bocas unidas, las manos donde no deberían, la ropa estorbando. Ella me sube la camiseta. Yo le bajo el pantalón. Me besa como si no tuviera permitido hacerlo, como si nos estuvieran vigilando. Y eso solo lo vuelve más urgente.

—Emma… —susurra, y no sé si lo dice para detenerme o para invocar todo lo que no dijo.

La interrumpo con otro beso.

No sé en qué momento acabamos sobre el sofá estrecho del tráiler, con las piernas enredadas, el pecho contra el pecho, los dedos explorando como si ya no hubiera castigo posible. Todo es rápido. Y lento. Y torpe. Y perfecto. Me quita la camiseta del todo y su boca baja por mi cuello como si le perteneciera. Me arqueo. Le clavo las uñas. Gimo.

Y me odio un poco.

Porque esto es justo lo que juré que no volvería a hacer. Dejar que Julie Taylor me arrastrara al centro del huracán.

Volver a rendirme a su cuerpo como si no supiera lo que viene después: la retirada, el silencio, la mirada vacía.

Pero por ahora, no hay después. Solo hay ahora. Y ahora es ella bajándome la ropa interior con la ansiedad de quien ha esperado demasiado. Es su boca entre mis muslos. Es su lengua reconociendo lo que es suyo, aunque no tenga derecho. Es su nombre escapándome entre jadeos como una confesión involuntaria.

—Julie —digo, y se me rompe la voz.

—Shh... —susurra—. No pienses.

Como si fuera posible.

Me roza por dentro como si estuviera explorando un lugar sagrado al que nunca antes había entrado, pero que siempre supo que era suyo. Me toca despacio, como si cada centímetro fuera una pregunta y no una certeza, como si no estuviera segura de si puede estar ahí pero aun así no pudiera evitar querer quedarse. Y yo... yo me vengo abajo sin aviso, sin defensa. Se me escapa un gemido roto, sucio, involuntario, de esos que no se pueden fingir ni disimular. Todo mi cuerpo tiembla. Me derrumbo en sus manos como si llevara años esperando ese momento. Porque, joder, es la primera vez. Pero también se siente como si hubiéramos estado a punto tantas veces que el deseo se había quedado encerrado en los huesos, esperando estallar.

Julie sube. Me besa la boca como si acabara de encontrar algo que creía perdido. Me muerde el labio. Me lame el cuello. Me acaricia el costado como si no pudiera decidir si me quiere consolar o poseer. Está temblando. Empapada. Deshecha. Preciosa. Preciosa de verdad. Sin escudo. Sin guion. Sin máscara.

—Quiero verte —susurra, con esa voz que me atraviesa como una descarga eléctrica.

Y no respondo. No puedo. Me limito a incorporarme, a deshacerme de lo que queda de su ropa con torpeza, con

necesidad. La camiseta. El sujetador. El pantalón. Todo al suelo. No huyo. No me explico. Quiero que lo vea todo. El cuerpo. Las grietas. El miedo.

Se me echa encima. Le muerdo el cuello. Le agarro el culo con ambas manos, con fuerza, con rabia. Y cuando la penetro con los dedos, se le escapa un sonido que me deja sin respiración. No es un gemido bonito. No es de esos que se lanzan al aire para seducir. Es crudo. Es real. Es como si se le rompiera algo por dentro. Como si se le cayera el alma un momento y se rindiera.

—No te pares —susurra, con la voz completamente ida.

No me paro.

Y cuando se corre, aferrada a mí, con la frente enterrada en mi cuello y el cuerpo sacudido por espasmos que no intenta controlar, lo único que puedo pensar es que esto no es redención. No es paz. No es amor.

Es otra herida.

Una herida nueva que acabamos de abrir juntas.

Como quien sabe que acaba de repetir el error que casi la destruye.

Me aparto. Me levanto. Me encierro en el baño. Me miro en el espejo.

Y me odio.

Porque no soy fuerte. Porque nunca lo fui con ella. Porque acabo de volver a entregarme a alguien que ya me rompió. Y no tengo garantías de que no lo vuelva a hacer.

El baño huele a maquillaje, sudor y algo que no quiero nombrar. Me apoyo en el lavabo con las manos aún temblorosas, el cuerpo pegajoso, la respiración irregular. El espejo me devuelve una imagen que no reconozco del todo: pelo revuelto, labios hinchados, ojos turbios. Me parezco a alguien que ha tenido sexo. Pero también a alguien que ha perdido. Otra vez.

Me mojo la cara. Me paso los dedos por las sienes como si pudiera exorcizar el momento. Pero no se va. Está en cada centímetro de mi piel. En el interior palpitante de mis muslos. En los restos de su aliento pegados a mi pecho.

—Emma —escucho su voz desde fuera, baja, casi culpable.

No respondo.

—¿Estás bien?

La pregunta más estúpida del mundo.

No. No estoy bien. Estoy hecha mierda. Porque durante todo ese rato no dejé de pensar que me quería. Que tal vez, en esa locura compartida, había algo real. Y ahora que me ha tocado como si fuera suya, ahora que me ha hecho gritar su nombre como si no nos separaran cinco años de ruinas, ahora que me ha comido con hambre... estoy más vacía que antes.

—Voy a vestirme —dice ella, casi en un susurro, como si supiera que cada palabra se me clava.

Perfecto.

Haz como si nada.

Haz como siempre.

Me siento en el borde de la bañera. Me abrazo las rodillas. Y dejo que el silencio me trague. Que las dudas me coman viva. Porque yo no quiero solo su cuerpo. Yo no quiero este sexo desenfrenado que parece más un escape que un encuentro. Yo quería —quiero— que me vea. Que me elija. Que me quiera como me prometió sin palabras cuando teníamos veinte años y el mundo parecía un lugar menos cruel.

Pero no lo hará.

Julie Taylor es una actriz de primera. Y ahora mismo está interpretando el papel de su vida: mujer enamorada, esposa perfecta, amante impulsiva. Y yo soy la idiota que se deja llevar porque su piel aún me sabe a hogar.

—Emma... —vuelve a decir, esta vez más cerca de la puerta.

No me muevo. No le contesto.

Porque si abro la boca, solo saldrá rabia.

Y si la dejo entrar, volveré a caer.

Cuando al fin salgo del baño, han pasado al menos diez minutos. Tal vez veinte. No lo sé. El tiempo dentro del dolor no se mide igual. Julie está vestida, sentada en el borde del sofá, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza agachada. Podría parecer arrepentida. Podría parecer nerviosa. Pero no quiero concederle ni esa lectura.

No me mira.

Bien.

Porque si me mirara, me rompería otra vez. Y hoy ya he tenido suficiente.

Me pongo la camiseta sin sostén. El cuerpo aún me duele en los sitios donde me tocó. Es un dolor dulce, traidor. Como un recordatorio de que el sexo puede ser un idioma que no sabes leer pero pronuncias igual. Camino hasta la mesilla. Busco agua. No la encuentro. Todo está desordenado. Como nosotras.

Julie se pone de pie. Da un paso hacia mí.

—Emma...

—No —le digo, sin alzar la voz, pero con una firmeza que no me sale nunca.

Ella se detiene.

—No quiero hablar. No ahora. No así.

—Pero...

—No me toques. No me mires. No intentes hacer como si esto tuviera sentido.

—Lo tiene —murmura—. Para mí, lo tiene.

La carcajada que me sale es fea. De esas que no nacen de la risa, sino del dolor.

—Claro. Hasta que se acabe el rodaje. Hasta que la campaña de marketing haya hecho su efecto. Hasta que ya no te sirva esta historia de amor para lavar tu imagen.

—No digas eso...

—¿Y qué quieres que diga, Julie? ¿Que ha sido precioso? ¿Que me ha encantado volver a sentirme deseada por ti para luego volver a quedarme sola con el eco de tus manos?

No lloro. No esta vez. Pero la rabia me arde bajo la piel.

—Te deseaba —dice ella—. Te deseo. Esto no ha sido solo sexo.

—¿Y qué ha sido, entonces? ¿Una señal? ¿Una promesa? ¿Un ensayo?

Se queda callada.

—Exacto —susurro—. Lo de siempre. Tú finges, yo caigo.

Recojo mis cosas con torpeza. Necesito salir. Necesito aire. Necesito no volver a verla desnuda en mi memoria.

—¿A dónde vas?

—No lo sé. A cualquier parte. A donde no estés tú.

Abro la puerta del tráiler. El sol me ciega. La realidad también. Y aunque por fuera parezco entera, por dentro voy hecha cenizas.

Porque no hay nada más jodido que acostarte con la mujer que amas… y saber que te va a romper otra vez.

Camino sin rumbo fijo por el set. Nadie me para. Nadie se atreve. Debo de tener la cara de quien ha hecho algo imperdonable y no está dispuesta a disimularlo. Y es verdad. Acabo de hacer algo que prometí no hacer: darle acceso a mi cuerpo sin que mi corazón tuviera la mínima garantía de salvación.

Me meto en el tráiler de maquillaje. Me encierro en el baño. Me salpico la cara con agua como si eso pudiera limpiar lo que acaba de pasar. Pero no hay agua suficiente en el mundo para lavarme de Julie. Está en mí. Bajo la piel. En los músculos. En la memoria táctil.

Salgo del baño. Me cruzo con una ayudante de producción. Me pregunta si estoy bien. Asiento. No lo estoy, pero sé mentir mejor de lo que creen.

Vuelvo al set. Julie no está. Mejor. No puedo mirarla sin recordar cómo jadeaba mi nombre hace apenas media hora. No puedo recordarlo sin querer volver a besarla. Y eso me enfurece. Porque todavía la deseo. Porque todavía la quiero. Y porque no sé cómo se sobrevive a eso cuando la otra persona no hace más que fingir.

Cuando terminamos el rodaje del día, me meto en la furgoneta con los auriculares puestos, aunque no haya música. Solo quiero evitar que me hablen. Que me miren. Que alguien se atreva a decirme "qué buena química tenéis". Porque no es química. Es maldición.

En el hotel, no subo a la habitación. Me quedo en la piscina. Me lanzo al agua como si pudiera ahogarme solo un poco. Solo lo suficiente para que se me enfríe la piel y se me apague el fuego.

Y mientras floto boca arriba, con el cielo cada vez más oscuro sobre mí, me doy cuenta de que he vuelto a caer. Que Julie no ha cambiado. Y que yo... tampoco.

Y eso es lo que más miedo me da.

Entro en la habitación del hotel pasadas las diez. El cabello húmedo, los dedos arrugados por el agua, la garganta seca. Julie está en la cama, leyendo un guion que probablemente no está entendiendo porque su mirada no se mueve. Cuando me oye cerrar la puerta, levanta la vista.

No dice nada.

Bien.

Yo tampoco.

Me encierro en el baño otra vez. Me deshago del bikini. Me pongo una camiseta larga. Y salgo sin maquillaje, sin armadura. Me siento en el borde de la cama contraria. Abro el portátil. No porque quiera trabajar. Sino porque no sé qué hacer con las manos si no es tocarla o golpear algo.

—¿Podemos hablar? —pregunta Julie.

La miro. Le sostengo la mirada.

—¿Para qué?

—Para que esto no nos consuma.

Y me río. Suave. Seca.

—Julie, lo de esta tarde no fue amor.

—Lo sé.

—Fue necesidad.

—También lo sé.

—Entonces no hablemos.

Se queda callada. Asiente. Se tumba boca arriba. Apaga la luz de su mesilla. Y durante unos segundos, solo escucho su respiración. Esa cadencia tranquila que me recuerda la noche en que dormí abrazada a ella y me sentí en casa.

—Emma —susurra en la oscuridad.

—¿Qué?

—No fue solo sexo. No para mí.

Y no sé qué decir. Porque no sé si creerla. Porque ya no tengo herramientas para distinguir cuándo habla Julie la persona y cuándo Julie la actriz.

Así que no respondo. Solo cierro el portátil. Me meto en la cama. Me doy la vuelta.

Y esa noche no duermo.

Porque no hay descanso posible cuando has vuelto a abrir una puerta que te prometiste mantener cerrada.

Porque ahora su cuerpo me falta más que antes.

Porque sé que esto ha sido el principio de algo.

Y también, probablemente, el principio de otro final.

14

Julie

Me despierto con esa sensación extraña de que algo está a punto de romperse. De nuevo. Como si el silencio pesara más que la resaca. Como si el aire fuera más denso, más oscuro. Como si mis huesos ya supieran que esta mañana no me va a dejar intacta. Y entonces la veo.

Emma.

Sentada al borde de la cama, dándome la espalda, con las piernas recogidas y el cabello suelto cayéndole por la nuca como una condena. No se ha vestido. No se ha ido. Pero no está aquí. No de verdad. Solo su cuerpo. Solo su presencia.

Y aún así… se gira. Me mira. Me atraviesa.

Tiene los ojos llenos de algo que me cuesta nombrar. No es amor. Ya no. O no todavía. Tampoco es rabia. No exactamente. Es hambre. Pura. Salvaje. Cruel. Hambre de la que no se sacia. Hambre que desgarra.

Y yo me dejo hacer. Porque si ella va a devorarme, prefiero que sea ahora. Prefiero que lo haga antes de que me devore el miedo.

Se arrastra por la cama como un animal que olfatea el peligro pero se lanza igual. Me sujeta las muñecas. Me abre las

piernas. Me besa con una brutalidad medida, como si hubiera estado ensayando esto en sueños. Como si supiera exactamente hasta dónde puede llegar sin romperse. Como si me quisiera justo hasta el borde.

Su boca baja. Sus dedos se clavan. Gimo. Me arqueo. Me entrego.

Y lo peor es que, mientras ella me lame como si me odiara, mientras me mete los dedos como si quisiera borrarme el nombre, yo solo pienso que ojalá no termine nunca. Porque prefiero esta violencia a su indiferencia. Prefiero su furia a su distancia. Prefiero su cuerpo al vacío.

Cuando me corro, me derrumbo. Literalmente. Las piernas me tiemblan. El pecho me arde. El alma me sangra. Pero me abrazo a ella, como lo haría una niña que se ha perdido y por fin encuentra un rincón donde dormir.

Solo que ella… se aparta.

—No lo hagas —dice, con una voz tan fría que me hiela.

Parpadeo. La miro. Intento entender.

—¿El qué?

—Esto. Abrazarme. No lo hagas.

Y entonces me lanza la sentencia. Cruel. Precisa. Irrevocable.

—No puedo controlar lo que mi cuerpo necesita —dice, sin pestañear—. Pero sí sé lo que mi corazón no puede soportar. A partir de ahora, solo habrá sexo. Solo eso. ¿Está claro?

Me quedo en silencio. Me tiembla la barbilla. La garganta se me llena de gritos que no voy a decir. Pero asiento.

Porque si esto es todo lo que me puede dar, lo tomo.

Aunque me duela. Aunque me destruya. Aunque cada vez que me toque, yo siga sintiendo amor. Y ella no.

Me repito que lo entiendo. Que es mejor tener algo a no tener nada. Que mientras su cuerpo me busque, puedo engañar al mío para que no eche de menos su alma. Me repito

que esto es suficiente, que esto es lo que hay, que no voy a pedir más.

Mentiras. Todas.

Pero sonrío. Y finjo. Y cuando Emma se levanta de la cama y camina desnuda hasta el baño sin volver la cabeza, me muerdo la lengua para no decirle que aún tengo su sabor mi boca y que no quiero enjuagarmela en toda la semana. Me cubro con la sábana y me permito mirar el hueco que ha dejado. Todavía caliente. Todavía mío.

Todavía mentira.

Cuando vuelve, se pone un pantalón corto y una camiseta como si nada. Como si no me hubiera hecho temblar hace diez minutos. Como si no me hubiera agarrado de la cadera y me hubiera follado como quien castiga, como quien escupe rencor con cada embestida de los dedos. Me lanza una mirada breve. Neutral. Casi amable. Y eso me desarma aún más que si me gritara.

—Hoy grabamos en exteriores —dice, mientras recoge su móvil—. Prepárate pronto.

Y se va.

Así. Como si no acabara de decirme que puedo tener su cuerpo pero no su cariño. Como si no me hubiera destrozado con esa frase dicha entre suspiros. Como si ser su amante fuera algo tan sencillo como no pedir explicaciones, como no llorar cuando se aleja.

Paso el resto de la mañana repitiéndome que puedo hacerlo. Que soy actriz. Que sabré separar. Que sabré contener. Pero cuando llegamos al set y la veo reírse con el director de fotografía, cuando la veo tirada en el césped con los otros actores, con la camiseta arrugada, la cara llena de luz, y esa risa suya que me sigue pareciendo la cura y la condena… sé que me estoy mintiendo.

Sé que no puedo con esto.

Pero también sé que no voy a rendirme. Porque Emma Hudson me ha dado una puerta, aunque sea torcida, aunque dé a una habitación oscura. Y yo, que llevo años esperando cualquier entrada a su mundo, me cuelo. Me quedo.

Aunque no me quiera.

Aunque no me diga "te echo de menos" ni "me haces falta".

Aunque me bese solo cuando tiene el coño mojado de rabia.

Me quedo. Porque es ella.

Y porque no sé cómo dejar de elegirla. Aunque me quede con las sobras.

Aunque me elija solo para el sexo.

Cuando vuelve esa noche del rodaje —tensa, con la mandíbula apretada y los ojos brillando de exceso de mundo — y me empuja contra la pared del tráiler sin mediar palabra, no me atrevo a preguntar si ha sido un mal día o si simplemente necesita vaciarse conmigo. Porque su boca ya está en mi cuello. Porque sus manos ya están bajo mi camiseta. Porque su respiración ya es un mandato.

—No digas nada —murmura, y yo ni siquiera asiento. Me limito a cerrar los ojos y a dejar que me arranque la ropa con urgencia, con torpeza, con esa furia medida que tiene cuando quiere follar sin recordar que alguna vez amó.

Me tumba en el sofá, de lado, como si fuera algo que ya hemos hecho mil veces. Y esta vez no hay besos largos ni caricias que duden. Hay mordidas. Hay dedos firmes. Hay una pelvis que se frota contra la mía como si quisiera borrar la memoria. Me empuja la pierna con la suya, se abre paso entre mis muslos y me toma con una precisión casi quirúrgica.

Y duele. Pero me gusta.

Porque cuando se hunde dentro de mí, lo hace con un ritmo que no pide permiso. Lo hace como si me conociera. Y me conoce. Joder, si me conoce. Cada rincón, cada pulsación, cada gemido contenido. Y yo, que quería fingir que puedo

separar el sexo de todo lo demás, me doy cuenta de que mi cuerpo no sabe. Mi cuerpo le sigue hablando en el mismo idioma antiguo, roto, precioso.

Gimo. No por placer. Por dolor. Por ella. Porque me está tocando como si no le importara, pero su boca me roza el hombro con ternura. Porque me penetra con rabia, pero su aliento se me pega al cuello como un lamento.

Y yo me vengo abajo.

Me corro rápido, de forma humillante, con un grito breve y torcido, con la cabeza apoyada en el brazo del sofá, con las manos buscando algo que agarrar. Emma no se detiene. Sigue hasta que ella también llega. Pero no dice mi nombre. No esta vez.

Cuando termina, se queda un segundo pegada a mí. Solo uno.

Y yo, ilusa, intento abrazarla.

Pero ella se separa.

Se levanta. Se limpia. Se viste.

Y mientras yo sigo allí, desnuda, sudada, empapada de ella, me dice sin mirarme:

—Esto es lo que hay. No me pidas más.

Y no lo hago.

Porque no quiero que se vaya.

Porque prefiero que me folle sin quererme... a que me ignore por completo.

La escucho moverse por el tráiler como si fuera un invitado con prisa, como si no acabara de estar dentro de mí hace un minuto. Suena el zip de su chaqueta. El golpe suave de su botella de agua contra la encimera. El crujido de la silla cuando se sienta sin intención de hablarme. Y yo, en el sofá, todavía con el pulso disparado y los muslos temblando, intento recomponerme sin que se note que estoy hecha pedazos.

Me visto sin mirar. Me duele el vientre, me escuece la piel. No del sexo. De su ausencia emocional. De ese vacío tan táctil que deja cuando me da placer sin ofrecerme consuelo.

—¿Quieres que te deje sola? —pregunto con voz baja, como si el eco me diera vergüenza.

—Haz lo que quieras —responde.

Así. Con esa frialdad. Con esa voz que parece grabada en mármol. Sin una nota de culpa. Sin rastro del temblor con el que me susurraba hace apenas minutos. Y aún así, me quedo. Me siento a su lado. Porque tengo miedo de que irme sea una forma de perderla del todo.

Me inclino hacia delante. Apoyo los codos en las rodillas. Me sujeto la cabeza con las manos como si pudiera contener los pensamientos, domarlos, arrancarme la parte que sigue creyendo que esto puede ser amor disfrazado.

—¿Te duele? —me atrevo a decir.

—No empieces —contesta. Pero no es un no violento. Es un no agotado. Como si ni siquiera le quedaran fuerzas para pelear conmigo.

—No estoy empezando nada. Solo... quería saber si estabas bien.

Se gira. Me mira.

Y entonces me lanza la frase que lleva cargando, seguramente, desde que me besó en la terraza de nuestra casa hace semanas:

—No quiero que pienses que esto es otra cosa.

La trago entera. Sin agua. Con las encías ardiendo.

—No lo pienso —miento.

Emma se pone de pie. Camina por el tráiler con las manos en los bolsillos. Su silueta recortada por la luz que entra por la ventana es hermosa y dolorosa a partes iguales. Me recuerda a esas escenas finales en las películas donde uno de los dos se va, pero sin música, sin clímax. Solo con el vacío.

—No estoy enamorada de ti —dice al fin.

—Ya lo sé.

—Y no lo estaré.

—También lo sé.

—Solo quiero tu cuerpo. No tus lágrimas. No tus preguntas. No tus reproches.

Cada palabra es un puñal. Pero sonrío. Porque he aprendido a sangrar hacia dentro.

—Entonces úsame —le digo, y el nudo en mi garganta me rasga por dentro—. Si eso es lo único que puedes darme... dame eso.

Y no sé si me oye. O si no quiere oírme.

Porque sale del tráiler sin cerrar la puerta.

Y yo me quedo dentro, con las piernas abiertas y el alma hecha un ovillo, preguntándome cuándo empecé a pensar que merecía tan poco.

El rodaje continúa. Las escenas se suceden como si no hubiera nada detrás, como si no tuviéramos un universo entero de palabras no dichas temblando bajo la piel. Nos maquillan, nos visten, nos colocan en nuestras marcas y nos lanzan al foco. Y ahí estamos, Emma y yo, las esposas de mentira más convincentes de Hollywood, mirándonos como si fuéramos una promesa cumplida. Pero por dentro, somos escombros.

Nos volvemos expertas en el silencio. En la distancia precisa. En ese espacio mínimo entre nuestras manos cuando caminamos juntas que parece romántico desde fuera, pero en realidad es puro cálculo: una no roza a la otra. Porque el roce incendiaría. Porque el fuego ya no es íntimo, es castigo.

Esa noche volvemos al hotel sin apenas hablarnos. Emma va con la cabeza pegada a la ventanilla del coche, los auriculares puestos aunque no suene nada. Yo la miro. Me muerdo los nudillos. Me reprimo. Porque ahora ya sé las reglas. Y las reglas son claras.

En la habitación hay ese silencio espeso que solo habita entre los que se han acostado y han decidido no hablar de ello. Me ducho. Me echo en la cama. Apago la lámpara de mi mesilla. Y espero.

No a propósito. No con esperanza. Solo con el cuerpo alerta, como si supiera antes que yo que va a volver a pasar.

Y pasa.

Emma apaga su luz. Se mete bajo las sábanas. Y no dice nada. Pero su respiración cambia. Se vuelve más lenta. Más profunda. Se acerca. Muy despacio. Como si el deseo se le deslizara desde la columna hasta la cadera. Me toca la espalda. Apenas un roce. Pero suficiente para incendiarme.

No dice mi nombre.

No me besa.

No me acaricia con ternura.

Solo me busca.

Como si el cuerpo se le escapara de las manos si no me lo ofrece.

Y yo me doy la vuelta. La miro. Veo el fuego en sus ojos. La necesidad. El miedo. El vacío. Y no lo detengo.

Me dejo hacer. Me tumba de espaldas. Se acomoda entre mis piernas. Me lame con esa urgencia sin cuidado que tiene ahora, con esa boca suya que ahora solo me arranca gemidos. Me penetra con los dedos con fuerza. No con violencia, pero sí con rabia. Como si estuviera exorcizando algo.

Y yo me aferro a sus hombros como si todavía pudiera creer que esto es amor.

Me corro. Con la cara vuelta al otro lado. Sin mirarla.

Y cuando termina, cuando se deja caer a mi lado con el cuerpo cubierto de sudor y la respiración entrecortada, yo ya no intento abrazarla.

Solo sexo.

Eso dice.

Como si no me acabara de mirar a los ojos cuando se corría. Como si no me acabara de temblar la voz cuando gemía mi nombre. Como si su cuerpo no se hubiera rendido contra el mío como si reconociera casa. Pero da igual. Porque ha sido ella quien lo ha dicho. Y cuando Emma decide creer una mentira, es capaz de repetirla hasta que se vuelve real.

Sale del baño como si nada. Se mete en su lado de la cama. No me mira.

Y yo no digo nada.

Porque cualquier palabra sería rogar. Y no puedo permitírmelo. No más.

Me doy la vuelta. Le doy la espalda. Aprieto los ojos. Y repito para mí lo mismo que ella ha dicho: solo sexo, solo sexo, solo sexo. Como si fuera un mantra. Como si al repetirlo pudiera convencerme de que me basta.

Pero no me basta.

Porque yo la quiero. Porque la sigo queriendo. Porque me estoy dejando usar con la esperanza estúpida de que un día vuelva a mirarme como lo hacía antes. De que un día me perdone. De que un día me vuelva a amar. Pero ella no está en ese lugar. Ella está en la herida. Y ha decidido que su forma de sangrar es esta: venir a mí, desnudarme, follarme, y luego volver a meterse dentro de sí misma como si yo no existiera.

Y yo... la dejo.

Porque el deseo me puede.

Porque un poco de su piel es mejor que nada.

Porque cuando me folla así, incluso si lo hace sin amor, yo la siento más cerca que nunca.

Aunque se aleje justo después.

Aunque se esté vengando de algo que no sé cómo reparar.

Me giro. La miro en la penumbra. Su silueta contra la sábana. Su respiración pausada. Sus labios cerrados como una frontera. Y me doy cuenta de que este va a ser nuestro

infierno: follar sin hablarnos. Tocarnos sin sostenernos. Querernos en silencio mientras fingimos que no queda nada.

Y lo peor es que lo hemos pactado. Que no hay culpables esta vez. Solo víctimas. Dos. Ella. Y yo.

15

Emma

Ensayar una ruptura cuando la real ya se ha instalado en tu cama es como jugar con dinamita al borde del precipicio: sabes que va a explotar, sabes que va a doler, y aun así lo haces, porque es más fácil interpretar una despedida ajena que reconocer que estás viviendo la tuya propia.

El set está envuelto en una falsa penumbra de atrezzo. Luz baja, tonos fríos, mobiliario minimalista que simula un salón cualquiera, como si lo cotidiano no fuera también una bomba de relojería. El director habla del punto de inflexión, de cómo esta escena lo cambia todo para los personajes. El coordinador de intimidad da indicaciones suaves sobre el contacto, la distancia, la cadencia de las miradas. Julie está a mi izquierda, inmóvil, concentrada, con el guion doblado en una mano y la otra descansando sobre su muslo como si sujetara algo que se le puede caer. No me mira. O sí, pero sin intención. Como si necesitara que yo no existiera para poder seguir de pie.

Yo, en cambio, no necesito hacerla desaparecer. Ya lo he hecho. Hace días. Hace cinco cuerpos entrelazados y diez orgasmos malgastados. Ya la convertí en una función biológica, en un cuerpo que me salva solo del hambre, no del

amor. Ya la reduje a gemidos y a noches sin nombre. Ya la hice pedazos antes de que se atreviera a volver a pedirme cariño.

Me coloco en mi marca, repito mentalmente mis líneas, contengo el pulso. El silencio cae sobre el set como una orden sagrada. El director da el "acción" y ahí estamos. Dos personajes a punto de romper. Dos actrices rotas desde antes. Dos mujeres que dejaron de hablarse con la verdad porque la verdad era una ruina que ninguna quería limpiar.

—No puedo seguir contigo —dice Julie, y lo dice como el personaje, lo dice como si no fuera cierto, como si no fuera ella la que se desmorona delante de mí cada noche sin permitirse llorar.

Yo la miro.

Y no siento nada.

Ni culpa.

Ni pena.

Ni rabia.

Nada.

Solo una calma tan brutal que asusta. Esa calma con la que se dice "basta" cuando ya no queda piel sin cicatriz. Esa calma con la que se ejecutan decisiones irreversibles. Esa calma de quien ya ha muerto varias veces en la misma historia.

—No esperaba que lo hicieras —respondo, con la voz firme, seca, casi cruel. Y no es solo el personaje el que habla. Soy yo. Es mi voz, mi tono, mi elección.

Y lo noto. Lo noto en su parpadeo, en la forma en que traga saliva, en la rigidez nueva de sus hombros.

Julie se está rompiendo.

Pero yo no me muevo.

No hago nada para evitarlo.

Porque si ella va a seguir deseándome mientras yo la olvido, entonces lo justo es que entienda lo que duele ser olvidada por alguien que aún te mira a los ojos.

El director no dice nada. No al principio. Deja que el silencio flote entre nosotras como si fuera parte de la escena, como si este abismo fuera un efecto especial planificado. El resto del equipo está paralizado. Nadie respira demasiado alto. Nadie tose. Nadie se atreve a mirar a Julie con compasión, aunque sé que lo están deseando. Porque la energía en el set ha cambiado. Porque ella está de pie, frente a mí, encarnando a su personaje... pero con los ojos brillando de algo que no se puede ensayar.

—Dilo —me suplica, apenas audible, sin entonación, como una mujer que no sabe si habla con su ex o con un fantasma.

Y lo hago. Porque en el guion está escrito. Porque sé que va ahí. Pero también porque lo necesito. Porque mi boca quiere escupirlo aunque mis entrañas no sepan si es verdad.

—No te quiero —digo.

No con rabia. No con drama. Con esa sobriedad quirúrgica que usas para decir "tienes una enfermedad incurable" o "el avión ya ha despegado y no hay forma de volver". Lo digo con voz baja, casi dulce. Lo digo como quien canta una nana que arrulla mientras apuñala. Lo digo como lo diría Emma Hudson, la actriz. Pero también como lo diría Emma Hudson, la mujer que no soporta sentirse débil delante de la única persona a la que no ha dejado de amar nunca.

Julie da un paso atrás. Uno solo. Pero lo suficiente.

El gesto es mínimo. Pero se me queda grabado.

Porque sé que no es la escena la que la está desbordando. Es todo lo que no hemos dicho fuera de cámara. Es cada noche en la que me ha tocado como si le fuera la vida en ello y yo no le he devuelto ni una palabra. Es cada vez que me he corrido en su boca y después me he duchado sin mirarla. Es cada vez que ha intentado abrazarme y yo he fingido no sentirlo. Es cada beso vacío. Cada "esto es solo sexo" como forma de defensa.

El director murmura un “seguimos”. Yo asiento. Julie no se mueve.

—No vuelvas —digo, clavando el último clavo en el ataúd que ni siquiera existe.

Y entonces, por un segundo, creo que va a responderme fuera del guion. Que va a pararlo todo. Que va a decir “no puedo más”, que va a gritarme en mitad del plató que soy una cabrona, que la estoy matando en directo y que todo esto es una pantomima que nos está pudriendo por dentro.

Pero no lo hace.

Solo baja la cabeza.

Y cuando la levanta, el personaje ha vuelto.

Julie vuelve a ser otra. Vuelve a ser actriz. Vuelve a fingir que lo que le estoy haciendo no la rompe.

Y yo... yo me odio un poco.

Porque esa frialdad que tanto he cultivado, ese hielo que llevo semanas afilando como un cuchillo, me ha funcionado. Me ha protegido.

Pero también me ha quitado a la única persona que alguna vez me tocó con las manos llenas de verdad.

Rodamos otra toma. Luego otra. Luego una más.

Y en cada una, Julie se deshace un poco más. No de forma evidente. No como quien llora y se arrastra. Lo hace con esa elegancia suya de las cosas que duelen en silencio. Con los ojos cada vez más vidriosos. Con la voz que ya no tiene el mismo color. Con los labios apretados como si sostuvieran la última palabra que no va a decir.

La escena termina con ella saliendo por la puerta. En el guion, su personaje se va sin mirar atrás.

Y lo hace. Julie lo hace. Cruza el set, empuja la puerta con una firmeza que no parece actuada, y no vuelve la cabeza. No la gira. No me lanza ni una sola mirada. Ni rabia. Ni dolor. Ni despedida.

Y ahí es donde lo noto.

No en la escena.

En el después.

En cómo no vuelve.

En cómo desaparece del set en cuanto el director grita "¡corten!" y todo el mundo aplaude la intensidad de la toma sin saber que lo que han presenciado no ha sido una gran interpretación. Ha sido una ruptura. Real. Íntima. Silenciosa.

Yo me quedo quieta.

Todo el mundo me felicita. El director se me acerca, me aprieta el hombro, me dice que ha sido brutal, que la química entre nosotras está alcanzando niveles de leyenda. Me río. Asiento. Les dejo pensar que soy una profesional de primera, que sé manejar la escena más delicada como si no me afectara. Como si no acabara de romper a la única mujer que he amado diciendo palabras que no estoy segura de sentir... pero que no puedo dejar de decir.

Busco a Julie con la mirada. No está.

Pregunto a una de las asistentes. Me dice que ha salido, que ha pedido cinco minutos.

Pero yo sé lo que eso significa.

Sé que no va a volver hoy. O que si vuelve, no va a hacerlo entera.

Y me siento orgullosa.

Y me siento una mierda.

Me paso los dedos por el cuello. Todavía siento su aliento de esta mañana. Todavía tengo la marca de sus uñas en la espalda. Todavía llevo su sabor en la garganta. Pero eso ya no importa. No ahora. No después de la escena. No después de lo que acabo de hacerle delante de todo un equipo de rodaje, con cámaras grabando y focos iluminando el momento exacto en el que mi frialdad se convirtió en puñalada.

Recogo mis cosas sin prisa. Como si el cuerpo me pesara más que de costumbre. Como si cada paso que doy hacia el

tráiler fuera uno menos hacia ella. No sé si la encontraré allí. No sé si quiero hacerlo. Pero camino igual.

Porque tengo que verla. Porque quiero saber si todavía está. Aunque sea rota. Aunque sea mirándome con ese dolor tan limpio que me hace desear no haber abierto nunca la boca. Aunque sea para decirme que esta vez sí... se va de verdad.

No está en el tráiler.

Ni en maquillaje.

Ni en el catering.

Pregunto sin preguntar, con esa mirada que deja claro que no tengo tiempo para respuestas que no me lleven a ella. Una ayudante me dice que ha cogido un coche de producción. Que ha dicho que necesitaba aire.

Me dejo caer en el sofá del tráiler como si mis huesos no tuvieran ya argumento. Me paso las manos por la cara. Me descubro temblando. Y odio temblar. Porque eso me hace humana. Y ahora mismo no quiero serlo. Ahora mismo quiero ser lo que le he dicho que soy: un cuerpo, nada más. Un cuerpo que la desea. Que la usa. Que la finge.

Pero no puedo. No hoy.

Porque esa escena no fue mentira. Porque la forma en la que me gritó "no puedo más" —aunque el guion dijera otra cosa— se me quedó tatuada entre los omóplatos. Porque cuando la empujé emocionalmente al límite... no era su personaje el que lloraba. Era ella. Y lo supe. Joder, lo supe.

Y aun así, no paré.

No sé cuánto tiempo paso ahí sentada. El reloj parpadea una hora que ya no importa. Fuera, el sol empieza a caer. Vancouver se tiñe de esa melancolía que tienen las ciudades con demasiada lluvia acumulada. Como si también llevaran encima un duelo.

Entonces el móvil vibra.

Es un mensaje.

Julie.

Solo una frase.

“Estoy bien. No me esperes.”

Y eso, viniendo de ella, es una puerta cerrándose. Es una mano soltando otra. Es la forma más silenciosa de decir “ya no puedo más”.

Lanzo el móvil sobre la cama del tráiler. Me quedo mirando el techo como si ahí estuviera escrita alguna forma de hacer esto bien. Pero no hay fórmulas. No hay regreso fácil después de convertirte en la razón por la que alguien ha dejado de creer.

Y aún así, me repito que hice lo correcto. Que poner una distancia fue necesario. Que ella estaba empezando a pedirme cosas que yo no podía darle.

Pero no es verdad. La verdad es otra. La verdad es que me da miedo. Que verla llorar me destroza. Que amarla todavía... me jode entera.

Porque si la dejo entrar, lo hará para siempre. Y yo no sé querer sin quemarme. Pero joder, cómo arde no tenerla.

La noche cae como una manta mojada. Pesa. Huele a cansancio y a cosas no dichas. El set está medio desmontado, las luces apagadas, las voces bajando de volumen como si incluso el equipo supiera que algo se ha roto. Que alguien —ella— se ha roto.

No vuelve.

Y no me escribe de nuevo.

Me ducho en silencio, como si el agua pudiera borrar la forma en la que me miró. Me visto con ropa limpia pero no con intención de salir. Solo quiero sentir que tengo alguna capa entre mi cuerpo y lo que me quema por dentro. Me hago una coleta sin pensar. Me miro al espejo y no me gusto. Tengo los ojos rojos, no de llorar —porque no lloro—, sino de no

dormir. De no entenderme. De desear demasiado. De querer mal.

Cuando regreso al cuarto del hotel, todo está exactamente como lo dejamos. Una cama, dos vasos en la mesilla. Un libro de Julie con el marcapáginas torcido. Su ropa sobre la silla. El perfume flotando en el aire como si todavía estuviera desnuda en esa cama, rindiéndose a mi rabia.

Y entonces... entonces me tumbo.

Boca arriba.

Y empiezo a imaginar.

Que vuelve.

Que entra por la puerta con esa forma suya de entrar sin pedir permiso, como si el espacio ya fuera suyo. Que me mira sin rencor, solo con esa tristeza callada que tiene cuando se da por vencida. Que se mete en la cama.

Pero no entra.

El reloj marca las doce.

La una.

Y yo sigo sin cerrar los ojos.

Porque cada vez que lo intento, veo los suyos llenos de lágrimas reales. No de actriz. No de escena. Llorando de verdad. Por mí. Por lo que fui. Por lo que soy ahora.

Y empiezo a pensar que he cruzado una línea.

Que esta vez, el sexo no ha sido una protección. Ha sido un arma.

Y ella... no era enemiga. Era alguien que me amó. Y a quien yo, con mi miedo envuelto en deseo, estoy dejando sin piel.

Así que me levanto. Me siento en el sofá. Me encojo. Y por primera vez en mucho tiempo, me permito algo que creía que había olvidado cómo hacer.

Temblar. No por frío. Sino por culpa.

Porque lo de hoy no fue una escena. Fue un grito.

Y si Julie no regresa esta noche, si se da cuenta de que su alma ya no tiene sitio aquí... voy a tener que enfrentarme a lo

que soy sin ella.

Y lo que soy sin ella... da miedo.

No sé en qué momento exacto me quedo dormida, pero sé que cuando despierto el mundo sigue igual de roto. No hay luz, solo el resplandor azul pálido de la tele encendida en silencio, lanzando sombras fantasmales sobre la alfombra. No sé quién la dejó puesta. No sé si fui yo. No sé si, de alguna manera, esperaba que el murmullo me hiciera compañía. Como si pudiera sustituir su voz.

El reloj marca las cuatro y pico de la mañana.

Y ella no ha vuelto. El hueco de su cama está frío. No como otras veces, cuando se iba al baño a llorar en silencio. Esto es otra cosa. Esto es ausencia con forma. Es abandono hecho cama sin arrugas.

Me levanto. Cruzo la habitación con la lentitud de quien teme que cada paso confirme una verdad que no está preparada para asumir. Abro la puerta del baño. Nada. Toallas limpias. Silencio. Abro el armario. Su chaqueta favorita sigue colgada, pero su bolso no está.

La ansiedad me sube desde el estómago hasta la garganta. Me ahoga. Me obliga a apoyarme un segundo en la pared, a cerrar los ojos y respirar como si fuera asmática. Como si algo —ella— me faltara en el oxígeno.

Cojo el móvil. Ni un mensaje. Ni una llamada.

Escribo: *¿Dónde estás?*

Lo borro. Escribo: *Julie.*

Lo borro también.

Porque si le escribo, me rompo. Y si me rompe, ya no sé si voy a poder recomponerme. Porque todo esto que hemos hecho, todo lo que le he hecho, no es solo sexo, ni castigo, ni escudo. Es miedo. Miedo de quererla tanto otra vez y volver a perderla. Miedo de verla marcharse y quedarme como aquella vez: sola y vacía.

Me siento en el borde de la cama.

Y me odio.

Porque la besé sin ternura. La follé sin cuidado. La penetré como si su cuerpo fuera una guerra y no una promesa. Porque usé su piel para vengarme de algo que ella ya no puede devolverme. Porque quise que me necesitara, pero no que me tocara por dentro. Porque le enseñé a sobrevivir conmigo sin dejarla vivir.

Me levanto de golpe. Meto los pies en las zapatillas.

Tiro de la puerta del hotel y salgo al pasillo. No tengo plan. No tengo dignidad. Solo tengo esta urgencia torpe y feroz de verla. De encontrarla. De que no se haya ido.

Pero cuando doblo la esquina y veo su figura sentada en la escalera de incendios, con los codos en las rodillas y los ojos perdidos en la ciudad que duerme, siento que el alma se me cae hasta los tobillos.

Está ahí. Y también está lejos.

Como si pudiera alcanzarla con las manos, pero no con el corazón.

Me acerco. No me oye. No me mira. Me siento a su lado. Y no digo nada.

Porque sé que no hay frase que cure esto.

Porque sé que esta vez, no la voy a poder retener con sexo.

Y porque, por primera vez en todo este desastre, empiezo a darme cuenta de que, no quiero perderla.

De verdad. Y no sé si puedo sobrevivir a eso otra vez.

16

Julie

No lloré en el plató. Ni durante la escena. Ni cuando el director gritó "corten" y todo el mundo aplaudió como si hubiéramos parido algo que valía la pena. Tuve que salir corriendo. Cuando volví sola al tráiler y me vi en el espejo, aún con el maquillaje corrido por el llanto de mentira que, joder, era tan de verdad que ahora me cuesta distinguir.

Me quité la peluca. Me limpié la cara. Me miré durante minutos como si intentara encontrar a la mujer que era antes de esto. Antes de ella. Antes de nosotras. Pero no la encontré. Solo vi a alguien que había fingido tanto que ya no recordaba cuándo fue la última vez que dijo algo honesto sin temblar.

Emma fue brutal. No por lo que dijo. Por cómo lo dijo. Por esa mirada suya que atraviesa sin necesidad de levantar la voz. Por ese tono seco, quirúrgico, que usa cuando quiere que duela. Y dolió. Como una puñalada sin sangre, como un abandono anunciado. Me dijo, con cada gesto, que ya no quería salvarnos. Que ya no había nada que mereciera ser salvado.

Y yo, idiota, aún esperé un gesto al final. Una caricia. Un "lo siento". Una nota, un mensaje, una mierda de post-it.

Algo. Pero no hubo nada. Solo vacío. Solo la certeza de que se ha cansado incluso de follarme. Que ya ni eso le interesa.

Estoy cansada.

Cansada de que todo dependa de si Emma me mira o no. De si me desea o no. De si decide, por una noche, besarme como si aún fuéramos las de antes. Me he convertido en una extensión de su necesidad, en una muñeca emocional con la que desahogarse sin rendirse cuentas. Me penetra y se va. Me abraza dormida y al despertar ni me toca. Me utiliza como un refugio al que entra sin llamar y del que sale sin cerrar la puerta.

Y yo... yo le dejo.

Porque sigo enamorada. Porque aún creo que si me quedo lo suficiente, si aguanto, si resisto, volverá a quererme como antes. Como esa primera vez en el set de hace cinco años. Como aquella noche en la que nos besamos en secreto tras la lectura del guion y me dijo que no había besado a nadie así nunca. Pero eso fue antes. Antes del miedo. Antes del silencio. Antes de la herida.

Ahora solo queda esto. Y ya no me alcanza.

Me miro al espejo una última vez. Me recoloco el pelo. Respiro hondo.

Y decido que no puedo más.

No se lo digo esa noche. Ni la siguiente. Porque soy cobarde, y porque todavía me cuesta aceptar que ha terminado, que por mucho que me esfuerce en mantenerme entera, hay una parte de mí que se cae a pedazos cada vez que la escucho reír con otro, cada vez que pasa por mi lado y no me toca, cada vez que se mete en la cama conmigo y no me besa. Así que me trago el adiós. Lo guardo en la garganta como si fuera una piedra, una de esas que duelen al tragar saliva, pero que no se notan desde fuera. Porque eso es lo que hago ahora: doler en silencio. Sufrir sin que se me note. Fingir que puedo soportarlo.

Ella sigue igual. Fría, perfecta, profesional. Durante el día, somos una pareja modelo. Caminamos juntas, nos cogemos de la mano en las pausas, comentamos el guion, intercambiamos frases con una intimidad fingida que se ha convertido en nuestra especialidad. Pero en cuanto cae el sol, en cuanto desaparecen las cámaras, la ficción se rompe y me doy cuenta de que, si no fuera por el sexo, ni siquiera me hablaría.

Esa noche me la folla otra vez. Dura. Rápido. Contra el espejo del baño del hotel. Me sube la bata, me aparta las bragas, me penetra con los dedos mientras me dice que no diga nada, que no piense, que solo sienta. Y yo lo hago. Lo siento todo. Su rabia. Su frustración. Su deseo sucio, mezclado con el desprecio que parece tenerse a sí misma por seguir viniendo a buscarme.

Cuando termina, me deja apoyada contra el mármol frío, con las piernas temblando y el corazón en la boca. Me gustaría decirle algo. Pedirle que no se vaya. Que me mire, al menos. Que me recuerde. Pero se va antes de que pueda abrir la boca. Se mete en la cama. Apaga la luz. Como si nada hubiera pasado.

Y yo me lavo las manos, me quito el maquillaje, me meto junto a ella... y no lloro. Porque ya no me quedan lágrimas. Solo preguntas sin respuesta.

¿Me está castigando por algo? ¿Por haberme ido aquella vez? ¿Por haberle roto el corazón antes de que me lo rompiera ella?

No lo sé. Pero me mata pensar que puede que nunca lo sepa.

Así que esa noche, tumbada a su lado, sin tocarla, sin sentirla, decido que no puedo más. Que no quiero más. Que si lo único que voy a recibir de ella son noches húmedas y mañanas frías, entonces me voy. Me voy antes de convertirme en una sombra.

Porque empiezo a olvidarme de cómo era antes de que ella volviera.

Y me da miedo perderme del todo.

Al día siguiente rodamos una escena de las que deberían doler solo en el guion. Una de esas rupturas de mentira, de las que están escritas con líneas que suenan a final, con miradas largas y silencios que se llenan de subtexto. La escena en la que nuestros personajes, tras salvar el mundo y perderse a sí mismos en el intento, deciden que lo mejor es separarse. Ella dice que ya no puede más. Yo intento detenerla. Ella se va. Yo me quedo. Punto. Corte. Siguiente secuencia.

Solo que no es así.

Solo que cuando me mira, cuando suelta las palabras exactas del guion —"No puedo seguir fingiendo que esto no me duele"—, hay algo en su voz que suena a verdad. A su verdad. No la de los personajes. La suya. La que me lanza cada noche cuando no me toca después de correrme. La que me escupe cada vez que me penetra sin besarme.

Y me congelo.

No porque no sepa seguir la escena. No porque no me sepa el guion. Me lo sé. Me lo he repetido tantas veces que podría recitarlo dormida. Me congelo porque, por primera vez en semanas, creo que me está diciendo algo. Emma. A mí. En directo. Sin cámaras de por medio.

Solo que hay cámaras. Y luces. Y un equipo entero observando cómo me derrumbo.

Porque no actúo la respuesta. Porque me sale sola. Porque la miro con los ojos rotos y no tengo que fingir que quiero pedirle que se quede. Porque mi voz tiembla cuando digo "no te vayas", no porque esté interpretando, sino porque me está saliendo del alma.

Y Emma lo nota. Lo sé. Porque la mirada que me devuelve no es la del personaje. Es la suya. La que tenía la primera vez

que nos besamos. La que tenía cuando me miraba sin rabia. Sin miedo. Solo con amor.

Pero esa mirada dura poco. Un segundo, quizá dos. Luego se apaga. Se protege. Se encierra. Y entonces, sin esperarlo, improvisa. Añade una frase que no está en el guion. Una que no tiene ninguna razón de estar ahí, salvo para herirme:

—Tú ya sabías que esto iba a acabar mal.

No es parte del texto. No es del personaje. Es de ella.

Y yo me rompo. No como actriz. Como mujer. Como la mujer que aún la ama y no sabe cómo dejar de hacerlo.

El director grita "¡Corten!" pero mi corazón ya se ha roto antes de que lo diga.

Me meto en el tráiler como quien entra en una trinchera, como si las paredes acolchadas pudieran protegerme del temblor que me habita desde que Emma improvisó aquella frase. Cierro la puerta sin hacer ruido, como si el silencio sirviera para no empeorar el desastre. Me dejo caer en el asiento sin quitarme el vestuario. Sigo vestida de heroína, pero me siento como una niña a la que acaban de dejar sola en medio del patio del colegio, con el bocadillo en la mano y las ganas de llorar atoradas en la garganta.

Reviso el guion impreso solo para asegurarme de que no estoy loca. La frase no está. No era parte del libreto. No estaba escrita. No debía decirla. Pero la dijo. Con esa calma suya que siempre parece una caricia hasta que te das cuenta de que en realidad era una bofetada disfrazada. Y nadie en el equipo lo notó. Todos aplaudieron el realismo, la intensidad, la química. Nadie entendió que no era interpretación. Que fue ella quitándome la venda con la que aún me tapaba los ojos para no mirar el abismo.

Tú ya sabías que esto iba a acabar mal.

Y sí. Lo sabía. Pero una cosa es saberlo y otra es oírlo con su voz, con sus labios, con ese desprecio suave que duele más que cualquier grito.

Me tumbo en el sofá, me abrazo a mí misma, y dejo que el llanto me moje la cara como una lluvia que ya ni sorprende. No me tapo. No me escondo. Me dejo llorar con el desgarro sucio de quien ha amado demasiado a alguien que solo sabe devolver sexo. Me lloran los ojos y también la piel, como si por fin se estuviera drenando todo lo que llevo aguantando desde que ella decidió que no iba a sentir nada.

Y aún así, la amo.

La amo con una intensidad que me avergüenza. La amo aunque me duela, aunque me rompa, aunque me trate como si solo existiera del cuello para abajo. Y lo peor es que ella lo sabe. Sabe que puede decirme eso y aún así volver a acostarse conmigo esta noche, como si nada. Sabe que tiene mi cuerpo, mis ganas, mi rendición. Y por eso ya no se esfuerza. Porque no hace falta.

Y yo… sigo aquí.

Enamorada hasta los huesos de una mujer que ha decidido usarme como escudo contra todo lo que no quiere sentir.

Y que me está matando. Despacio. Pero segura.

No sé cuánto tiempo pasa. En este tráiler sin ventanas, sin reloj visible, sin señales de vida exterior, el tiempo se convierte en una niebla densa que lo cubre todo, que lo detiene todo. Solo sé que me quedo dormida un momento —o me desmayo emocionalmente, no sé ya cuál es la diferencia— y cuando abro los ojos, la luz ha cambiado. No fuera, sino dentro de mí. Ya no hay pena. Solo una calma rara, artificial, de esas que llegan cuando te resignas, cuando entiendes que ya no hay nada que salvar. Que el amor se ha vuelto una ruina inhabitable. Que por más que sigas regresando, las paredes se seguirán cayendo a pedazos.

Oigo pasos en el pasillo. La puerta se abre. Emma entra.

No dice nada.

Solo eso: entra.

Tiene el pelo mojado. Viste ropa limpia. Huele a gel neutro y a control emocional. De ese control suyo que ahora lo inunda todo, que ha reemplazado cualquier rastro de la mujer que conocí, de la que me enamoré. Camina hasta el armario. Coge algo. Se gira. Me ve. Estoy en el sofá, descalza, el guion en el regazo, los ojos ya secos. Me mira como si no le sorprendiera que esté llorando. Como si se hubiera acostumbrado a que yo siempre esté rota. O peor: como si le diera igual.

—Tienes ensayo a las seis —dice.

Su voz es cortante. Profesional. Ni rastro del gemido que soltó anoche cuando se corrió en mi boca. Ni rastro de la mano que me acarició el muslo como si aún supiera quererme. Solo esa voz de piedra que usa cuando quiere asegurarse de que no confunda nada.

—Lo sé —respondo.

Y en ese momento, quiero preguntarle si va a seguir así. Si piensa seguir viniendo a mí por las noches como un ladrón de afecto que no quiere pagar el precio del amor. Pero no lo hago. Porque conozco la respuesta. Porque Emma no cambia por preguntas. Solo huye de ellas. Así que me levanto. Me visto. Me recojo el pelo. Me convierto en la profesional que espera ver. La que no se queja. La que no suplica. La que aprende a sobrevivir a base de escenas rodadas y sábanas compartidas sin promesas.

Cuando salimos del tráiler, vamos una al lado de la otra. A un metro de distancia. Como siempre.

Como si no fuéramos amantes. Como si no fuéramos nada.

Pero yo aún la amo. Aunque me mate.

Aunque me destruya cada vez que me dice que no siente nada.

Aunque me bese por las noches como si sí.

Y eso, eso sí que no sé cómo explicármelo. Cómo seguir queriendo a alguien que ya no me ve, que solo me toca porque

aún recuerda cómo sabían mis gemidos, pero ha olvidado todo lo demás. Porque de tanto fingir, ha terminado creyéndose su propia versión de la historia: esa donde no me quiso nunca.

Esa donde esto —lo nuestro— nunca existió.

El ensayo es una cárcel de paredes acolchadas. Todo es demasiado blanco, demasiado limpio, demasiado técnico como para contener lo que llevo dentro. La directora se acerca, nos explica el encuadre, el tono, las marcas. Es la escena de la ruptura definitiva. La gran escena. La que está escrita para romper corazones ajenos sin que nos rompa a nosotras por dentro. Qué ironía.

Emma asiente a todo. Profesional, impecable. Yo asiento también, aunque por dentro estoy rota en tantas partes que ya no sé si lo que siento es dolor o simple ausencia. Me coloco en mi marca. Ella en la suya. Nos miramos. Pero no como actrices. Nos miramos como lo que fuimos. Como lo que todavía somos cuando no hay nadie cerca. Y eso, solo eso, es lo que me quiebra antes siquiera de empezar.

La escena arranca.

Emma se acerca. Dice su primera frase. Está clavada. Dicha con esa voz suya de doble filo. La frase que rompe el vínculo. La frase que —en la ficción— lo dice todo. Pero para mí, no es ficción. No lo ha sido nunca.

Yo respondo. Mi línea no sale perfecta. Me tiembla la voz. Pero no por el personaje. Me tiembla porque me está dejando. Otra vez. Porque me está mirando como si ya no fuera mía. Y porque por mucho que lo sepa, por mucho que lo espere, duele igual. Duele siempre.

Seguimos. Las frases se cruzan. Y con cada réplica, con cada palabra medida para que parezca un final bien escrito, siento cómo se me deshace el alma un poco más. Hasta que llega su frase. La definitiva. La que lo destruye todo.

—No te quiero como tú quieres que te quiera.

No es una frase improvisada. Está en el guion. La hemos ensayado. Pero cuando la dice, no lo hace como una actriz. Lo dice como si fuera verdad. Como si no estuviéramos representando nada. Como si estuviera devolviéndome a la realidad con un empujón directo al pecho.

Y ahí, justo ahí, algo en mí se apaga.

No sé si es el personaje. No sé si soy yo. Solo sé que mis ojos se llenan de lágrimas de verdad. Que la garganta se me cierra. Que la frase que viene después ya no me sale. Y entonces lloro. Lloro en serio. No como actriz. Lloro como Julie. Lloro como una mujer a la que le acaban de arrancar el corazón delante de todo un equipo de rodaje.

—¡Corten! —grita la directora, confusa—. Julie, ¿estás bien?

Emma no dice nada.

Y yo asiento, pero no puedo hablar. Porque sé que si hablo ahora, me derrumbo. Porque sé que si me quedo un minuto más bajo esa luz blanca, frente a sus ojos vacíos, me voy a romper del todo.

Así que me giro. Camino hasta el tráiler. Entro. Me encierro en el baño. Y me dejo caer al suelo como una niña a la que acaban de abandonar por segunda vez. Porque eso es exactamente lo que ha hecho. Emma me ha dejado. No solo en la escena. En la vida. En la cama. En todo.

Y yo no sé cómo seguir fingiendo que me basta con su cuerpo.

17

Emma

No fuimos a la fiesta.

Ni ella lo sugirió ni yo pregunté si quería ir. Nos quedamos sentadas en la furgoneta con la misma expresión que se le queda a la gente que ha presenciado algo que no sabe cómo explicar. Como si hubiéramos rodado no una película, sino una guerra. Como si lo que se acababa de cerrar no fuera un set, sino una historia que habíamos estirado tanto que ahora ni sabíamos si empezó como verdad o como ficción.

Julie no dijo nada en el trayecto de vuelta. Se quedó mirando por la ventanilla con los auriculares puestos aunque no hubiera música. Yo hice lo mismo. La acompañé en ese silencio que se ha vuelto nuestro idioma oficial. Pensé que quizá, cuando llegáramos a casa, todo se desharía solo. Que el cambio de escenario serviría como reinicio. Que dejar Vancouver atrás era lo mismo que dejar atrás lo que habíamos hecho, dicho, sentido.

Qué ilusa.

Entramos en casa como si fuéramos dos desconocidas que comparten alquiler. Ella se quitó las zapatillas y se fue directa a su cuarto sin decir ni buenas noches. Yo me quedé en la

cocina. No porque tuviera hambre. Porque no sabía qué hacer con mi cuerpo. Porque me ardían las manos. Porque me dolía el cuello. Porque había pasado tanto tiempo reprimiendo cada emoción que ahora todo me salía por la piel.

No me lo pensé demasiado.

Fui hasta su puerta. No toqué. Solo entré.

Estaba tumbada boca arriba, con el pelo mojado, la mirada fija en el techo y esa expresión resignada que le sale cuando decide que no puede ganar una batalla pero igual no se retira. Me miró sin sorpresa. Como si supiera que iba a venir. Como si lo esperara.

—No quiero hablar —dije.

—No pensaba decir nada —respondió.

Y fue suficiente.

Me acerqué a la cama. Me quité la camiseta. Me subí a horcajadas sobre ella sin besarla, sin provocarla. Solo con la urgencia de quien no sabe cómo decir que aún necesita algo aunque no sepa qué es. Julie no se movió al principio. Me dejó hacer. Me dejó desnudarla. Me dejó lamerle la clavícula, morderle el labio, meterle la mano entre las piernas como si fuera mía.

Y durante unos minutos, solo fuimos cuerpo. Nada más. Nada que explicar. Nada que prometer.

La penetré con los dedos con esa violencia dulce que nos hemos inventado para no nombrar lo que sentimos. Ella gimió, se arqueó, me apretó los hombros con fuerza. Me corrí en su muslo como una cría desesperada, sin control, sin arte. Fue sexo rápido, sin ternura, sin pausa. Fue sexo de despedida aunque yo no lo supiera todavía.

Y justo cuando iba a quedarme abrazada a ella —como a veces, en secreto, me permito—, se apartó.

Y me lo dijo.

Me lo soltó todo.

—Ya no puedo más.

Eso fue lo primero. Lo dijo en voz baja, pero con esa firmeza que tienen las decisiones que ya llevan semanas vivas por dentro. No me miró al decirlo. Seguía boca arriba, con la respiración agitada, la frente perlada de sudor y los ojos fijos en el techo, como si no se atreviera a ver lo que me iba a provocar.

Yo me quedé quieta. En silencio. Con una mano aún apoyada en su muslo, como si el contacto pudiera salvarnos otra vez. Como si pudiera frenarla con piel. Pero ella siguió.

—Da igual todo —murmuró—. La imagen. El contrato. Las putas películas. Da igual. Porque no me quedan fuerzas.

Intenté decir algo. Algo que sonara práctico, tranquilo, algo que pusiera orden. Pero las palabras se me quedaron en la garganta, amontonadas como las emociones que no me permito sentir. Ella giró la cabeza entonces, me miró por fin, y en esos ojos no había rabia. Había tristeza. Una tristeza tan honda que dolía solo de verla.

—Te quise desde el primer momento, Emma. Desde antes de saber qué significaba eso. Desde antes de poder aceptarlo.

Tragué saliva. Me ardía la boca. Como si cada palabra suya me salpicara por dentro.

—Y no lo supe gestionar. Me asusté. Pensé que lo iba a estropear todo. Que iba a estropearme a mí. Llevaba años construyendo una imagen. Una carrera. Una idea de quién debía ser. Y tú... tú lo cambiaste todo.

Bajó la mirada. Se tocó los dedos, los entrelazó como si quisiera sujetarse a sí misma.

—Nunca había sentido nada así. Y cuando lo arruiné... cuando te perdí... me morí de miedo. Porque no sabía cómo arreglarlo. Porque pensé que no me ibas a perdonar. Que para ti quizá no había sido tan real. Y por eso no te busqué. Porque no me creía digna. Porque no sabía cómo mirarte otra vez sin derrumbarme.

La escuchaba como quien escucha una canción que no sabía que necesitaba oír. Me hablaba despacio, sin dramatismos. Pero cada palabra me traspasaba. Me dolía en sitios que ni sabía que tenía.

—No lo hice por maldad, Emma. No fue queriendo. Fue por torpeza. Por cobardía. Por ser joven y gilipollas y pensar que podía huir de ti.

Quise gritarle que no tiene derecho a decir eso ahora. Que ya no vale. Que todo ese daño no se borra con una confesión tardía. Pero no pude. Porque en el fondo... también había estado esperando escuchar eso.

—He aguantado porque pensaba que, quizá, aún había una oportunidad —dijo, y ahí su voz sí tembló un poco—. Pero no puedo más. No con esta frialdad. No con esta forma tuya de castigarme con cada noche. No con este sexo que ya no sé si es deseo o venganza.

Se sentó en la cama. Se recogió el pelo. Se tapó con la sábana como si acabara de mostrarme todas sus heridas y necesitara cubrirse.

—Me voy, Emma. Me voy porque si me quedo un día más, me pierdo.

Y yo... no dije nada.

No dije nada porque no supe cómo. Porque mi cabeza iba a mil pero no encontraba ni una frase que no sonara ridícula. Porque todas las palabras que tenía se me atragantaron al ver la forma en que se abrochaba el sujetador con las manos temblorosas. Despacio. Casi en cámara lenta. Como si cada movimiento sellara un final que no estaba preparada para asumir.

La miré, sí. Pero no me moví. No la toqué. Y eso, probablemente, fue lo peor.

Julie se levantó de la cama sin mirar atrás. Caminó hasta la maleta. Abrió el armario. Sacó dos camisetas. Un par de

vaqueros. Su neceser. El movimiento era automático, pero los ojos… los ojos le brillaban de contención.

—No quiero pelear —dijo sin girarse—. No quiero echarte nada en cara. Solo quería que lo supieras. Que no fue desamor. Fue miedo. Fue… inexperiencia emocional. Y cuando te volví a ver, después de tanto tiempo, pensé que el universo me estaba dando una segunda oportunidad. Pensé que quizás tú también…

Se calló. La frase quedó suspendida en el aire. Como tantas otras que no dijimos. Como todas las veces que estuvimos a punto de hablarnos de verdad pero no lo hicimos.

—Pero no. No me quieres. Y está bien. Solo… no puedo seguir durmiendo al lado de alguien que me folla como si me odiara —añadió con una sonrisa rota—. No puedo seguir creyendo que me va a doler menos si me quedo. Porque no duele menos. Duele más. Cada día un poco más.

Yo la miraba como si no la conociera. O como si me estuviera dejando por primera vez. Como si no llevara semanas alejándola de mí. Como si todo eso no lo hubiera provocado yo misma, a base de ignorarla, de usarla, de poner distancia donde antes hubo fuego.

Pero aún así… no me moví.

Ni cuando se sentó en el borde de la cama para ponerse los zapatos. Ni cuando se levantó con la maleta ya medio cerrada. Ni cuando me miró por última vez desde la puerta.

—Te amé —dijo. Sin drama. Sin aspavientos. Solo eso. Como un secreto que por fin podía dejar en paz—. Y ojalá eso hubiera bastado.

Y entonces se fue.

Y yo seguí sentada en la cama, con el cuerpo desnudo y la piel todavía oliendo a ella. Con el corazón encogido en una esquina. Con la boca seca. Con las manos quietas. Porque no sabía qué hacer. Porque había imaginado muchas veces que

Julie se iría, pero nunca creí que sería así: sin gritos, sin portazos, sin acusaciones.

Solo con esta verdad.

Y esa, me dolió más que todo lo anterior junto.

No me levanté. No fui tras ella. No grité su nombre. No le pedí que se quedara. Me quedé ahí, inmóvil, con el corazón empapado de una culpa que me llegó tarde. Como siempre.

No lloré.

Pero el silencio que dejó al irse era tan denso que sentí que me ahogaba. Como si su ausencia me apretara el pecho. Como si cada centímetro de la casa la reclamara. Su olor seguía en las sábanas, en el aire húmedo del baño, en mi piel. Y yo… yo me odié. No por no haberla detenido, sino por haberla empujado a ese punto. Por haber hecho que la mujer más luminosa que he conocido se apagara delante de mí sin que yo fuera capaz de hacer nada.

Fui al baño en automático. Me lavé la cara. Me miré al espejo. No reconocí a la mujer que me devolvía la mirada. No era la Emma Hudson segura, brillante, sarcástica que todos creen que soy. Era una versión rota, hueca, llena de miedo. Esa que Julie supo ver desde el primer momento. La misma que ella abrazó cuando ni yo misma sabía que necesitaba ser abrazada.

"Te amé."

Esa frase me daba vueltas en la cabeza como un eco maldito. Porque lo supe siempre. Porque me lo gritó con cada mirada hace cinco años. Porque cuando dormía a mi lado y me besaba en la frente después del sexo, aunque yo le dijera que era solo físico, había amor. El amor seguía ahí. Solo que yo estaba demasiado ocupada en sobrevivir a mis propias barreras como para admitirlo.

Me apoyé en el lavabo, desnuda, vulnerable, con el agua aún corriendo y el corazón en pausa.

Pensé en la primera vez que la vi. En cómo se me encogió el estómago con su risa. En cómo me temblaban las manos cuando la tenía cerca. Pensé en lo fácil que era todo cuando no teníamos que fingir. Cuando éramos solo nosotras, sin contratos, sin cámaras, sin mentiras. Y entonces entendí que lo había estropeado todo desde el principio. Que no fue ella quien nos rompió. Fui yo. Con mi miedo, con mi frialdad, con esa maldita manía de poner una barrera cada vez que alguien intenta tocarme de verdad.

Cerré el grifo. Apagué la luz. Volví a la habitación.

La cama seguía deshecha. El aire, cargado. Y yo, más sola que nunca.

Me tumbé de lado, donde había estado ella minutos antes. Apreté la cara contra su almohada. Aún olía a su pelo. A su cuello. A ese perfume suave que solo se notaba cuando la tenías muy cerca. Y fue entonces, solo entonces, cuando se me escapó la primera lágrima.

Y después la segunda.

Y la tercera.

Y todas las que no lloré cuando debía.

Porque Julie se había ido. Y esta vez, de verdad.

No dormí esa noche. No por insomnio. Dormir requería cerrar los ojos y yo no podía cerrarlos sin verla. En el coche, en el tráiler, en la cama. Arrodillada. Ardiendo. Partida en dos. Confesándome algo que había esperado años por escuchar, y que yo no supe sostener entre las manos. Me lo entregó todo. Y yo... ni siquiera supe reaccionar. Solo la miré. Como una idiota. Como una cobarde.

Ni siquiera me atreví a revisar el móvil. No quise saber si me había escrito algo más. Si había dejado una nota. Si había mandado un mensaje al grupo fingiendo que todo estaba bien. Me daba igual. Porque nada estaba bien. Porque por primera vez desde que esto empezó, no tenía a quién culpar.

Era yo.

Fui yo.

Fui yo la que confundió deseo con castigo. Fui yo la que convirtió el sexo en una forma de mantenerla atada sin comprometerme. Fui yo la que cada noche se metía entre sus piernas sin querer entrar en su vida. Y ella aguantó. Como si me debiera algo. Como si no tuviera derecho a pedir que la eligiera.

Y ahora que por fin lo hizo, ahora que me dijo todo lo que una vez soñé que me dijera… la he perdido.

Cada rincón tenía algo de ella. Cada pared me la devolvía. La cocina con su taza de té sin terminar. El sofá con la manta que usaba para taparse mientras leía los guiones. El espejo del pasillo, donde la pillé mirándome una noche, creyendo que no la veía, con una ternura que me quemó desde dentro.

Y ahora no estaba.

Ni su cuerpo. Ni su risa. Ni su mirada rota.

Solo yo.

Emma Hudson, la actriz intocable, la mujer de acero, la estrella que lo tenía todo… menos a la única persona que le hacía sentir humana.

Me senté en el suelo del salón, desnuda, con la alfombra arañándome los muslos. No sabía a dónde ir. No sabía a quién llamar. No sabía si tenía sentido buscarla o si ya era demasiado tarde. Solo sabía que la había empujado tan lejos que ya no quedaba puente que cruzar.

Y, aun así, deseé que se volviera.

Aunque fuera un segundo. Aunque fuera para insultarme. Aunque fuera para decirme que me odiaba. Porque ese odio sería algo.

Y ahora solo quedaba esto. El eco de lo que no supe cuidar. El silencio después del “te amé”.

Pasaron horas. No sé cuántas. De esas que no se pueden medir en relojes porque están hechas de nudos en la garganta, de escalofríos que no se van, de esas ganas de gritar que se

quedan atrapadas en el pecho. Me levanté del suelo solo cuando sentí que la sangre ya no me circulaba bien por las piernas. Caminé por la casa como un fantasma, como si todavía pudiera encontrarla en alguna esquina, como si de pronto, por arte de magia o por error, apareciera sentada en la encimera de la cocina con esa taza entre las manos y los ojos cansados de tanto fingir que no me quería.

No estaba. Y no iba a volver.

Me tumbé en la cama y apreté la almohada que ella usaba. Aún olía a su champú. A ese que decía que no cambiaba nunca porque le gustaba sentirse constante en algo. A mí me encantaba cómo olía. Cómo olía ella. Cómo me hacía sentir que había un lugar en el mundo que no era tan hostil. Y lo había destrozado.

Yo.

Con mi miedo.

Con mi ego.

Con mi venganza.

Con esta manía de levantar muros cada vez que alguien me toca el alma.

Pensé en llamarla. Mil veces. En escribirle algo. En decirle que no la dejé de querer. Que solo no supe hacerlo bien. Que tengo los sentimientos desordenados, torpes, escondidos en habitaciones a las que no siempre me atrevo a entrar. Que me cuesta querer sin dañar. Que no quise convertir su cuerpo en refugio y su amor en castigo. Que, joder, aún la amo.

Pero no lo hice.

No llamé.

No escribí.

Solo me quedé tumbada, respirando lo que quedaba de ella en la casa, sabiendo que me había dejado no solo porque yo no supe quererla... sino porque ella por fin se había empezado a querer a sí misma.

Y esa es la clase de amor que no puedes rogar de vuelta.

Solo lamentar haber perdido.

18

Julie

No he dormido. O tal vez sí. Pero ha sido ese tipo de sueño sin fondo, sin descanso, en el que tu cuerpo se apaga por pura necesidad fisiológica, pero tu cabeza sigue ahí, dándole vueltas a todo. A lo dicho. A lo no dicho. A su cara cuando cerré la puerta. A mi propio temblor en el ascensor, al silencio del taxi, al peso absurdo de una maleta que llevaba semanas queriendo llenar.

Estoy en el sofá de mi apartamento. Mi apartamento de verdad, el que no pisaba desde que empezó esta farsa. El que aún huele a orquídeas secas y a libros que no he terminado. Estoy aquí, con el portátil cerrado, el teléfono en silencio, el corazón en estado de emergencia.

Y no me arrepiento.

Eso es lo jodido. Que no me arrepiento de haberme ido. Porque si me quedaba una noche más, me deshacía. Me evaporaba entre sus brazos sin amor. Me diluía en su piel hasta no reconocerme. Me convertía en eso que juré que no sería jamás: una mujer rota esperando que la quisieran bien después de haberla querido mal.

El timbre suena a las ocho y doce de la mañana.

No tengo visitas. No espero paquetes. No hay nadie en el mundo que tenga razones de peso para buscarme tan temprano... salvo ella.

Me congelo.

Siento el pulso en la garganta, en las muñecas, en los muslos. Miro la puerta como si pudiera retroceder el tiempo con solo pestañear. Como si no hubiera pasado ya todo lo que pasó. Como si el cuerpo aún no me supiera a ella.

No abro de inmediato.

Porque no soy idiota. Porque me conozco. Porque si abro sin protegerme, puede que la deje pasar. Y si la dejo pasar... ¿qué queda de mí después?

Pero vuelve a sonar. Y entonces lo hago. Abro. Y ahí está.

Emma Hudson, con la ropa arrugada, el pelo recogido a medias, las ojeras como tatuajes de culpa y esa expresión que no lleva máscara, ni guion, ni personaje. Solo su cara. Su dolor. Su miedo.

—Hola —dice.

Nada más.

Solo eso.

Pero su voz es otra. No la de siempre. No esa voz afilada de las últimas semanas. No esa forma suya de hablar como si cada palabra fuera una distancia. Es suave. Es pequeña. Es casi... humana.

No le contesto. La miro.

Y me odio un poco por seguir encontrándola tan guapa incluso ahora. Incluso así. Incluso después de todo.

—¿Puedo pasar? —pregunta, como si no supiera que ya ha cruzado todas mis líneas.

No miento. No asiento. Solo doy un paso atrás.

Y ella entra.

Cruza la puerta con cuidado, como si la casa pudiera estallar. Como si yo pudiera estallar. Se queda de pie en el

salón. Mira a su alrededor. Se le mueve algo en la mandíbula. Creo que va a llorar.

Pero no llora. Solo respira hondo. Y dice:

—No he venido a convencerte de nada.

Y yo, que todavía tengo las palabras atascadas en el pecho, no sé qué responder. Me cruzo de brazos, no como un gesto de defensa, sino como una manera triste de sostenerme. Me quedo de pie frente a ella, con el corazón latiéndome en la boca, como si fuera a vomitar un "te quiero" que ya no tiene sitio.

Emma da un paso más dentro del salón, mira el sofá, no se sienta.

—He venido porque... porque necesitaba verte.

Ahí está. El motivo. La confesión más pequeña y más devastadora del mundo. No dice "te he echado de menos". No dice "te quiero". Dice "necesitaba verte", como quien necesita aire después de haber contenido la respiración durante años.

Y lo entiendo.

Porque yo también necesitaba verla.

Porque su ausencia no es una quietud, es un zumbido. Una quemadura. Una falta de gravedad que lo empuja todo hacia el fondo.

—¿Para qué? —pregunto, sin dureza. Solo eso. Una pregunta. Una grieta.

Emma me mira. Y en sus ojos hay tanto arrepentimiento que me dan ganas de perdonarla incluso antes de saber por qué está aquí. Pero no lo hago. No aún.

—No sé —responde, sincera—. No tengo discurso preparado. No sé qué coño estoy haciendo aquí. Solo... anoche no dormí. No pude. Porque el hueco que dejaste era tan grande que me tragó. Porque me levanté y no había ruido en la casa. Y pensé: joder, esto es lo que pasa cuando de verdad se va. Esto es perderla.

Baja la mirada. Se muerde el labio. Se toca la muñeca con la otra mano, como si tuviera frío.

—No vine a suplicarte nada —insiste—. Ni siquiera sé si tengo derecho a hablarte después de todo. Solo... quería verte. Saber que estás bien.

Y entonces pasa algo.

Un temblor pequeño. Un movimiento casi imperceptible. Como si sus palabras hubieran roto algo en mí, pero en silencio.

—Estoy bien —respondo.

No es cierto.

Pero es lo que hay.

Ella asiente. No insiste. Se queda callada. Observa mis manos. Mis mejillas. El rincón donde está el libro que dejé abierto anoche sin leerlo. Y de pronto, su voz cambia. Baja un tono. Se quiebra sin romperse.

—Julie, yo... yo te hice daño. No tengo excusa. Lo sé. Pero no era eso lo que quería. Nunca fue eso.

Me quedo quieta.

Porque parte de mí ha estado esperando esa frase desde hace semanas. Porque parte de mí necesita oírla, aunque ya no cambie nada.

—Lo sé —susurro—. Pero lo has hecho.

Emma aprieta los labios.

Y en ese momento, por primera vez desde que todo esto empezó, se sienta.

No en el sofá. En el suelo. Como si necesitara estar más abajo que yo. Como si por fin entendiera lo bajo que me hizo sentir.

Me mira desde ahí.

Y entonces me dice:

—No sé cómo arreglar esto. Pero no me pidas que no lo intente.

Se queda ahí. En el suelo. Con la espalda recta pero las manos temblando sobre las rodillas. Como si temiera que un solo movimiento en falso pudiera hacer que me desvaneciera. Y yo, que he sido tantas veces esa que se desvanece, no sé qué hacer con tanto cuidado ahora.

Porque la Emma que tengo delante no es la actriz de mandíbula tensa que se disfraza de frialdad para no mostrar que duele. Tampoco es la mujer que me ha follado sin mirarme como si eso la protegiera de sí misma. Es solo ella. Desnuda de escudos. Torpe con sus sentimientos. Asustada.

Y aún así ha venido.

—¿Por qué ahora? —pregunto, bajando la voz.

Ella levanta la mirada. No esquiva. No huye.

—Porque ayer entendí que solo estaba pensando en mí. En el daño que me habías hecho. En lo mal que lo había pasado. En que no quería volver a pasarlo así. Pero no pensé nunca en cómo lo habías pasado tú. Nunca creí que hubiera una buena razón para hacer lo que hiciste y ayer me la diste y lo entendí.

El silencio se extiende entre nosotras como un mantel limpio, dispuesto para algo que no sabemos si vamos a comer o romper. Me acerco. Despacio. No para abrazarla. No para besarla. Solo para verla mejor. Para estar más cerca sin invadir.

—Yo no quería que acabaras así —dice, su voz de hilo, sus ojos tan oscuros que parecen más grandes—. No quería convertirme en eso. En alguien que usa. En alguien que rompe y no recoge los pedazos.

Y entonces me arrodillo frente a ella. Porque sentarme en el sofá me haría sentir por encima, y yo no estoy por encima de nada. Nos miro. A las dos. En el suelo. En medio de un salón sin música. Dos mujeres que se han arrastrado por dentro más de lo que están dispuestas a admitir en voz alta.

—Lo que más me duele —le digo— es que cuando más me necesitabas, preferiste castigarme antes que dejarte cuidar.

Sus ojos se llenan de algo que no es agua, pero tampoco luz. Como si cada palabra mía le llegara tarde, pero justa. Como si ya supiera eso y por eso le doliera más.

—No sabía cómo hacerlo —responde—. Porque yo... yo no me dejo cuidar. Porque siempre he creído que eso es debilidad. Que si me abría, me perdía.

Yo asiento. Porque lo sé. Porque la vi poner ladrillos en vez de palabras. Porque vi cómo cada noche, tras cada orgasmo, se volvía más pequeña, más cerrada, más Emma-que-no-siente.

Y aún así me quedé.

Y aún así me duele.

—Te amé —le recuerdo—. Con todo lo que tenía. Incluso con lo que no sabía dar. Incluso con lo que tú no sabías recibir.

Ella traga saliva.

—Y yo... te amo ahora. Cuando ya no sé si me vas a perdonar. Cuando ya no tengo nada con lo que negociar. Solo esto. Yo. Sin trampa.

Se inclina un poco hacia mí. Pero no me toca.

Y yo, que debería apartarme, que debería protegerme, que debería decirle que es tarde... no me muevo.

Porque cuando alguien llega sin armadura, lo mínimo es no levantar una lanza.

—No quiero prometerte nada —dice— porque me aterra no saber si sabré cumplirlo.

La voz le tiembla. No de miedo. De verdad. De esa clase de verdad que raspa cuando la escupas porque lleva años atragantada. Y yo no sé qué hacer con una Emma honesta. Siempre fue más fácil para ella meterse en mi cuerpo que dejarme entrar en su cabeza.

—No quiero promesas —respondo, y sé que es cierto. No quiero una lista de cosas que hará mejor. No quiero el contrato emocional de quien viene con cláusulas. Solo quiero esto. Presente. Real. Sin dobleces.

Se le escapa el aire como si esa frase la aliviara.

—Solo quiero que te quedes si sabes que vas a quedarte de verdad. No como rutina. No por culpa. No porque hoy estás rota y yo te parezco cómoda. Quédate si sabes que esto es algo que vas a cuidar. Aunque no sepas cómo.

Emma me mira como si acabara de decirle la cosa más hermosa y más dolorosa que ha oído en la vida. Como si en esa frase le hubiera puesto delante el espejo exacto de lo que le falta. Y lo que quiere.

—Julie, yo no... —comienza— no sé como hacerlo bien.

—Nadie sabe —le corto—. Se aprende. Se cometen errores. Se pide perdón. Pero no se castiga al otro por no saber. No se usa su amor como escudo contra lo que a ti te da miedo.

Se le humedecen los ojos. No llora. Pero está al borde. Como cuando me besó la primera vez y no supo si era permitido. Como cuando me miraba desde el otro lado del set y yo fingía no sentir su cuerpo recordándome todos los días que aún dolía.

Me acerco un poco más.

—Estoy cansada, Emma. Cansada de sobrevivirte. Cansada de esperar que dejes de esconderte detrás del sexo para no decir lo que sientes. Y más cansada aún de que pienses que no mereces amor, porque eso te hace incapaz de ver cuando alguien te lo está dando.

Se le cae una lágrima. Solo una. Y no se la limpia. La deja caer. Y por primera vez pienso que no va a huir.

—No sé si puedo repararlo —susurra—. Solo sé que, sin ti, no sé estar.

Yo no sé qué decir. Porque esa frase lo es todo y no es suficiente.

Pero aún así, la digo.

—No quiero que estés por no saber estar sin mí. Quiero que estés porque eliges estar. Incluso cuando sea difícil. Incluso

cuando duela. Incluso cuando no entiendas por qué coño me sigues queriendo.

Emma cierra los ojos.

Y por un segundo, me pregunto si se va a derrumbar.

Pero no lo hace.

Respira.

Y cuando los abre, ya no está tan asustada.

—Entonces dime qué hacer —dice.

—No quiero que hagas nada —respondo—. Quiero que estés. Aquí. Conmigo. Sin huir cada vez que algo se mueve dentro de ti.

Nos miramos en silencio. Y no hay música, ni plano general, ni luz dorada de atardecer.

Emma da un paso más.

Está tan cerca que podría besarme. Pero no lo hace.

—Me cuesta no huir —confiesa—. No por ti. Por mí. Porque tengo miedo de que si me quedo, me descubras del todo. Y no te guste lo que encuentres.

—Ya te he visto —digo—. Ya te he visto rota, fría, cruel, asustada. Ya te he visto sin guion. Y aún así, te elegí.

Ella se queda quieta.

Como si esas palabras fueran demasiado. Como si nadie se las hubiera dicho nunca así, sin condiciones, sin adornos.

—Y ahora te toca a ti —añado, bajando la voz—. Elegirme. No solo con el cuerpo. No solo cuando tienes miedo. Elegirme también en lo cotidiano. En lo torpe. En lo lento.

—¿Y si vuelvo a fallar?

—Fallarás. Yo también. Pero no quiero que no falles. Quiero que cuando pase, no huyas, no te encierres.

Emma asiente. Le brillan los ojos. Y por primera vez en mucho tiempo, no es por tristeza. Es por esperanza. Por algo que parece más fuerte que el miedo.

—Julie…

—¿Sí?

—Te amo. Creo que desde el principio. Solo que entonces no sabía cómo llamarlo.

Me tiemblan las piernas. Porque lo he esperado tanto, durante tanto tiempo, que ahora que por fin lo dice, tengo miedo de que sea un espejismo.

Pero no lo es.

Está aquí. De verdad. Sin máscaras. Sin defensas.

Y entonces sí, la beso.

La beso como quien vuelve a casa.

Como quien ha estado caminando descalza entre cristales y de pronto encuentra alfombra.

La beso porque no quiero respuestas. Solo verdad.

Emma me agarra la cara como si temiera que me disolviera entre sus dedos. Me acaricia el cuello. Me besa los párpados. Me dice "gracias" entre suspiros que no sabe que dice.

Y en ese momento, sé que va a doler. Sé que no va a ser perfecto. Que vamos a rompernos mil veces más.

Pero también sé que esta vez, cuando eso pase, lo superaremos juntas.

Y eso, por fin, es suficiente.

Entramos en casa sin decir nada. Como si hablarnos fuera romper algo que aún no está del todo curado. Como si las palabras pudieran hacer que se deshiciera este milagro frágil que acabamos de tejer con hilos sueltos.

Vamos al sofá. Nos sentamos sin prisa. Como si por fin tuviéramos tiempo. Como si ya no hubiera que correr, ni huir, ni salvar ninguna imagen. Nos quedamos un rato sin hablarnos. Solo respirando el mismo aire. Solo dejando que nuestros cuerpos se acostumbren a esta nueva versión de estar cerca.

Emma se acerca. No con urgencia. No con deseo desbordado. Se acerca como si por fin supiera que hay más coraje en un gesto lento que en una embestida. Me toma la

mano. La aprieta. Como si aún no se creyera que esto es real. Y entonces me abraza.

No como antes. No como quien busca sexo. Me abraza como quien se aferra a tierra firme después de haber naufragado durante años. Con todo su cuerpo. Con todo su temblor. Con toda su certeza nueva.

Me dejo envolver. Me hundo en su cuello. Aspiro su olor como quien vuelve a respirar después de una vida entera aguantando el aire. Y cuando me besa, lo hace despacio. Tierno. Limpio. Como si dijera "lo siento" con los labios. Como si dijera "gracias". Como si dijera "no me voy a ir".

Y yo le creo.

No porque sea fácil. Sino porque, por fin, parece de verdad.

Nos quedamos así. Enredadas. Desnudas de pasado. Vestidas de presente. Besándonos en un sofá que huele a principio. Que sabe a tregua.

Que, por primera vez, no duele.

Epílogo

Emma… aquella noche

No sé cuántas copas llevo, pero si me preguntas, te diré que suficientes como para que el suelo se mueva ligeramente y para que Julie Taylor vuelva a parecerme la mujer más guapa del planeta. No es que alguna vez haya dejado de parecérmelo, pero ahora… ahora brilla. Literalmente. Tiene purpurina en los párpados y esa sonrisa que me vuelve gilipollas. Y yo… bueno, yo estoy peligrosamente desinhibida.

Hace una hora le dije que no quería hablar. Que no quería arreglar nada.

Y ahora la tengo al lado, apoyada en la barra, bebiendo de mi vaso porque el suyo se ha perdido en combate. Lleva los tacones en la mano y el pelo suelto, y cuando me mira, no hay nada frío en su expresión. Le sonrío. De verdad. Como si se me hubiera olvidado todo lo que ha dolido. O como si el tequila me hubiera anestesiado el rencor.

—¿Sabes qué? —me dice, con la voz arrastrada de quien está peligrosamente feliz o peligrosamente ebria—. Siempre te he querido. Aunque me hiciera la imbécil.

Se me para el mundo. Así, sin anestesia.

—¿Qué?

—Que siempre —repite, y me da con el dedo en la nariz, como si esa confesión fuera una anécdota cualquiera—. Que desde la primera vez que te vi con esa camiseta horrible y esa coleta mal hecha, dije: me he enamorado.

Y yo... yo no sé qué hago. Si río o lloro. Si me la como a besos o salgo corriendo.

Así que la beso. Claro. Delante de todo el mundo. Como si nadie estuviera mirando. Como si cinco años de ruina emocional pudieran solucionarse con un beso de tequila y arrepentimiento. La beso como si se me acabara el tiempo. Y ella... me besa igual.

Alguien silba. Alguien aplaude. Britney Spears nos mira desde la esquina con cara de "Te entiendo, cielo".

Sí. Britney. Spears. Porque esta es la clase de fiesta a la que vas cuando estás rodando una película millonaria y tu representante tiene contactos muy raros.

—¿Tú eres Emma? —me dice Britney, con una copa de champán en la mano.

—La misma —respondo.

Y juro que eso, en cualquier otra vida, sería el pico de la noche. Pero no. Porque cuando estamos gritando "Toxic" en el karaoke y Julie me pasa el micro y yo, como una idiota, intento hacer el falsete, alguien grita:

—¡¿Y si os casáis?!

Y nos miramos.

Y en ese momento, parece la mejor idea del mundo.

—¿Por qué no? —dice Julie, riéndose.

—¡Claro que sí! —digo yo. Y levanto el micro como si acabara de ganar American Idol.

Y lo siguiente que recuerdo es a Elvis Presley sujetándome un ramo de plástico y preguntándome si prometo amar y respetar a esta mujer para siempre.

Y claro que sí, Elvis. ¿Qué puede salir mal?

Nos subimos a un coche que no es un taxi, pero tampoco es una limusina. Es una cosa blanca con luces rosas por dentro, que suena a Elvis y a decisiones de las que mañana te arrepientes. Julie lleva una corona de plástico con diamantes falsos que ha ganado en el karaoke y yo... bueno, yo tengo purpurina en el escote y un anillo de gominola en el dedo.

—¿Tú te das cuenta de lo que hemos hecho? —le pregunto, intentando abrocharme el cinturón de seguridad por tercera vez.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco —respondo, y nos reímos como si eso fuera la mejor razón para hacerlo.

La conductora —una señora con peluca rubia y gafas de sol a las tres de la mañana— nos pone música de boda. Literal. "Here Comes the Bride" con sintetizadores. Y Julie se lleva la mano al pecho como si estuviera viendo una escena de amor en una peli de los 2000.

—¿Sabes que siempre quise casarme en Las Vegas?

—¿En serio?

—No —dice—. Pero me parece poético. De alguna manera. Bizarra. Borracha. Pero poética.

Me la quedo mirando.

Y sí, está muy borracha.

Y yo también.

Salimos de la capilla en una nube de neón y carcajadas, sujetándonos la una a la otra porque ya no tenemos equilibrio ni ganas de tenerlo. El calor de Las Vegas nos da en la cara como si el mundo nos dijera: enhorabuena, habéis hecho una locura preciosa.

—¿Y ahora qué? —repito, porque no tengo otra frase en la cabeza.

Julie se detiene en seco. Me mira. Me coge la cara con ambas manos. Tiene los ojos tan rojos que parece que lleva una semana sin dormir. O una vida.

—Ahora nos vamos a un karaoke.

—¿En serio?

—¿Y si no lo recordamos mañana?

—Entonces será como un sueño.

Y allá que vamos.

De la capilla a un karaoke de mala muerte donde probablemente vamos a destrozar una canción de Celine Dion como si fuera un acto de guerra.

Y mientras caminamos por Las Vegas a las tantas de la madrugada, borrachas, casadas, felices y absolutamente inconscientes de lo que hemos hecho, pienso que hay decisiones que solo se toman con el corazón ebrio y el alma sobria.

Y esta... esta ha sido una de esas.

Tomamos otro taxi. El conductor nos pregunta si somos hermanas.

—¡Es mi mujer! —gritamos a dúo, y nos besamos para demostrarlo.

Subimos en el ascensor abrazadas. El vestido de Julie está medio abierto por detrás. Yo no llevo sujetador. Hay purpurina en sus pestañas y olor a ginebra en mi nuca. Ella me huele y dice que huelo a promesa.

Yo le digo que ella huele a casa.

Y nos reímos.

Porque estamos muy muy borrachas.

Porque estamos casadas.

Cuando entramos en la habitación, cerramos la puerta con el pie. Julie me empuja suavemente contra la pared. Nos quedamos mirándonos como dos idiotas que han ganado un premio sin haberse presentado al concurso. Y entonces me acaricia la cara con los dedos, torpe, como quien quiere recordar la textura por si mañana no puede tocarla.

—Mi esposa —susurra.

Y yo, sin decir nada, la beso otra vez. Esta vez más despacio. Esta vez con las manos en su espalda.

Nos desnudamos entre risas. No hay urgencia. No hay guion. No hay miedo. Solo una torpeza hermosa que me hace querer detener el tiempo.

Julie se quita el vestido como si le estorbara la gravedad. Yo me lo quito mientras me río tanto que me caigo de espaldas a la cama. Ella se sube encima con esa energía suya de chica que te besa y se lleva el alma por accidente. Nos miramos. Con la risa temblando todavía en la boca. Con el deseo latiéndonos por dentro.

Me besa. Con sabor a ginebra.

Y yo le muerdo el labio porque no sé cómo contener tanta ternura sin que se me escape por los dientes.

—¿Te he dicho que eres la mujer más guapa del mundo? —pregunta con la voz pastosa, acariciándome el pecho con el dorso de la mano.

—Unas doce veces desde que firmamos.

—Pues van trece.

Nos besamos con la risa aún vibrando entre los labios. Me lame el cuello. Le acaricio la espalda. Todo es suave. Todo es lento. Como si estuviéramos buscando el ritmo entre las sábanas y los jadeos.

Cuando su boca baja por mi cuerpo, lo hace con una torpeza que no importa. Porque sus dedos me agarran como si se le fuera la vida. Porque su lengua me toca como si me conociera de siempre. Porque yo me abro como si no me importara nada más que el calor de su aliento.

Y me corro.

No rápido. No violento. Me corro como si llegara a casa después de una vida entera fuera.

Ella sube, me besa la frente, me acaricia el pelo. Está desnuda, hermosa, arrugada por las sábanas y el cansancio, y yo solo puedo pensar que si me muero ahora, moriré feliz.

—Mi esposa —dice otra vez, y le brillan los ojos.

Se ríe. Se tumba sobre mí. Le acaricio la cadera. Le beso el hombro. Y la penetro con los dedos.

Gime.

No alto.

No fingido.

Gime como si el alma se le escapara en pequeñas dosis. Y cuando se corre, me abraza. Me clava la cara en el cuello. Me dice "te quiero" sin aire.

Y yo se lo devuelvo. Porque es cierto. Porque siempre lo ha sido.

Nos quedamos así.

Desnudas. Casadas. Terriblemente borrachas.

Sin saber todavía que esto —esto— es el principio de todo.

Y que el amor, aunque se nos olvide por la resaca, va a seguir aquí cuando amanezca. O al menos eso espero.

Agradecimiento

Gracias por llegar hasta aquí

Si estás leyendo estas líneas, significa que le has dado a **Nuestra mentira perfecta** uno de los regalos más valiosos: tu tiempo.

Espero de corazón que Emma y Julie te hayan acompañado, removido y dejado alguna verdad entre tanta mentira.

Si te ha gustado, me haría inmensamente feliz que dejes una **reseña** donde compraste el libro. Contar qué te ha emocionado, qué cambiarías, qué parte se quedó contigo. Tu opinión es mi brújula para seguir escribiendo.

Si quieres contarme más, o simplemente decir hola, estaré encantada de leerte:

- **Email:** clara.vega.libros@gmail.com
- **Twitter:**@ClaraVegaLibros

Gracias, gracias, gracias por leerme.
Y por hacer que todo este caos merezca la pena.

Con cariño,
Clara Vega